

El partido

Introducción : El imperialismo de los modelos

«Pues si la clase obrera espontáneamente, o sus militantes y grupos, pudieran alcanzar la conciencia de sus intereses históricos, por la simple experiencia de lucha, ¿qué falta haría entonces construir un partido en torno al programa revolucionario?». La Aurora (nº 12, enero de 1974). Sección española de la Liga Internacional de Reconstrucción de la IV Internacional (Organización trotskista).

La imaginación, don ibérico por excelencia, está en crisis. En las letras, como en las artes y en la política, la originalidad creativa tan fértil hasta 1939 parece haber desaparecido en nuestro país. La idiotización colectiva de que es capaz una sociedad gobernada desde hace 35 años, por militares profesionales y policías, ha arrancado de raíz todo intento de vida superior, original y creadora del pueblo español.

Incapaces de pensar por nuestra cuenta, tenemos que volvernos hacia el extranjero. El plagio se ha convertido en el gran deporte nacional. La oposición española al franquismo no ha superado aún esta perspectiva. Si en Cuba, Uruguay, Perú, Argentina, Bolivia, por referirnos sólo a Latinoamérica, la revolución busca su camino original, adaptado a las condiciones y a la idiosincrasia propia de cada pueblo, en la España actual se prefiere marchar por los caminos trillados de los modelos ya conocidos.

Analizando el panorama político de la oposición podremos darnos cuenta de que el modelo leninista es el más imitado, salvo pequeñas excepciones locales de menor importancia. Puede parecer extraño, y lo es, que 70 años después del *¿Qué hacer?* de Lenin, los teóricos españoles no tengan nada que añadir o modificar a unos esquemas organizativos ideados para una situación y época determinadas. Medio siglo de historia, desde la culminación de la revolución rusa, sólo ha servido para justificaciones periféricas o para alumbrar una querrela de distracción, pro o contra los modelos ruso o chino

El modelo leninista ha sido adoptado en bloque, sin tener en cuenta las enseñanzas de la historia. ¿Por qué?

El imperialismo de los modelos no se agota en el instrumento de liberación —partido— aunque hagamos más hincapié en él. También se refleja en la política de las alianzas. ¿Qué significan hoy el populismo del PCI, las masas tan invocadas por los trotskistas, o las clases intermedias de BR? Ninguno de es-

tos términos surge como resultado de un análisis real de la sociedad española contemporánea. Son conceptos vacíos cuya carga histórica se ha ido perdiendo con el tiempo. Lo mismo ocurre con el carácter de la revolución, tan mixtificada por el mecanicismo.

La elección de unos modelos responde a una cierta concepción estática de la historia; es decir, a la negación de la dialéctica. Descubrimos en ello una primera contradicción, de gravedad para quienes se afirman marxistas. Pero la búsqueda de una explicación lógica nos lleva por otros derroteros.

Una primera aproximación explicativa podría desarrollar el *tema del modelo y el mito*, que podría ayudarnos a comprender la influencia que ejerce aún hoy el modelo creado por Lenin. Entendemos por «mito» la acepción familiar a los etnólogos y sociólogos, es decir: « Una tradición sagrada, relación primordial o medio ejemplar». En este sentido, el mito no es algo arcaico, fuera de uso, sino que por el contrario está vivo, pues constantemente proporciona modelos para la conducta humana. Se puede afirmar que el hombre se mueve en función de modelos con los que se identifica. La publicidad está basada, en parte, en esta necesidad de identificación con los modelos que se presentan al consumidor, para suscitar el mimetismo innato de éste.

Malinowski pudo decir que «considerado en su aspecto vivo, el mito no es una explicación destinada a satisfacer una curiosidad científica, sino una narración que hace revivir una realidad original y responde a una profunda necesidad religiosa, a aspiraciones morales o imperativos de orden social e incluso a exigencias prácticas. En las civilizaciones primitivas, el mito cumple una función indispensable: expresa, valora y codifica las creencias, salvaguarda los principios morales y los impone, garantiza la eficacia de las ceremonias rituales y ofrece reglas prácticas para su utilización por el hombre. El mito es pues un elemento esencial de la civilización humana; lejos de ser una fábula, es por el contrario una realidad viva a la que se recurre constantemente...»¹.

La función del mito consiste, pues, en revelar los modelos y proporcionar así un significado al mundo y a la existencia humana. El mito explica las cosas, les proporciona su comprensión interna y las eleva al rango de categorías imperativas. Los mitos recuerdan constantemente que ha habido acontecimientos grandiosos sobre la tierra, y que este «pasado glorioso» es re-

1. Citado por Mircea Eliade: *Aspects du mythe*, Paris, 1963.

cuperable y válido hoy en día. Imitando al modelo se espera recrear la situación original.

Esta recreatividad mítica se puede aplicar perfectamente al mecanismo que convierte el modelo leninista en un imperativo intocable e insustituible. No hacemos más que apuntar aquí este aspecto mítico del partido, porque no es la tarea que nos preocupa en este trabajo. Pero creemos que es una pista que merece ser profundizada, para comprender esta atracción extraña que ejerce un modelo viejo de 70 años, procedente de un país extranjero, con unas características concretas muy distintas de las nuestras, y cuyo propio fundador aconsejaba que no se exportara: «Sería ridículo presentar a nuestra revolución como una especie de ideal para todos los países, imaginando que ha hecho una serie de descubrimientos geniales e introduciendo gran número de innovaciones socialistas. Yo nunca he pretendido decir semejante cosa y afirmo que no lo diré nunca. Nosotros poseemos la experiencia de los primeros pasos de la destrucción del capitalismo en un país donde la relación entre el proletariado y el campesinado es particular. Nada más. Si nos hinchamos como pavos seremos el hazmerreír del mundo entero, no seremos más que fanfarrones.»²

La explicación anterior intenta comprender las causas de la atracción que el partido, como modelo mítico, ejerce sobre algunos hombres. Es, sin embargo, una explicación que se queda a mitad de camino y que no analiza las motivaciones conscientes que intervienen en la elección de tal tipo concreto de organización, por parte de determinada persona o grupo de personas. Por ello, se impone como única explicación posible un análisis de las diferentes clases de militantes que componen el partido.

Lenin ha creado un instrumento para acelerar el proceso revolucionario. Pero ocurre que ese instrumento permanece desde el principio en manos de unos militantes que poseen unas características concretas y que defienden unos intereses específicos, dentro del partido. Mediante la dominación del aparato, del control de los mecanismos que componen la organización, y de la ideología, este grupo de militantes defiende intereses que no coinciden con los enunciados públicamente por el partido, pues conciernen a su propia subsistencia como grupo dominante dentro de él. Los burócratas o ideólogos se reclutan entre los intelectuales exteriores a la clase, a quienes Lenin atribuye la tarea de aportarle la conciencia y la organización

2. Lenin: *Conclusiones sobre el programa del partido*, VIII Congreso del partido, 1919, Moscú, 1970.

política. Son los dirigentes. Los líderes aseguran la obediencia de las masas a las consignas de la Dirección. Los militantes rascos forman los cuadros que vertebran permanentemente las organizaciones de masas que el partido controla o intenta controlar. Todos ellos forman el partido, que funciona según unos mecanismos propios, siempre los mismos, indiferentemente de la diversidad de programas políticos. El partido funcionará cuando los diferentes intereses se cohesionen gracias a la ideología, y se unifiquen gracias a la organización. Toda la habilidad del Comité central consistirá en cimentar esa cohesión.

Saber si es o no posible conocer la realidad ha sido una cuestión clásica en la historia de la filosofía. Las respuestas han sido múltiples desde el idealismo hasta el materialismo, pasando por todas las variantes posibles. Sin embargo, hay algo común a todos estos planteamientos: *la separación del sujeto y del objeto*. Para estos filósofos que por contraposición a Marx llamaremos burgueses, el hombre (sujeto) no mantiene una relación dialéctica con el objeto (la realidad), y olvidando la actividad práctica aislan el objeto bajo la forma de intuición o de cosa en sí. De esta manera, como dice H. Lefévre, el conocimiento se convierte en «el problema del conocimiento»³, es decir, en si será cognoscible o no la cosa en sí misma, en si será alcanzable la verdad absoluta. La cuestión de la teoría del conocimiento incidió en el marxismo, como es lógico. Marx, en algunas de las tesis contra Feuerbach la resolvió de manera implícita. No obstante, Engels en el *Anti-Düring*, utilizando la dialéctica al explicar los fenómenos naturales, preludiaba lo que sería después en Lenin la *teoría del reflejo*.

«Nuestras sensaciones, nuestra conciencia, son sólo reflejo del mundo exterior, y es natural que un reflejo no puede existir sin lo reflejado, aunque lo reflejado existe independientemente del reflejante»⁴.

Georg Lukacs fue el primero en rechazar esta teoría a partir de posiciones marxistas, basándose en una frase de Engels «El mundo no debe ser entendido como un complejo de cosas acabadas, sino como un complejo de procesos.» Pero si no hay cosas, ¿qué es lo reflejado en el pensamiento? Lukacs piensa que esta teoría es un ejemplo típico de teoría producida por una conciencia alienada por la ideología burguesa, ya que separa el sujeto del objeto, el hombre a un lado, la realidad al otro. En

3. H. Lefévre: *Lógica formal. Lógica dialéctica*, Siglo XXI, Madrid, 1972.

4. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*, Fundamentos, 1974.

lugar de este *dualismo*, el autor húngaro reivindica la *unidad* del sujeto y del objeto en general, y de la conciencia y la realidad en particular. Será en la praxis donde se dará esta unidad y, como veremos, la clase obrera podrá pasar en la praxis de objeto alienado a sujeto de la historia.

Este dualismo o separación del sujeto y del objeto, que es característico de la teoría del reflejo tiene consecuencias diversas, todas ellas con implicaciones políticas importantes. En primer lugar, incidió sobre la teoría revolucionaria. Fue Korsch, compañero de Lukacs, quien denunció más acertadamente esta implicación. «Cuando Lenin y los suyos trasladan la dialéctica unilateralmente al objeto, a la naturaleza, a la historia, y conciben el conocimiento como un mero reflejo pasivo y una reproducción de este ser objetivo en la conciencia subjetiva, destruyen de hecho cualquier relación dialéctica entre el ser y la conciencia, y como consecuencia inevitable de esto, también la relación dialéctica entre teoría y práctica.»⁵

Es decir, al convertir el hombre en un ser pasivo, al rechazar la praxis transformadora, Lenin la sustituye por una práctica pura que aplica lo descubierto por una teoría pura. Esta práctica es la *técnica revolucionaria* y la teoría es la *ideología*. La desvalorización de la praxis en una seudoteoría y una seudopráctica es consecuencia importante de la teoría del reflejo, pero no es la única.

Merleau Ponty ha señalado con acierto un segundo punto: «Este nuevo dogmatismo que pone el sujeto cognoscente fuera del tejido de la historia y le da acceso al ser absoluto, no le obliga al deber de la autocrítica, y dispensa al marxismo de hacer aplicación a sí mismo de sus propios principios.»⁶ Se trata de un dogmatismo basado en excluir el hombre de la historia y convertir por lo tanto esta dialéctica hombre-historia, en una dialéctica fuera del tiempo, entre el ser y la conciencia, de tal manera que la autocrítica pierde su sentido ya que la verdad se absolutiza y se convierte en alcanzable por el sujeto, en nuestro caso el partido. Negar la necesidad de la autocrítica (al no admitir la relación dialéctica entre la verdad y lo falso), convertirla en un rito de sumisión, equivale a rechazar la aplicación del marxismo sobre sí mismo.

La teoría del reflejo, con su realismo ingenuo, ha sido puesta en duda por los estalinistas mismos. Modernamente, Althusser con su concepto de práctica teórica ha abierto un camino que hubiera podido ser muy interesante. Su discípula Marta

5. K. Korsch: *Marxismo y filosofía*, ERA, México, 1971.

6. M. Merleau Ponty: *Les aventures de la dialectique*, Gallimard, París.

Harnecker dice al respecto: «Esta elaboración nos da los instrumentos necesarios para romper definitivamente, tanto con la concepción empirista como con la concepción idealista del conocimiento, y a través de ella con la teoría del reflejo considerada clásicamente como la teoría marxista del conocimiento, ya que no puede ser aplicada con todo rigor sino al conocimiento ideológico, y de ninguna manera, al conocimiento científico.»⁷

Althusser no parte tampoco de las tesis contra Feuerbach sino de la distinción entre el objeto real y el objeto de conocimiento. Son dominios distintos cuya estructura interna sólo puede ser comprendida mediante un análisis interno. En el caso que nos ocupa, el dominio de la teoría, Althusser define su forma específica de producción o elaboración: la práctica teórica. No entramos a estudiar cuáles son los elementos característicos, sólo diremos, que el conocimiento es un proceso del pensamiento, que consiste en producir pensamiento a partir de pensamiento. Con razón B. Oelgart dice: «Lo que Althusser nos propone no es el conocimiento de la realidad social, sino fundamentalmente, el conocimiento «científico» de la obra de Marx».⁸ Su lectura de Marx no es más que «hacer un discurso científico sobre otro discurso científico».⁹ Las limitaciones del pensamiento de Althusser saltan a la vista, sobre todo si se estudian algunos de sus análisis concretos.¹⁰

El autor francés, mantiene la separación entre la teoría y la práctica. Así, su práctica teórica, no es más que un ejemplo de teoría pura, de ideología. Destruyendo la unidad entre la teoría y la realidad, propia del marxismo como teoría revolucionaria, niega la posibilidad de que el pensamiento retorne a la realidad, y por lo tanto no la altera. La principal implicación política de su teoría del conocimiento es el *reformismo*. La práctica teórica de Althusser, al no enlazar con la realidad, es una teoría objetivamente reaccionaria.

Finalmente, la concepción que tiene Althusser del marxismo, como una ciencia¹¹, cuya práctica teórica sólo unos cuantos conocen, pensamos que constituye un intento de revalorizar el partido leninista, que sería el único que posee esta ciencia. Los revolucionarios profesionales, concretamente, serían quienes la ma-

7. M. Harnecker: *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, 1973.

8. B. Oelgart: *Ideólogos e ideologías de la nueva izquierda*, Anagrama, 1971.

9. *Ibid.*

10. *Le parti communiste et la révolution*.

11. L. Althusser: *La revolución teórica de Man*, Siglo XXI, 1971.

nejarían. Y en segundo lugar, es el intento mejor teorizado para destruir «científicamente» el factor subjetivo o la praxis transformadora, a lo que la burguesía teme en mayor grado.

Es preciso superar este marxismo vulgar y recuperar íntegramente la interacción sujeto-objeto. Para nosotros la teoría del conocimiento no es el problema de conocer la realidad, como en última instancia se plantea V.I. Lenin, sino una parte de la praxis. Para Marx no existe el problema del conocimiento: «El problema de saber si el pensamiento humano puede acceder a una verdad objetiva no concierne al dominio de la teoría: es un problema de la práctica. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y la fuerza, el más allá de su pensamiento.»¹²

El problema del conocimiento no se refiere pues, al conocimiento de la cosa en sí misma (que además no tiene sentido, por estar todo en devenir) sino que el único conocimiento es el de las contradicciones. Si entendemos el conocimiento de este modo, que no es más que seguir el camino empezado por Marx, el sujeto y el objeto se hallan unidos. Esto quiere decir que la conciencia y la realidad no se enfrentan y que el hombre llega a transformar la realidad, transformándose él a su vez; es decir, que la conciencia y la realidad, que es viva, forman un todo indivisible. Si la realidad es la realidad social, podemos expresar lo anterior diciendo que la conciencia y la espontaneidad están realmente unidas dialécticamente, que la conciencia no está alejada de la realidad, sino que se halla indefectiblemente fundida con la espontaneidad. No entender esta unidad dialéctica conduce a resultados políticos de insospechadas repercusiones, y a las limitaciones erróneas de una práctica que pasamos a exponer.

12. K. Marx: *L'idéologie allemande*. Editions Sociales, París, 1970.

I. Los que hacen el partido

«Gentes que anteayer se hubieran dedicado al estraperlo o que ayer hubieran instalado una cafetería en el centro de la ciudad, hoy prueban fortuna instalando un «tenderete político» en un barrio periférico». Mundo Obrero Rojo, septiembre-octubre de 1971.

Designaremos con el nombre amplio de «burocracia» al núcleo dirigente de un grupo, que al tener unos intereses comunes, se constituye en «clase» dentro del grupo. Subsistir como clase, conservando su prestigio, autoridad y privilegios, es su principal preocupación, junto con la de desarrollar el grupo por medio de una serie de técnicas especiales que sólo ellos dominan. Los intereses comunes de la clase burocrática consisten fundamentalmente en el poder que ejercen sobre unos hombres, y en el que esperan ejercer mediante la toma del poder político, su objetivo mediato.

Según las funciones principales que desempeñan, cabe distinguir dentro de la burocracia entre los ideólogos y los organizadores. Ni el ideólogo ni el organizador existen en estado puro, y menos aún en una situación de clandestinidad, donde la mano de obra escasea y la especialización integral es un lujo que ningún grupo puede permitirse. Por otra parte, existe una tendencia a la concentración de poderes, pues ni el ideólogo ni el organizador están demasiado dispuestos a reconocerse límites que puedan poner en peligro su autoridad. Sin embargo, existe siempre una cierta especialización que viene impuesta por las aptitudes personales y las necesidades del grupo o del momento. Trotski fue líder en 1905, organizador en 1917 e ideólogo en el exilio, aunque toda su vida practicó el pluriempleo.

Así pues, los encargados de secretar la ideología son los *ideólogos*, es decir, aquellos burócratas que tienen como misión principal la de organizar y difundir las ideas que justifican la necesidad de una dirección burocrática, confiriéndole su existencia, su homogeneidad, su conciencia y su legitimidad. La función del ideólogo, como se ve, es fundamental, por lo que el primer paso que debe dar toda burocracia es el de buscar entre sus miembros el más apto para ejercer esa labor mixtificadora destinada a ocultar el verdadero carácter y los intereses de la clase burocrática. El ideólogo debe camuflar la contradicción

que existe, por ejemplo, entre la mitificación de la clase obrera, «única clase capaz de hacer la revolución» y el origen burgués del 90% de la dirección de la «vanguardia organizada de la clase», para hacerla pasar por la emanación de la conciencia de los elementos más avanzados del proletariado. El ideólogo debe, pues, empezar por justificarse él mismo, dando «conciencia» a la clase de su incapacidad para adquirir la conciencia de clase sin su ayuda.

El ideólogo debe ordenar estas justificaciones y muchas otras, en un todo armoniosamente estructurado, con apariencia de garantía científica. Gracias a Lenin, el papel de ideólogo se ha convertido actualmente en el de mero copista, con más o menos «genio» de adaptación en las cuestiones secundarias.

El organizador, *burócrata* por antonomasia, es el hombre del aparato, o *aparatchik*, según el vocablo ruso consagrado. Los revolucionarios románticos olvidan la importancia de la labor organizativa, sin tener en cuenta que Lenin demostró cómo elevando la organización a nivel de disciplina científica, dirigida por profesionales, puede constituir un arma poderosa. Pero un arma sirve a quien la usa. Todos los poderes que proporciona el aparato, concentrados en manos de unos pocos *aparatchiks*, conducen directamente a la acumulación del poder absoluto en manos de estos hombres, sobre el conjunto de la organización, cuya existencia depende de ellos. Son los tecnócratas del partido, hombres oscuros de segunda fila, aparentemente modestos y serviciales, cuyas ambiciones ocultas saldrán a la luz en el momento que consideren más favorable. Stalin es el tipo más logrado de *aparatchik* que triunfa, y su carrera continúa sirviendo de modelo a las sucesivas generaciones de bucrócratas.

Ya nos advirtió Marx que el hombre siempre ha necesitado proyectar en alguien, ser existente o no, todas las virtudes que le gustaría poseer. Así han surgido los dioses. Y los *líderes*.

En situaciones normales, el líder es el dirigente real del grupo. En situaciones de clandestinidad, el líder no suele ser el dirigente del grupo, sino el hombre público del mismo que atrae gracias a su prestigio, influencia, capacidad de persuasión y, sobre todo, a su privilegiada situación en contacto permanente con las masas.

El líder es el modelo, la personificación idealizada de la fuerza potencial del proletariado que se refleja en él. Los burócratas saben que sin el amplificador del líder su música no llegaría a los oídos a que va destinada. Por eso, la supervivencia del grupo recién constituido está subordinada a la incorporación rápida

de algún líder obrero. Ya se encargará luego la burocracia de convertirlo en el reclamo del grupo. El líder se cree un conductor, pero en realidad no es más que una marioneta en manos del *aparatchik*.

1. La ideología como deformación de la realidad

El Estado capitalista es lo que confiere unidad aparente e ilusoria a la realidad social. Pero hay otro elemento superestructural que tiene una gran importancia: la ideología dominante, la ideología de la clase dominante cuya función es hacer posible su supervivencia como tal clase dominante.

El Estado capitalista es, además, el instrumento esencial que perpetúa la dominación de la burguesía sobre el proletariado. Cuando la lucha de clases se agudiza, el Estado capitalista puede adoptar otra forma más adecuada para proseguir la dominación; por ejemplo, la dictadura. En cambio, la ideología dominante actúa siempre al máximo permitido por las condiciones de desarrollo de las fuerzas productivas. Actualmente, los avances en el campo de las telecomunicaciones, en los procedimientos publicitarios y de manipulación de los *mass media*, han roto la misma intimidad del hombre, y como dice Marcuse, «los procesos síquicos que en otro tiempo fueron autónomos y privados están a punto de ser absorbidos por el papel del individuo en el Estado, por su existencia pública. Los problemas psicológicos se transforman en políticos.»¹³

La ideología burguesa, lejos de desaparecer, adopta formas cada vez más sutiles, más difíciles de denunciar. La caracterización más inmediata de la ideología burguesa es el misterio que la envuelve. Esta ideología dominante no se presenta nunca como un bloque de verdades y normas (como hace el marxismo-leninismo, ideología dominante en Rusia): sus rasgos principales permanecen ocultos. Su totalidad es un misterio que hay que ir descubriendo a partir de los elementos portadores de su carácter de totalidad. Apoyándose en estos elementos es posible reconstruir el «todo», posibilitando así una crítica a la ideología como totalidad. Si bien hay que desechar la idea de encontrar la ideología burguesa, en su conjunto, en una obra o autor burgués, que sólo nos ofrecerá algunos elementos de ella, es posible, en cambio, el análisis concreto de las formas implícitas que adopta la ideología burguesa, que es «una concepción del mundo que se manifiesta

13. H. Marcuse: *El hombre unidimensional*, Seix y Barral, Barcelona 1972.

implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva.»¹⁴

Nuestro objetivo primordial debería ser el de detectar la ideología burguesa, los elementos capitalistas introducidos en el movimiento obrero. Pero también interesa constatar el hecho más general de la infiltración de la ideología burguesa en todas las manifestaciones del hombre. Las formas de vida, los hechos de la vida cotidiana, se transforman en «lo que siempre ha sido»; la explotación, en la forma usual y corriente de vida. Todo ello explicándose por el «sentido común», expresión casi siempre de la ideología burguesa.

La ideología dominante oculta, pues, algo fundamental: el *cambio y su posibilidad*.

La característica principal de la ideología burguesa, y en general de toda ideología, es su carácter de clase. Si para la ideología burguesa no manifestar su carácter de totalidad equivale a ocultar su predominio, esconder su carácter de clase le permite ocultar el hecho objetivo de la dominación y de la explotación. Si en una dictadura, por ejemplo, hay un grupo social hegemónico en el bloque dominante, que expone su ideología de un modo explícito, esta ideología no es realmente la ideología dominante, sino una parte tan sólo de la superestructura ideológica (caso de la ideología falangista).

La ideología burguesa deforma el carácter del Estado capitalista, que no aparece nunca como lo que realmente es —instrumento de la burguesía para mantener su dominación— sino bajo la forma de arbitro encargado de realizar el bien común. El Estado capitalista aparece siempre por encima de las clases, como si de una forma político-organizativa divina y eterna se tratara.

Esta deformación ha penetrado bajo una forma más suave y sutil en la misma teoría marxista. Para ciertos autores, como Poulantzas, el Estado capitalista goza de una autonomía relativa que le permite efectuar ciertos reajustes, ya que su autonomía le permite estar por encima de las clases.¹⁵

La ideología burguesa siempre cambia el contenido de lo que es real. Los elementos utilizados para hacer posible estas transmutaciones ya no son de tipo religioso, sino científico. La diferencia es importante, pues los elementos científicos —seudocientíficos muchas veces— tienen la característica de ser definitivos e incontrovertibles. A los cursillistas de aprendices de *manager*

14. J.M. Piotte: *El pensamiento político de Gramsci*, A. Redondo, 1972.

15. N. Poulantzas: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI, México, 1972

de la factoría SEAT de Barcelona se les demuestra «científicamente» que la gran empresa no hace beneficio alguno, sino un servicio social,

La ciencia se ha incorporado de pleno a la superestructura capitalista y sus argumentos son de peso, no tanto por lo que encierran, sino por la dificultad que representa para la mayoría de los trabajadores el rebatirlos. Renunciamos aquí a describir otra de las funciones de la ciencia, como es la de contribuir al aumento de la explotación, al incrementar la plusvalía relativa. Bástenos señalar que la ciencia, por sí misma, no liberará nunca al hombre, pues, como dice A. Gorz, «un sistema dado tiende a plantear solamente los problemas que se pueden resolver en el seno de este sistema».¹⁶

Esconder la posibilidad de cambio no es más que ocultar *la contradicción*. Esta es otra función esencial que cumple la ideología burguesa, haciendo invisibles las contradicciones sociales, o modificándolas en enfrentamientos casuales y pasajeros. El progreso social, el bienestar, las tensiones del crecimiento, son los argumentos que se suelen usar ahora para disimular las contradicciones sociales. En la sociedad capitalista nunca aparecen como principales las contradicciones que realmente lo son. Incluso las contradicciones secundarias —centralización-regionalización, campo-ciudad, etc.— se abordan con cautela y a un nivel puramente técnico, sin profundizar en sus causas reales. Cuando la lucha de clases arrecia y explota la contradicción principal entre la burguesía y el proletariado, se explica el hecho como algo puramente casual y aislado, fruto de unas condiciones externas y pasajeras (agitadores venidos del extranjero, la masonería internacional, etc.).

La ideología, como medio para deformar la realidad y disimular las contradicciones sociales, es utilizada también por las burocracias de los grupos, que encuentran en ella un eficaz auxiliar para ocultar las principales contradicciones sobre las cuales se apoya su dominación. Siguiendo a Korsch y a otros autores hemos procurado no confundir ideología con teoría, cuando tratemos de aplicar analógicamente lo dicho sobre la ideología burguesa al terreno del grupo político. La teoría es la reflexión a partir de la práctica y basándose en ella. Es evidente que la práctica sola no proporciona todos los elementos que permiten desarrollar una teoría adecuada, por lo que es obligada la referencia a un acervo científico en el que se recojan las experiencias válidas de los teóricos que nos han precedido. La

16. Gorz: «Technique, techniciens et lutte des classes», *Les Temps Modernes*, n° 301-302, París.

teoría, por definición, no puede ser nada estático, pues la práctica no es estática. Nos referimos, claro está, a la teoría revolucionaria, que sólo es concebible en unidad dialéctica con la práctica. La ideología, en cambio, supone la paralización de la teoría en un todo cerrado, válido de una vez para siempre. Contra esta pretensión de hacer del marxismo algo inamovible se elevó el mismo Marx, cuando dijo que él no era marxista. Más agresivamente, los situacionistas afirman: «Los que han leído a Marx saben que su método es una crítica radical de las ideologías. Los que sólo han leído a Stalin, hacen del «marxismo» la mejor de las ideologías.»¹⁷

Simplificando, entenderemos usualmente por «ideología» de un grupo, el conjunto de sus manifestaciones, adhesiones y declaraciones de tipo teórico e interpretativo, con carácter de totalidad acabada, emanadas de sus organismos directores.

En sus inicios este bagaje teórico marcará una *tendencia*. Cuando ya esté fijado en un programa constituirá la *línea política*. Será entonces inamovible y podrá hablarse ya de «ideología» del grupo.

COMO SE COCINA LA IDEOLOGÍA

La experiencia, nos ha enseñado que, en el funcionamiento de un grupo, lo que menos importa es la mayor o menor exactitud de las tesis enunciadas en el programa o declaración. Bien al contrario, son como una barrera de humo provocada por los ideólogos para ocultar sus verdaderos intereses; lo que realmente conviene conocer es el *valor real* de la ideología, así como *su valor de uso*. El primero se encontrará respondiendo a las siguientes preguntas: ¿Qué función cumple la ideología en el proceso de construcción del grupo? ¿Es la ideología la que orienta siempre a la práctica? ¿La adhesión personal de los militantes a un grupo determinado, se hace en función de la ideología que el grupo defiende o representa?

El valor de uso de la ideología es la utilización que de ella hacen los ideólogos, y responde a la pregunta: ¿A qué categoría social, dentro del grupo, beneficia la ideología? ¿Qué utilización se hace de ella?

Poseer una línea política, es decir, plagiar con más o menos habilidad determinados textos o comentarios de Lenin, Marx y Mao (o Trotski), por este orden, programar unos objetivos y convocar un congreso son los requisitos mínimos tácitamente exigibles para que un grupo pueda autotitularse «partido».

17. *International Situationniste*, n° 10.

Una línea política plasmada en un programa es un punto de referencia que guía las discusiones y que limita el terreno de la iniciativa privada. El programa es siempre lo suficientemente amplio como para justificar todos los cambios sucesivos que irán introduciendo los ideólogos, al socaire de sus necesidades. El programa, síntesis de la ideología y de los objetivos, es como la marca de fábrica, símbolo de un contenido que nadie conoce exactamente pero del que sus autores se responsabilizan y al que los militantes adhieren como consumistas confiados. En este sentido, el programa intenta asegurar la cohesión del grupo, apuntándose así una primera utilización de la ideología, que desarrollaremos cuando hablemos del sectarismo como prevención de las divisiones internas.

Si partimos de la base de que casi todos los grupos políticos son fruto de escisiones de grupos precedentes, comprenderemos que los nuevos grupos no expresen ninguna alternativa radicalmente original, sino que se proponen aplicar «correctamente» el marxismo-leninismo, «traicionado por la dirección burocrática y reformista» del grupo que abandonan. La justificación ideológica de la escisión supone siempre un purismo en la ortodoxia, un retorno a las fuentes, si atendemos a sus declaraciones verbales; en todo caso, nunca se da una actitud crítica frente a las causas últimas que favorecen esas «desviaciones». Es típica, por ejemplo, la «declaración de independencia» del PCI: «La característica básica de nuestro Partido es su unidad política sobre la base de una práctica revolucionaria fundamentada en una teoría científica: el marxismo-leninismo.»¹⁸

La «característica básica» del PCI caracteriza a todos los grupos de izquierda, el PCE incluido. La labor de los ideólogos de los nuevos grupos se verá, por consiguiente, muy simplificada. Se tratará únicamente de acelerar la ordenación coherente de las innumerables discusiones y escritos almacenados durante la labor fraccional realizada en el grupo de origen. Por eso, las primeras declaraciones y manifiestos tienen siempre un carácter eminentemente polémico. El segundo paso será el de hacerse una «autocrítica», tratando de justificar como se pueda el hecho de haberse adherido tanto tiempo a los errores que ahora se rechazan. En algunos casos se puede evitar este formalismo omitiendo toda alusión al origen del grupo (caso BR); si se hace inevitable, la autocrítica se convertirá, de hecho, en una requisitoria despiadada contra el grupo madre o contra sus dirigentes (*Comunismo*, 0/1).

Cumplido este requisito, se impone un «análisis del proceso

18. *Mundo Obrero* (del PCI), la quincena, febrero de 1968.

anterior», en el que se da la versión propia de la reciente historia vivida por los escindidos, conjugada armoniosamente con un somero análisis político-económico del país, sin olvidar algunos elementos internacionalistas (muy abundantes en el PCI y en la LCR, ausentes casi por completo en BR).

Un último documento, «nuestras tareas actuales», es el encargado de anunciar el nacimiento del «partido de la clase obrera», o más modestamente, de su embrión.

Ahora ya sólo quedan las cuestiones tácticas, entre las que sobresale la postura que se adopta con respecto a las Comisiones obreras. El proceso suele ser siempre el mismo: se publica una declaración de principios favorable a las CO, que «expresan la combatividad y unidad de la clase obrera», etc. A continuación se hace una crítica al PCE y a cualquier otro grupo, calificado de oportunista, que comparta en aquel momento la dirección burocrática de los organismos de CO. Finalmente, el grupo se declara dispuesto a remediar tan lamentable estado de cosas, afirmando luchar por la unidad del movimiento obrero. El estribillo de la unidad es quizás la constante más repetida en todos los grupos sin excepción. Más adelante, cuando el grupo se considere con fuerzas suficientes, prueba sus buenas disposiciones hacia la unidad del movimiento obrero creando su propia coordinación de CO, controlada estrictamente por el grupo (lo que BR llama púdicamente «coordinación según unos criterios políticos coincidentes») y se vuelve mucho más reticente con respecto al problema de la unidad, afirmando que conseguirla «será un largo proceso» y que de momento hay que contentarse con «forjar la unidad de acción».¹⁹ Los más radicales harán la experiencia anticomisiones (COR del PCI; «Proletario» de la LCR) de corta duración.

Por último, el congreso legalizará los textos de la nueva dirección, que reforzará así su poder. PCI y BR tuvieron su primer congreso a mediados de 1973, al sexto y tercer año respectivamente de su fundación. Del congreso suele salir el programa o «texto de referencia», que sólo puede ser invalidado por otro congreso convocado por la Dirección cuando lo estime oportuno.

El programa, a medida que va envejeciendo, no puede disimular su contenido, a base de principios estereotipados que se van repitiendo con machacona insistencia. En los grupos trotskistas, el respeto y la fidelidad al programa expresan casi la creencia en una operatividad intrínseca del mismo. El programa de transición de Trotski de 1938 sigue siendo citado con

19. Documento publicado por la la Reunión nacional de «Sectores».

veneración en 1974 y es punto de referencia obligado para avalar la ortodoxia de una postura.²⁰

Aunque se pretenda, en principio, que el programa sea tan inmutable como la Biblia, admite tantas interpretaciones como ésta. Si bien el comité central (o secretariado, o buró político, etc.) forma un todo cerrado e inaccesible, no deja de recibir estímulos e influencias provenientes del exterior. Por otra parte, sus componentes, jóvenes en su mayoría, están en continua evolución psicológica y política. La línea y el programa acabarán reflejando esa evolución. Normalmente, quien marcará la pauta será el teórico de autoridad indiscutida, en torno al cual se ha formado el núcleo inicial. Las discusiones versarán al principio sobre cuestiones secundarias. Pero cuando surja otro teórico, por incorporación o por formación, con talla suficiente para oponerse al primero, empezarán los problemas. Su agudeza le permitirá descubrir los puntos débiles del edificio teórico; su ambición le llevará a subrayarlos y airearlos, formando escuela y atrayéndose a los descontentos del régimen anterior. El pretexto ideológico actuará como aglutinante de discrepancias por los motivos más diversos. Se inicia el proceso que terminará en escisión.

Pero mientras este proceso se incubaba, el buró político sigue discutiendo, según una dinámica que le es peculiar. Sobre el análisis económico pocos militantes están capacitados para intervenir. Los escasos especialistas en la materia elevan pronto el debate a un nivel inaccesible para la mayoría de los miembros del comité. La tendencia general de los especialistas es casi siempre al triunfalismo, moderado con respecto al del PCE, pero anunciando el inminente desmoronamiento del capitalismo, en virtud de sus contradicciones internas.

El profano, a lo máximo que puede llegar, si se atreve, es a exponer sus dudas al respecto, dejando constancia de la capacidad de adaptación de un sistema capaz de fabricar pollos en tales cantidades que de manjar de lujo se convierta en alimento popular.* Se le escucha, pero le faltan argumentos técnicos. La discusión y redacción final del documento sobre la cuestión queda totalmente en manos de los especialistas. Los miembros

20. «El programa de transición es la única base para la construcción del partido trotsquista [...] Sobre esta base sólo puede asegurarse la continuidad del empeño por el que fue fundada la LCR y que es inseparable de la construcción de la IV Internacional» (*Combate*, n° 11: «Declaración del CC sobre la crisis de la LCR»).

*Objeción simple pero desconcertante que oímos formular a un obrero casi analfabeto

de origen obrero que han sido cooptados por el comité político, que en el mejor de los casos han leído a marchas forzadas el Politzer²¹, asistirán respetuosamente mudos al debate.

La discusión sobre el análisis político del régimen y de la oposición permite una mayor participación, pues todo el mundo tiene una idea al respecto. Pero también aquí los especialistas en el análisis político, que posiblemente serán los mismos de antes, harán coincidir las conclusiones de ambos análisis en una síntesis que vendrá a apoyar la postura mantenida previamente por el grupo. Se habrán conseguido dos objetivos. En primer lugar, el teórico habrá demostrado una vez más su ascendiente sobre los demás militantes; y además, se dispondrá de material para publicar un texto «político» que sirva de referencia.

LA INDEPENDIZACION DE LA TÁCTICA

Lo que realmente suscita el interés de todo el comité político es la discusión sobre las llamadas «tareas inmediatas» de la organización. Si los dos análisis anteriores sólo han sido elaborados por dos o tres militantes, a causa de la ignorancia de los demás, ahora la participación es más nutrida. Pero no hay riesgo de que las conclusiones no guarden una relación al menos formal con los presupuestos teóricos aprobados antes. Las críticas parciales o las cuestiones de detalle planteadas por los militantes obreros serán «asumidas en una síntesis» elaborada, una vez más, por los ideólogos.

La discusión sobre las «tareas inmediatas» o «tareas actuales» —táctica—, es a pesar de todo la más animada. Y como, por otra parte, los problemas que surjan tendrán su origen en cuestiones prácticas, la discusión sobre las «tareas actuales» acabará generalizándose y será la que decida el estilo del grupo.

Este *proceso de independización de la táctica* es característico en estos grupos. Que BR, en el n° 13 de su revista teórica, se saque de la manga el objetivo de la lucha por la república democrática no varía en lo más mínimo la práctica de sus militantes, que 24 horas antes creían luchar por la revolución socialista, utilizando métodos pequeño burgueses. Tampoco cambió el sectarismo dogmático de los militantes PCI cuando la dirección del grupo decidió abandonar la lucha armada, pi-

21. Autor de *Principios elementales de filosofía*, manual elemental usado en la época estalinista, muy difundido en España clandestinamente, en ediciones sudamericanas e incluso policopiado.

diendo su ingreso en la Asamblea de Cataluña. Las cuartillas emborronadas por la dirección BR para teorizar sobre la necesidad de unidad en el movimiento obrero, no les impiden *m* la práctica abrir una brecha más en esa unidad. El criterio es la *eficacia*, a la cual se subordina toda la línea política.

«El único criterio que debe regir la actuación de Comisiones es el de la efectividad, y una precipitación de este tipo que podría dar origen a tensiones y que nos obligue a preocuparnos más de nuestras cuestiones organizativas internas que de la lucha de masas haría que nuestra Organización de Comisiones dejara de ser efectiva.»²²

Como se ve, la eficacia se refiere al monolitismo interno del grupo, y la unidad que se afirma perseguir es la utopía de una «unidad sin tensiones». Así, la unidad queda relegada al terreno de las buenas intenciones y los burócratas de BR pueden hablar con impudor de «nuestra Organización de Comisiones». La táctica dirige a la estrategia, aunque se tenga buen cuidado en aparentar lo contrario, y es consecuencia a su vez de una serie de factores independientes que configuran el partido.

En la discusión de las *tareas inmediatas* se fijará el programa que deberá impulsar cada frente de lucha. A nivel obrero, por ejemplo, se fijará en las 40 horas semanales, 500 pesetas diarias, libertad de asociación, etc. Armados con este programa, los militantes pueden ya pasar a las cosas serias. ¿Cómo se va a impulsar este programa y con quién? Teóricamente, el problema no ofrece dificultades, pues Lenin es formal al respecto: la organización política dirige la lucha en todos los terrenos, pero interesa que los trabajadores se agrupen en una organización de masas para la defensa de sus intereses económicos.

Los grupos más inteligentes, o con más experiencia, saben las dificultades que existen para que la clase obrera acepte el dirigismo de unas organizaciones que no reconoce como suyas. Así pues, casi todos los grupos defienden aparentemente la autonomía de la organización de clase. La LCR es la única que proclama abiertamente su adhesión a la teoría de la «correa de transmisión»²³ que hasta las instancias más burocráticas de CO empiezan a encontrar demasiado embarazosa, en su cruda formulación²⁴. Los grupos, sin embargo, saben que su existencia

22. «Sobre un acuerdo erróneo», en *Coordinadora de Barrios del Bajo Llobregat*, enero de 1972.

23. *Comunismo*, 0/1, p. 79.

24. «Una de las «condiciones indispensables» para la unidad es la autonomía del movimiento obrero, que debe entenderse como «total» in dependencia del movimiento obrero de cualquier Estado social y de todos los partidos, inclusive los de carácter obrero, rechazando las con-

depende del grado de influencia que puedan ejercer sobre la clase obrera, por lo que de hecho no pueden prescindir de la «correa de transmisión», por impopular que sea. La ideología vendrá, una vez más, en socorro de la práctica. Este terreno es extremadamente resbaladizo para el ideólogo y el burócrata, pues los militantes obreros del grupo pueden entusiasmarse excesivamente por las tareas específicas de la organización fustigadas con los calificativos de «economicismo», «obrerismo» y «anarcosindicalismo», para evitar que los militantes se alejen demasiado del campo dominado por los burócratas de la dirección. La primacía de lo «político» es entendida en el sentido de una estricta observancia disciplinaria de las normas emanadas de los comités con autoridad para darlas, suprimiendo las iniciativas personales o de tendencias. Así, es corriente que en las coordinadoras de CO los militantes de grupos políticos no puedan decidir cuestiones importantes sobre las que no poseen directrices concretas. Otras veces, por causas ignoradas por los militantes ajenos a un grupo determinado, varían súbitamente las consignas o las decisiones.²⁵

Resumiendo, la eficacia de un grupo se mide por el grado de disciplina que ha sido capaz de inculcar a todos sus militantes.

Los contactos que los burócratas mantienen en verano con grupos políticos extranjeros les proporcionan material ideológico e ideas para la organización y la acción, que luego experimentan en los frentes de lucha en los que está presente su grupo. La LCR se abastece de su homónima francesa. BR prefiere el filón italiano. En 1971, BR organizó algunas manifestaciones relámpago encuadradas por militantes cubiertos con cascos de motorista y llevando bastones de béisbol. Pero este disfraz de izquierdista de choque constituía un excelente signo de identificación para la policía, cuando no se estaba dispuesto a utilizarlo hasta sus últimas consecuencias, y fue suprimido. Los burócratas afirman su poder y los militantes de base no pasan de ser meros ejecutantes.

En las reuniones de sector obrero, además de la información, que ya cubre la mitad de la reunión, se despacha la «cocina»,

cepciones del movimiento obrero como «correa» de transmisión o vivero para una u otra organización política.» («Por la unidad del movimiento obrero», número extraordinario de *Lluita Obrera*, órgano de la Comisión Obrera Nacional de Cataluña).

25. J. Sanz Oller: *Entre el fraude y la esperanza. Las Comisiones obreras de Barcelona*, Ruedo ibérico. París, 1972. Véase también *62 días de huelga. Hairy Walker*. Libro editado clandestinamente en Barcelona, en junio de 1971.

es decir, los asuntos corrientes: preparar la próxima manifestación, la regada de octavillas, los cursillos a simpatizantes y todos los pequeños problemas concretos que comen la militancia cotidiana convirtiéndola en una rutina e impidiendo una auténtica formación teórica a partir de la práctica. Estos aspectos administrativos, por otra parte inevitables, se empiezan a hacer insostenibles cuando la extensión que va adquiriendo el grupo parece exigir un reforzamiento de la especialización y división de las tareas. Así, a medida que el grupo crece, el proceso de institucionalización avanza, el centralismo se refuerza, las funciones se diversifican cada vez más y las exigencias disciplinarias se van agudizando. Cuando esta distinción se acepta y se estabiliza, lo que suele suceder con bastante rapidez, se ha conseguido la integración total de los militantes a la dinámica propia del grupo, que afianzará ahora su autoritarismo centralista, sin mayores problemas.²⁶

Ya tenemos localizada en un solo órgano toda la responsabilidad de elaboración de la *línea* política. Teniendo en cuenta los documentos que ya ha publicado, podría creerse que el buró político está a punto de finalizar su tarea. En absoluto. La elaboración ideológica evoluciona paralelamente al aumento de la experiencia adquirida por los encargados de velar por la integridad de la línea, lo que da unos resultados siempre imprevisibles. Esto explica, en parte, los sorprendentes zigzags estratégicos de casi todos los grupos. El PCI, por ejemplo, ha podido cambiar su estrategia militarista por otra reformista, después de haber ensayado múltiples tácticas a expensas del movimiento obrero, siendo los primeros en romper su unidad orgánica, provocando un estado de excepción, deshaciendo varias comisiones de empresas importantes, quemando a muchos militantes, etc.* Por toda explicación nos dicen «confundíamos la realidad con nuestros deseos» y «elementos insanos anidaban entre nosotros al calor de nuestro idealismo juvenil».²⁷ Pero no se creen obligados a rendir cuen-

26. «La masa de los trabajadores que adhieren al Partido forman en su seno una especie de plebe, mientras que los intelectuales representan el papel de una aristocracia que dirige los asuntos internos y externos de la organización, y mantienen las categorías plebeyas al margen de las influencias corruptoras del exterior.»

(Denuncia formulada por el bolchevique Axelrod en el V Congreso del partido ¡1907!). Citado por Osear Anweiler: *Les soviets en Russie*, Gallimard, París, 1972.) * «El PCI o los meandros del estalinismo», 1, III, 3.

27. *Mundo Obrero Rojo*, 10 de abril de 1973.

tas a nadie. Si la LCR ha sido más consecuente en su línea ideológica, no ha sido menos vacilante en su táctica, ni menos funesta para el movimiento obrero, desde la creación de «Proletario» como embrión del futuro sindicato hasta la actual participación en CO basada en el empleo de los cócteles mólotov, pasando por diversos ensayos de efímera existencia (como el CUT). Si, como veremos más adelante, algunos militantes han esbozado una crítica a los «procedimientos burocráticos» y a la «política confusa cuya constante es la ausencia de principios»²⁸, no hay ni asomo de crítica a las causas que han concentrado el poder en manos de unos pocos, permitiendo unos abusos imposibles de controlar. La burocracia estará tranquila mientras se critique aisladamente sus actos y se respete la causa de los mismos.

Es evidente que la base de estas mutaciones ideológicas y tácticas reside en unos presupuestos a los que nos iremos refiriendo a lo largo de este trabajo. El oportunismo y el burocratismo también tienen sus teóricos. Lo que hemos querido subrayar es la pasividad de la mayoría de los militantes ante las arbitrariedades de sus respectivas direcciones políticas, ya que es precisamente esa pasividad la que asienta el autoritarismo de la burocracia.

Normalmente, los no iniciados que sólo utilizan su sentido común creen que los militantes se afilian a los grupos políticos en función de la ideología que éstos anuncian. Así, el grupo cuya ideología refleja mejor las convicciones políticas del militante sería el elegido. La ideología actuaría entonces como elemento diferenciativo favoreciendo la opción política. Desgraciadamente, la realidad demuestra que ni el uno por ciento de los militantes que se organizan políticamente lo hace a causa de una identificación razonada, comparada críticamente con los presupuestos políticos sustentados por el grupo de su elección.²⁹

Las razones que fundamentan la opción del militante son varias, como veremos más adelante, pero casi siempre interviene la adhesión a una persona admirada (líder, amigo), o a la aureola más o menos mítica con que se ha sabido adornar el grupo. Sólo un avezado especialista es capaz de percibir las diferencias ideológicas que existen entre los grupos de izquierda.

28. *Combate*, nº 11.

29. Daniel Mothé, veterano militante obrero de la fábrica Renault, en París, escribe: «Lo que es asombroso sobre todo es la insignificancia de la importancia [*poids*] de las ideologías en los movimientos que alcanzan una cierta dimensión.» (*Le métier de militant*, Seuil, 1973).

Enemigos irreconciliables como el PCI y la LCR, maoísta el uno, trotsquista el otro, ¿qué diferencias reales y no verbales son las suyas, perceptibles por un militante en trance de optar? ¿O entre el PCE y BR, aparte la carga histórica del primero y el aspecto joven y dinámico del segundo, con un verbalismo más adaptado a los gustos modernos?

Si la ideología no cumple con su papel diferenciador, ¿dónde se sitúa su verdadera funcionalidad, es decir, cuál es su utilización, a quién o qué intereses sirve?

La ideología garantiza la seriedad de los grupos y avala la capacidad teórico-organizativa de los fundadores. «El papel de la doctrina en el universo militante sería el mismo que el de la religión en la sociedad. Su tarea sería también la de «tranquilizar las conciencias y proporcionar la esperanza.»³⁰

La ideología proporciona magníficos pretextos para recubrir las verdaderas motivaciones que impulsan la mayoría de las querellas internas. El terreno ideológico es el campo de honor político, en el que hay que solventar todos los problemas, aunque las causas radiquen fuera. Por otra parte, y esto es lo esencial, la ideología proporciona los elementos que justifican políticamente la dominación de la nueva clase de los *aparatchiks*. ¿En función de qué, si no, unos hombres aceptarían someterse voluntariamente a la disciplina y a las normas decididas e impuestas por un número muy restringido de personas? El genio de Lenin consistió en añadir al marxismo una serie de principios prácticos y organizativos que parecían prolongarlo armoniosamente, constituyendo una síntesis aparentemente indisociable. Los ideólogos, intérpretes y exégetas del marxismo, encuentran en el leninismo la justificación ideológica que les permite utilizar sus conocimientos teóricos, para transformarlos en dominación. A fin de que esta superioridad no les escape, es imprescindible preservar sus privilegios, la fuente de donde proceden. Para ello, nada mejor que unir el leninismo al carro del marxismo, beneficiándolo así del prestigio científico de este último. Una vez conseguido esto, los ideólogos defienden su estatuto de iniciados en los arcanos del saber marxista, a la vez que centran el debate teórico en los puntos que a ellos les interesa, dando los argumentos por ellos seleccionados. Los textos o «cuadernos» más o menos «rojos» o «comunistas» no tienen la misión de ampliar la base teórica del militante, sino, por el contrario, limitar su conocimiento al índice dogmático establecido. La institución de los revolucionarios profesionales, mantenidos por el partido, soluciona el problema de

30. *ibid.*

los medios y permite aumentar la ventaja inicial adquirida. Profesionalizando la especialización, un puñado de hombres dispone del monopolio de fabricación de la ideología. La célebre teoría sobre el origen de la conciencia de clase, de Lenin, les proporciona la tapadera necesaria. La inercia y la pereza intelectual de la gran mayoría de militantes, inevitables taras adquiridas en la sociedad capitalista, hacen el resto.

2. El universo burocrático

El burocratismo no es un fenómeno nuevo. Lenin ya lo preveía, como peligro que acechaba al partido, hasta el punto que en 1920 se creó el Comisariado para la Inspección Obrera y Campesina, cuya función era la «lucha contra el burocratismo y la corrupción en las instituciones soviéticas», y su intención era la de facilitar el acceso de todo el mundo a las tareas de inspección.

Otras personas, en la oposición rusa de aquella época, veían el burocratismo no como un peligro futuro, sino como un hecho actual.³¹ Esta perspectiva histórica nos plantea problemas de fondo a los que sólo podremos dar respuesta en la tercera parte, pero que debemos formularnos ya en ésta. ¿Existe un proceso visible y previsible de burocratización, o un grupo nace ya burocratizado? ¿Si existe un proceso, es ineluctable? ¿Qué contenido tiene?

Cuando el núcleo que forma el grupo-embrión del futuro partido empieza su vida organizativa, se distribuye las funcio-

31. «El burocratismo es la directa negación de la iniciativa privada de las masas [...] es una plaga que se ha metido hasta lo más íntimo de nuestro partido y ha descompuesto poco a poco los órganos de los soviets [...] No sólo se ha limitado la iniciativa de las masas sin partido [...] sino también la iniciativa privada de los miembros del partido. Cada iniciativa autónoma, incluso cada pensamiento nuevo que no se ha acomodado a la censura del centro del partido dirigente se considera como «herejía», como atentado a la disciplina del partido, como intento de dañar los derechos del centro que todo lo ha «previsto» y «prescrito». Y si algo no ha prescrito, entonces hay que esperar hasta que lo haga [...] la esencia del burocratismo, su nocividad, no está sólo en la rutina, como quieren hacernos creer esos camaradas que levan la discusión al terreno de la «revivificación del aparato del Estado», sino en que todas las cuestiones se deciden no por un intercambio de opiniones, no por la iniciativa viva e inmediata de las personas interesadas, sino de manera formal «desde arriba», por medio de uno solo o, en el mejor de los casos por medio de un colegio limitado en el que las personas interesadas a menudo no están ni siquiera representadas. Un tercero decide sobre vuestro destino: 'he ahí la esencia de la burocracia.» (Alexandra Kollontay a los participantes del X Pleno del Partido Comunista Ruso en Moscú, 1921. Citado por *Democracia de Trabajadores o dictadura de partido*, ZIX, Madrid, 1970).

nes, de modo que todos queden incorporados a las tareas de dirección. Paulatinamente, se va operando la especialización, a tenor de la mayor extensión que van ocupando las tareas administrativas. Hay una serie de tareas indivisibles que cualquier organización debe prever, independientemente de su tamaño. Aparato impresor, locales, archivo, correspondencia, contactos, viajes,..., el aparato se desarrolla como una tenia en el cuerpo flácido del grupo, y plantea problemas que parecen insoslayables a pesar de su sencillez. Conseguir información de hechos ocurridos en la ciudad y publicarla rápidamente es algo que se ha logrado en combadísimas ocasiones. Información directa sobre el resto de España sólo la consigue el PCE. Tener siempre a punto locales idóneos para reunirse es tarea ardua, pues ya es difícil prever la multiplicidad de reuniones. El trabajo de archivo, tanto de informes internos del grupo, como del material publicado propio y ajeno, absorbe bastantes energías y capacidades. Los contactos siempre están a cargo de los mismos personajes, por razones de seguridad, así como la responsabilidad del «aparato», cuya instalación, aprovisionamiento, funcionamiento y distribución de lo impreso ofrece problemas técnicos y de dedicación considerables.

Es fácil deducir que quien aporte dotes organizativas y dedicación plena se convierte en un *aparatchik* que no tardará en hacerse imprescindible.

Lenin, siguiendo la previsión de Engels, asegura en *El Estado y la revolución* que todas las tareas de la sociedad comunista serían efectuadas por los mismos trabajadores («Cualquier cocinero debería ser capaz de asumir las tareas del Estado».) Pero en vez de facilitar que el proletariado cumpla sus tareas históricas, los partidos leninistas profesionalizan desde el principio a sus dirigentes, eligiendo para ello a los hombres más preparados en cuestiones administrativas y organizativas, es decir, a los intelectuales y, excepcionalmente, a la aristocracia del proletariado. En el segundo Congreso del partido socialdemócrata ruso, en agosto de 1903, en Bruselas, de cincuenta delegados sólo cuatro son obreros. Con la constitución de la fracción bolchevique en bloque aparte no se mejora la situación. La compañera de Lenin, Krupskaja, escribe que en los comités bolcheviques, lo mismo que en el Congreso, no había casi obreros.

La eficacia inmediata es una necesidad ineludible, siempre. Por más que existan unos criterios políticos de fondo muy claros, se sucumbirá a las exigencias de esta eficacia, porque de ello depende la supervivencia del grupo. Para dar una respuesta inmediata a todos los problemas se precisa experiencia, es-

pecialización, organización, disciplina y medios adecuados. La solución a estos problemas variará según el contenido que se dé a la revolución. Para muchos, la revolución es ante todo un problema organizativo, técnico. Son los partidarios de la burocracia eficaz y competente, profesionalizada.

Para quienes la revolución es ante todo una transformación de la sociedad, lo que importa fundamentalmente es empezar ya esa transformación. Delegar sus responsabilidades, por inmediatez eficaz, significa aceptar los límites impuestos por la sociedad capitalista a la clase explotada, extendiéndolos al seno de las propias organizaciones revolucionarias. El problema fundamental reside en el contenido que se dé a la revolución. *Y la respuesta a ese problema nos la escamotean constantemente los burócratas e ideólogos.*

DEL CENTRALISMO DEMOCRÁTICO AL CENTRALISMO BUROCRÁTICO

Junto al aspecto objetivo que acabamos de enunciar (desproporcionado desarrollo de las tareas administrativas), existe el subjetivo: apetencia de poder, voluntad dirigida a aprovecharse de las posibilidades ofrecidas por esas tareas.

Si el militante obrero de un grupo está más mimado que un hijo único, si el líder estudiantil es ensalzado por su frenética actividad en el campus universitario, si el teórico es admirado por el conocimiento y dominio que posee de los textos marxistas, el trabajo burocrático no es admirado por nadie, y el que lo ejerce es apodado despectivamente «burócrata».

El burócrata se sabe poco popular dentro del grupo, y sufre por ello. El poder es su compensación y su motor. Por él está dispuesto a renunciar a los honores públicos. Se sonríe para sus adentros cuando el líder fanfarronea y posa. El sabe que la verdadera fuerza radica en su despacho, en sus fichas, en sus informes, en su agenda. Sólo él sabe cómo llegar a toda la organización, cómo canalizar las consignas. El organiza los contactos con las demás organizaciones y recibe todo el material informativo. Todas las palancas del aparato están en sus manos. Y como dijo Lenin, autoridad en la materia, quien domina el aparato domina la organización. Stalin, *aparatchik* genial, aplicó este principio hasta sus últimas consecuencias. En cambio, Trotski, otro burócrata, cometió un error fatal al confiar demasiado en las ideas y en su prestigio como líder. La fuerza del aparato, bien manejado por Stalin, acabó con el prestigio del héroe nacional e inutilizó la fuerza de sus ideas.

Cuando el partido ha alcanzado un cierto grado de desarro-

lio, las tareas administrativas y organizativas han aumentado en progresión geométrica. Se necesitan más locales, más multicopistas con sus correspondientes servidores, «hombres de manivela», mecanógrafos, enlaces, coordinadores, comisarios políticos. Para que la propaganda salga tiene que pasar siempre por manos del responsable que ha montado el servicio. Y como la propaganda es una pieza clave de la supervivencia del grupo, el responsable es siempre un burócrata que se convierte en un hombre irremplazable. Se han saneado las finanzas del partido, gracias a las expropiaciones, dones y cotizaciones. El grupo ya puede permitirse el lujo de mantener a varios permanentes y elegirá para esta función a los administradores más eficaces, entre los más entregados y ambiciosos.

Con la profesionalización se consuma el proceso burocrático que identifica al hombre con el resultado de su trabajo. El partido será «su» organización, su obra. El partido se ha convertido en un fin para él, es su vida. En adelante, su dedicación será total, para conservarlo y desarrollarlo. Para ello, cuenta con unos medios ideales: tiempo, dinero, información y contactos. Al cabo de cierto tiempo de usar inteligentemente estos medios, los burócratas se encuentran con que tienen el partido en sus manos y que los intereses de todos ellos coinciden, en el sentido de la *conservación* de sus privilegios y, por consiguiente, de la situación que se los ha otorgado. En este espíritu conservador se reconocen como formando parte de la misma casta dirigente, en la que se crean unos lazos de solidaridad que se manifiestan en la unión sagrada contra los elementos que intentan innovar o introducir ideas peligrosas para su *status*.

El proceso regresivo de BR, por ejemplo, es típico. Después del PCE, es el grupo que mantiene mayor número de liberados y semiliberados (es decir, gente con un buen «enchufe» que les permite disponer de mucho tiempo libre para la organización) trabajando en las tareas burocráticas. Si en sus inicios, cuando eran menos numerosos, animaron algunas luchas arriesgadas sin calcular demasiado las consecuencias que podrían acarrear a la organización, ahora el criterio es la prudencia y la preservación de los cuadros necesarios para posibilitar el rápido crecimiento numérico del grupo. Es una ley constante que el proceso de radicalización práctico de un grupo es inversamente proporcional a su crecimiento. El desarrollo numérico de un grupo supone el de su burocracia, que es siempre conservadora, pues el poder sólo se consolida sobre una base estable.

Esta solidaridad de la burocracia contra los peligros que amenazan sus privilegios desde el exterior, no impide que las tensiones internas entre camarillas de burócratas que pugnan por el poder sean constantes. Estas camarillas suelen formarlas los ideólogos, que son anteriores en el tiempo (el partido ya existía en su mente), solicitando el apoyo de los burócratas para sentar su poder y mantener la hegemonía sobre todo el comité político. Otras veces son el resultado de una coincidencia de intereses mutuos. En todo caso, los ideólogos tienen presente que la línea «más justa» de Trotski no impidió que Stalin muriera en la cama, harto ya de poder absoluto. Por eso, aunque utilicen la teoría, no desdeñan las armas específicas de la burocracia: la intriga y la maniobra, enriquecidas por los medios que les proporciona su privilegiada situación en el grupo. «Para los fraccionales los medios más idóneos eran los burocráticos: así, aprovechando un accidente ajeno a la discusión, se apresuraron a cambiar la correlación de fuerzas en el CC a su favor, lo que les permitió una acentuación de las medidas represivas.»³²

Esta denuncia la formula la fracción llamada «encrucijada», de la LCR, que a pesar de ser mayoritaria resultó derrotada por la Dirección, a causa de la mayor habilidad de ésta en los «métodos burocráticos de trabajo». A menudo, los militantes de base se ven envueltos en las luchas entre camarillas que solicitan su apoyo para afianzarse y tomar el poder expulsando a la Dirección reinante. Normalmente, los militantes de base están insuficientemente informados de lo que sucede; los hay incluso que esperan pacientemente que se les notifique en qué fracción se han quedado, una vez hecha la reestructuración de células y sectores. En la última «rectificación» del PCI de la que tenemos conocimiento, a mediados de 1973, muchos militantes fueron informados por miembros de otros partidos de lo que se estaba fraguando en su propia organización. En la LCR, las luchas por el poder duraron desde septiembre 1972 hasta julio de 1973, interrumpiéndose casi totalmente la actividad militante. Los problemas de la burocracia tienen prioridad.

LA LEY DE BRONCE DEL LENINISMO

Es evidente que la burocracia surge de la división del trabajo entre pensantes y ejecutantes, típica de los grupos leninistas. Pero a su vez, esa división del trabajo es el reflejo de la conciencia proletaria existente en una época determinada, como indica

32. *Combate*, nº 11.

acertadamente Claude Lefort³³, quien sugiere consecuentemente que en vez de una crítica a la burocracia se haga una crítica al proletariado, ya que la separación entre pensantes \ ejecutantes es la expresión de la insuficiente conciencia revolucionaria de la clase en un momento dado.

Pero lo que a nosotros nos interesa señalar aquí es el aprovechamiento consciente, por parte de los burócratas, de la situación en la que se encuentra el proletariado en el régimen capitalista. Este fábrica los robots que necesita para su desarrollo. El *aparatchik* utiliza esos robots para volverlos contra sus antiguos amos, pero sin liberarlos de su condición de robots. Es la disciplina de la fábrica, tan celebrada por Lenin. Pero también es la disciplina del cuartel, como puntualizó Rosa Luxemburgo.

En la práctica la toma de conciencia suele ser bastante lenta. Como el origen de todas las organizaciones que se proponen al proletariado, en nuestro país, es artificial, es decir, exterior a la clase, su base teórica está inspirada en el leninismo, que casi monopoliza el mercado. Por ello, el militante teme dejar lo único que conoce. Con la ausencia de espíritu crítico, fruto de 35 años de férrea dictadura, los militantes obreros leen —en el mejor de los casos— los resúmenes que les ponen a su alcance, sin que se les ocurra tan sólo que son discutibles. Cuando la madurez humana y política del militante de base va desarrollando más espíritu crítico, se despierta su sentido de la responsabilidad, que no siempre desaparece en el colectivo impersonal, comienzan los problemas para la burocracia.

Las protestas suelen iniciarse denunciando los fallos de información sobre contactos, decisiones u otras arbitrariedades, que son aireadas por el sector universitario. En el obrero las fricciones vendrán por la línea impuesta «desde arriba» a los organismos de CO.

Ahora es cuando la burocracia debe hacer gala de su habilidad. La regla de oro es prever las críticas, para lo cual hay que saber dosificar el espíritu de disciplina y el de cuerpo, revistiendo las consignas escuetas con una cierta capa de ideología que cree la ilusión de una elaboración colectiva. Pero hay que evitar el exceso de discusión ideológica, ya que si no va acompañada de intensa acción conduce directamente al pozo de las escisiones. La LCR es un claro ejemplo de esta radicalización verbal. El PCI inicial también. En cuanto, por razones de represión, el radicalismo al que estaban abocados los militantes cesa, se obtura la válvula de escape y el monstruo mata a sus artífices. La

33. *¿Qué es la burocracia?*, Ruedo ibérico, París, 1970.

burocracia es barrida entonces —caso PCI— para ser sustituida por aprendices de burócrata que no podrán escapar a la ley de bronce de los partidos leninistas. (La lucha contra la burocracia, sin romper los moldes del partido, termina necesariamente en la burocratización de la fracción victoriosa.) O bien queda en minoría, sobreviviendo gracias a la internacional de la burocracia³⁴ ..

3. El liderismo y sus funciones

Cuando ideólogos y burócratas han puesto los cimientos sólidos de lo que será el aparato, con su línea política provisional y su burocracia definitiva, se encuentran con un «género» en las manos que no tiene mucha salida, desconocido por el público. Urgen representantes especializados en crear la necesidad de ese nuevo producto que ha salido al mercado, jóvenes dinámicos y agresivos que sean capaces de pregonar las buenas cualidades del artículo para conseguir una clientela lo más amplia posible. A cambio de todo esto, los *aparatchiks* están dispuestos a renunciar a parte de los beneficios, a compartir con ellos aspectos secundarios de su poder, abriendo las puertas de sus órganos de dirección a los más caracterizados de estos hombres, siempre y cuando demuestren una fidelidad sin límites a la organización, es decir, a sus dirigentes.

El fondo del problema, tal como se lo plantean los burócratas, consiste en lograr que lo decidido por el comité político pueda ser transmitido a las masas y aceptado por éstas. De nada sirve, en efecto, pensar líneas políticas y dar consignas si nadie las cumple, sea por no acatarlas sea, lo que es peor, por no conocerlas.

Lenin había reflexionado ya sobre el problema y le dio la solución más coherente con sus anteriores presupuestos. Para poder hablar e influenciar a las masas, lo mejor es tenerlas agrupadas y organizadas. Ahora bien, este tipo de organización tiene que ser cualitativamente inferior al partido, para que éste conserve el monopolio de las decisiones políticas, base de su hegemonía. La agrupación organizada de las masas puede efectuarse en los sindicatos, puesto que así se aprovecha una forma tradicional de organización que se han dado los trabajadores, procurando que no rebasen la limitada competencia que debe ser la suya, en materia económica, en el terreno de la táctica inme-

34. Caso de la fracción minoritaria de la LCR, que convocó un segundo congreso al que acudieron otros burócratas franceses de la IV Internacional (tendencia Krivine), para avalarlo con el apoyo del bui francés.

diata. La política y la estrategia, en cambio, son funciones políticas que atañen al partido.³⁵

Así, el sindicato se convierte en correa de transmisión del partido, según la célebre expresión de Lenin. La correa de transmisión necesita unas poleas, para que engrane y transmita a las masas la voluntad de la dirección política, separada física, geográfica y orgánicamente de esas masas. Las poleas que permitirán el funcionamiento de la correa son los líderes.

LOS PROFESIONALES DEL DESPIDO

La primera tentación de los *aparatchiks* poco experimentados es la de fabricar ellos mismos esa materia prima indispensable para el desarrollo de su poder. De la misma manera que a la hora de la distribución de cargos se han repartido las tareas administrativas y de dirección política, ¿por qué no encargar a algunos de los miembros del núcleo fundador la especialidad de líder?

Pero no se es líder por ser inteligente, buen teórico, buen orador o simpático. Hacen falta otras cualidades que si no se poseen naturalmente ya no se adquieren. Además, se precisa contabilizar una larga presencia en el medio en el cual se ejerza el liderazgo, especialmente si se trata de un líder obrero.

Empezaremos hablando de los falsos líderes, los prefabricados, y veremos cómo son el fruto de una coyuntura forzada, sin una presencia previa suficiente. Estos falsos líderes tienen una vida muy corta, como líder. Por eso, la prospección de auténticos líderes es una obsesión que quita el sueño a los burocratas, que necesitan un líder de origen, homologado y con precinto de garantía.

Existen individuos a los que el conocido empresario catalán Duran Farrell llama «profesionales del despido». Aunque la razón de su profesionalidad no sea la que el capitalista les atribuye, la crematística, sino la de adquirir prestigio, se da realmente una tendencia actual a la fabricación en serie de líderes de empresa. Suelen ser, en su inmensa mayoría, gente muy joven, de menos de 25 años, de origen universitario o «cuellos blancos» que se han proletarizado, es decir, que su organización política les ha obligado a dejar su ocupación habitual para irse a trabajar a una fábrica como peones.³⁶

35. *¿Qué hacer?*, Moscú, 1970.

36. Sanz Oller: *Op. cit.*, p. 142.

El desprecio del peligro y la búsqueda de la autoinmolación es algo que siempre ha impresionado a los trabajadores. Esos líderes no suelen durar ni seis meses en la empresa, estando al acecho de la menor oportunidad para forzar la coyuntura que les liberará por fin de aquel infierno, y que les valdrá además los honores debidos al líder que ha caído en aras de su deber político.

Cuando por fin surge la posibilidad de huelga, este elemento proletarizado anima, impulsa y fuerza si es necesario lo que va a ser la consagración política de su vida: dirigir una huelga «dura». De desconocido pasa a ser la *vedette*. El nuevo líder aprovecha esta popularidad repentina para establecer contactos, distribuir propaganda, «hacer trabajo político» de prospección. No importa que una huelga así forzada, dependiendo del voluntarismo de dos o tres personas movidas por otros motivos que los expresados públicamente a los trabajadores, esté abocada al desastre.

Aunque la fábrica haya quedado desmantelada, los proletarizados habrán conseguido sus objetivos. La huelga será convenientemente aireada por la propaganda del partido en el que milita el líder; se organizarán asambleas informativas para que dé su versión, invariablemente triunfalista. Se hará todo lo que haya que hacer para proporcionar la ascensión al liderazgo del nuevo héroe de la clase obrera.

Cuando se considere que esta huelga ya está usada políticamente, el grupo se destinteará de la empresa, limitándose a mantener los contactos con algunos elementos aislados, si hay perspectivas de que se integren en el partido.

Como se ha visto, empleamos la palabra líder en una acepción restringida, que es la obligada en una situación de clandestinidad como la nuestra. En los partidos oficiales de otros países, los líderes son los dirigentes reales del partido. En España no sucede así; por eso, hemos dividido «los que hacen el partido» en tres categorías de hombres: las dos primeras corresponden a los dirigentes reales, pero que generalmente están obligados a permanecer en la sombra. Los líderes, por el contrario, son hombres públicos. En ellos se personifica el partido al que pertenecen. De ahí su importancia.

Un partido político, si quiere atraer a la gente, necesita tener militantes que atraigan. Esto, que parece una perogrullada, es muy importante. El PCE, que no lo ignora, monta muchas de sus operaciones con el objetivo primordial de consagrar como líderes a unos obreros que destacan, aunque el precio sea una temporada en la cárcel. Los líderes son siempre rentables a la larga, y el PCE trabaja para el futuro.

¿Qué es, pues, un líder? Se puede considerar líder a todo aquel que tiene poder de convocación, es decir, capacidad de agrupar y ser escuchado. Este poder está constituido por un cúmulo de circunstancias, naturales unas, adquiridas otras. Un líder es, ante todo, alguien cuya sola presencia inspira confianza y decisión, cuya sensación de seguridad es comunicativa. El recoge y asume todas las dudas e indecisiones, convirtiéndolas en una decisión liberadora, pues tiene respuesta para todo, solución para cualquier problema. Esta sensación de solidez y competencia es la que suelen dar los típicos líderes del PCE, casi todos sobrepasando la cuarentena, macizos, aparentemente reposados, serenos. Un líder jovencito, soltero y enclenque tendrá más dificultades en inspirar confianza. No tiene los mismos problemas y responsabilidades que la mayoría. «Sí, claro, éste puede jugarse el tipo. Yo, si fuera joven y soltero tampoco tendría miedo de nada.»

Otra característica indispensable es que el líder viva los condicionamientos normales de la clase a la que pertenece. Un líder obrero debe tener los problemas de los obreros, tanto los económicos como los sociológicos: familia, cultura, inseguridad ante el futuro, etc. Esto es lo que le permite comprender la psicología de sus compañeros, ya que es la suya misma. Por eso, el lenguaje de los líderes, tan decisivo para sus objetivos, tiene que ser el reflejo de su mismo nivel cultural. El líder debe ser capaz de conmover a un auditorio con un solo gesto, con una simple alusión y saber explicar sencillamente los problemas complejos. No desprecia las dificultades cotidianas que él mismo vive y que pueden hacer peligrar el éxito de una huelga, por ejemplo, si no se las tiene en cuenta. Conoce bien los problemas de su clase, y por eso no radicaliza alegremente las situaciones. Sus conocimientos no son, en modo alguno, librescos ni teóricos. El líder se alimenta de las cuatro cosas que le han inculcado en su partido e intenta aplicar la consigna del momento. Su intuición e iniciativa hacen el resto.

En España estamos aún en la etapa previa, medieval, del movimiento obrero. Mucho corazón y poca cabeza, son los ingredientes con los que se fabrica un líder en este país. En Francia, por ejemplo, los líderes obreros necesitan poseer conocimientos económicos y sociales considerables, en la medida en que se acepta jugar el juego de la negociación. En España, la negociación queda en manos del Sindicato vertical. El líder de empresa no tiene más opción que la lucha a ultranza.³⁷

37. Habría que matizar más en lo que respecta, sobre todo, al PCE y a BR, grupos que aceptaron participar en las elecciones sindicales organizadas por el Estado.

Llegamos así a la tercera característica. El líder debe ser un animador nato. Debe poseer don de gentes, simpatía, persuasión y autoridad. Como hemos dicho, el líder exige más la adhesión a su persona, a lo que él dice *porque es él quien lo dice*, que a unos principios o una teoría. El líder, representante de unas ideas y unos objetivos que no provienen de él, usa y abusa de esa tendencia que experimentan los débiles y que les impulsa a proyectar todas sus posibilidades en un ser al que idealizan. La gente necesita creer que una persona, su igual, es capaz de reunir virtudes tales como la valentía, honradez, altruismo, nobleza, inteligencia, simpatía, etc. Como única exigencia, el líder tiene que ser alguien accesible, sin derecho a poseer una vida privada, dispuesto a dejarse devorar por las masas. Poco a poco, el líder se va identificando con su papel. Pero, ¿cuál es el papel del líder?

LA DOBLE FIDELIDAD DEL LÍDER

El líder está en la inconfortable situación del intermediario, con una *doble pertenencia o fidelidad*: al partido exterior a la clase; y a la clase obrera, cuya voluntad histórica, expresada en aquellos lugares y épocas en las que ha podido manifestarse más libremente, postula la creación de organizaciones autónomas, como medios para su emancipación total.

El líder auténtico, al que nos hemos referido últimamente, pertenece a la clase obrera, y por ello participa objetivamente de esa conciencia colectiva histórica. Pero al mismo tiempo, pertenece a un grupo político de tipo leninista; por lo tanto, participa de los objetivos de un grupo separado de la clase, que está organizado para tomar el poder político en su nombre, estableciendo una nueva mediación y retrasando la etapa de la revolución proletaria.

El líder, transmisor de las consignas del partido, siente algunas veces lo inadecuado de éstas a la situación dada. Su actuación dependerá entonces del grado de integración que haya alcanzado en el partido, de su disciplina y del tipo de relación que mantenga con los de su clase.

Consideremos primero las relaciones del líder con su partido. Ya hemos visto que para los dirigentes el líder es un elemento esencial para la extensión de su poder. El problema para los *aparatchiks* se plantea de forma muy sencilla: se trata de evitar que el líder sea consciente de su fuerza, para que no le entren tentaciones de usarla en contra de ellos. Para conseguirlo, es preciso lograr una adhesión total a la disciplina jerárquica del partido, por parte del líder.

Lenin, que tenía que dirigir a sus líderes obreros desde el exilio, se pasó la mitad de su vida estructurando y justificando ideológicamente la disciplina interna del partido, basada en el centralismo democrático, que ponía todo el poder decisorio en manos de un puñado de hombres. Para conseguir esta adhesión total no bastan los principios teóricos, siempre reversibles. Un líder de mucho prestigio está más atado y controlado por el comité central o el ejecutivo que suelto en cualquier célula, expuesto a todas las influencias. El líder asistirá respetuosamente callado a las elevadas discusiones teóricas, pero participará con su voto en las decisiones que se adopten, por lo que quedará solidariamente comprometido con los demás. Luego, pondrá toda su influencia y prestigio en justificar las decisiones de la Dirección, incluso las erróneas, porque él habrá participado en ellas con su voto, otorgado en los organismos con poder decisorio.

Dar responsabilidades, aunque sean más aparentes que reales, asegura la fidelidad agradecida del que las recibe. Es un principio psicológico elemental que no han inventado los leninistas, pero que lo aplican con éxito y que supera en sencillez y eficacia la convicción lograda por medio de la formación política orientada. Los trotskistas, que creen a pies juntillas en este último sistema, gastan grandes energías en «armar» ideológicamente a todos sus militantes. Pero a veces las armas se vuelven contra quienes las han proporcionado. Cuando los alumnos se ponen a interpretar por su cuenta los textos sagrados, no tarda mucho en nacer una nueva secta. Por eso, el PCE, gato viejo, sustituye este purismo ineficaz por el culto a «la» organización y a sus jefes. Los sentimientos de confianza, seguridad, fidelidad, solidaridad, etc., sustituyen el manejo de la dialéctica con resultados más positivos para la Dirección. En materia de argumentación, los militantes del PCE siempre están en desventaja, como ellos mismos reconocen³⁸. Pero su fidelidad al partido suele ser más sólida. Han aprendido a despreciar a esos grupos que se hacen y deshacen como la espuma sobre las olas. La roca que resiste todas las tempestades es el PCE, y se agarran a ella, sin más sutilezas.

Los BR prefieren la técnica de la adulación y la seudoparti-

38. «La Dirección, al tratar igual el sectarismo de FRAP y PCI que las posiciones de Bandera Roja y Liga Revolucionaria, pretende aislar a la base del P del contacto con estos grupos sustituyendo la lucha ideológica por una cuarentena anticontaminante, que deja desarmados a los camaradas allí donde por las necesidades de la lucha tienen que tratar con militantes izquierdistas». (*Resolución de la minoría de izquierdas del Comité provincial de Valencia del PCE*, p. 12.)

cipación, hasta un paternalismo anacrónico. No es raro que economistas, abogados, sociólogos, profesores de universidad, etc. se dediquen incluso en comandita a cortejar asiduamente a tal o cual líder de fábrica, que halagado por el asedio va cediendo terreno. Un cursillo dado por un militante muy conocido en el plano intelectual, un viaje al extranjero, al congreso del grupo X, o a establecer contactos con el comité de la empresa Z, y el militante ya está maduro para responsabilizarse en la dirección del sector obrero e incluso en el ejecutivo y —¿por qué no?— en el comité central, para que avale el carácter obrero con el que se presenta el grupo.

Así, progresivamente, el líder se burocratiza. Impuesto en su papel de transmisor de consignas, se instala en una escalada que llegará a su cénit cuando consiga ser despedido de la empresa. Será un despido glorioso para él y para su grupo. Al saber todo el mundillo de la oposición que tal empresa «es» de tal grupo político, cada vez que la situación exija «dar respuesta» a algo (juicio de dirigentes obreros, asesinato de un trabajador, jornada de protesta, etc.), es imprescindible que se movilice por lo menos una empresa importante en la que sea notoria la presencia de militantes del grupo propio. La mayoría de las veces el líder sólo lo conseguirá a base de poner en juego todo su prestigio y autoridad sobre el tapete, porque la organización obrera de la empresa —la comisión— es débil o está indecisa. A la segunda «operación prestigio» más o menos conseguida, la dirección de la empresa se harta de ese agitador y aprovecha la menor ocasión para «limpiarlo». Inmediatamente, todo el partido reacciona contra el despido. Se airean los hechos, convenientemente «interpretados», se organizan varias manifestaciones relámpago. Si la policía, a instancias de la empresa, ha detenido al agitador, se organizan pequeñas acciones exigiendo su inmediata puesta en libertad. Sucede a veces que a las 48 horas, que es el tiempo que suele necesitarse para organizar estas acciones de protesta, el detenido ya ha sido puesto en libertad. Esta libertad prematura es considerada como un triunfo de la clase obrera, que «ha respondido al llamamiento de las organizaciones políticas, arrancando a este compañero de las garras de la policía».

Una vez en la calle y sin trabajo, el líder contribuye a su propio lanzamiento, cuyo peso principal recaerá sobre el partido, principal beneficiario de los éxitos de aquél. Cuando la campaña se dé por terminada, volverá a buscar trabajo. Si lo encuentra, no llegará ni a cumplir los tres o seis meses del periodo de prueba. El papel de líder-agitador con el que se ha identificado plenamente le impulsa a actuar con temeridad.

A contrapelo, aprovechando la mínima tensión existente, agitará para hacer conocer la «plataforma reivindicativa» elaborada por su grupo. Tal líder, por ejemplo, aprovechará un conflicto de tipo reivindicativo para subirse a una máquina y exhortar a la solidaridad con Camacho, cuyo juicio tardaría aún un año en celebrarse, y al que nadie conocía ni de oídas. Pero la consigna es la consigna. Ante el nuevo despido, y en el intervalo cada vez más largo para encontrar otro trabajo, el líder incrementará su aportación burocrática en favor del grupo. Su pérdida de contacto con la base sigue aumentando, y el círculo de gente con quien se relaciona ahora ha variado totalmente. Sus contactos con la «élite revolucionaria» y otros «profesionales de la subversión» no le dejan tiempo para perder con los trabajadores no politizados, es decir, la mayoría. Incluso le cuesta comprender que haya gente que no posea una evolución similar a la suya. Selecciona cada vez más sus relaciones, prodigándose exclusivamente entre los ya convencidos y los «prospectables», es decir, los que ya están a punto de entrar en el grupo, a poco que se les empuje. No hay nada que aprender de los demás. La conciencia de su propia superioridad por estar politizado y luchar por un ideal noble es la sensación que predomina en él.

Esta actitud es típica, sobre todo, en los líderes que pertenecen a la línea favorable a la participación en el sindicato oficial (CNS), es decir, el PCE y BR.

El proceso de autoritarismo-burocrático que acecha al líder es irreversible, puesto que el líder se debe a su grupo antes que a su clase. Los burócratas necesitan cada vez más sus servicios y tenderán a absorberlo a tiempo completo. Como los líderes obreros no abundan, los escasísimos que posea el partido acumularán todo el trabajo que les delegue la Dirección, con la que deberán estrechar cada vez más los contactos.

El líder seguirá viviendo de su prestigio pasado todo el tiempo que le sea posible. Luego, si ya no puede encontrar un trabajo en una fábrica medianamente importante, lo que cada vez le será más difícil³⁹, intentará utilizar su prestigio en un barrio, dando cursillos y rememorando sus experiencias en círculos cada vez más restringidos.

Este proceso de burocratización del líder no es gratuito, pues sirve a unos intereses concretos:

1°. Mantiene y vivifica el principio de *delegación*, que constituye el primer escalón del burocratismo. La democracia di-

39. Sabemos de varios trabajadores despedidos a los que la policía política les ha anunciado que no esperen encontrar trabajo en una empresa de más de veinte obreros.

recta es siempre peligrosa para un líder, que puede encontrarse con serias dificultades, o por lo menos con intervenciones fastidiosas que le obliguen a dar difíciles explicaciones. Pero es aún más peligrosa para la burocracia dirigente, ante la posibilidad de que se generalizara la experiencia y se extendiera a todos los niveles organizativos. En consecuencia, enseñan al líder a aprovechar la adhesión a su persona, para conseguir que deleguen en él todos los poderes que pertenecen a los obreros reunidos en asambleas. De delegación en delegación, se acaba suprimiendo el control de los delegados por parte de la asamblea, a la que no se tiene excesivo interés en reunir.

2°. Como causa y efecto de lo anterior, el líder fomenta la *pasividad* y la dimisión de las responsabilidades entre los trabajadores. La línea política ya viene marcada por el partido, la táctica también; el líder señalará cómo y cuándo aplicarla. Todo viene dado, planificado, controlado. Sólo resta obedecer y hacer obedecer. No en vano, lo que más teme un leninista es la espontaneidad de las masas.

3°. Esta pasividad facilita el cumplimiento de las funciones de caporal del líder, organizando y preparando a la base para que esté siempre dispuesta a acatar los intereses «superiores» del partido.

La relación del líder con las masas viene así trazada de una manera lógica. Identificado en su papel de intermediario, su habilidad debe aplicarse ante todo a preparar el terreno. Puesto que toda su fuerza se basa en su prestigio, el material será más maleable cuanto más prestigio tenga. Mantener y aumentar ese prestigio será su trabajo para usar de él como instrumento dócil en manos de la Dirección del grupo.

Algunos críticos, considerando sólo la exterioridad del problema, plantean a veces que la acción de tal o cual líder ha frenado la lucha, sea por seguidismo sea por vanguardismo. Normalmente, este tipo de críticas las efectúa un grupo con respecto a la actuación de los líderes de otro grupo competidor. Plantearse el problema a ese nivel es no querer entrar en el fondo del asunto. Al líder hay que criticarlo por liderismo. Decir que siempre ha habido líderes y que siempre los habrá, no explica nada. Como dijo alguien refiriéndose a los líderes anarquistas españoles: «Es digno de admiración un pueblo que es capaz de engendrar a tales hombres, pero como se vio en mayo 1937, es digno de lástima un pueblo que no es capaz de prescindir de tales hombres» (citamos de memoria).

Esa es la relación que hay entre el líder —producto natu-

ral— y el liderismo —imposición de este producto convenientemente adulterado, según los métodos habituales de manipulación psicológica. El mismo líder no se salva de ese proceso, y se convierte rápidamente en una víctima privilegiada en manos de los *aparatchiks*. El que la mayoría de las veces no posea un conciencia clara del papel que le hacen jugar —es lo más probable—, no le impide aprovecharse de él.

En todo caso, un líder, de su doble pertenencia o fidelidad al partido y a la clase, perderá siempre esta última, ya que tendrá que optar entre los proyectos de un grupo organizado previamente, y el desarrollo del proceso organizativo y revolucionario de la clase. Este proceso, mucho menos lineal que el del grupo, acaba siempre por orientarse en el sentido de la autonomía.

Algunos anarquistas, recordando su propia experiencia, exhortan constantemente a luchar contra el liderismo. Creemos que es utópico pretender acabar con una de las plagas más extendidas y más arraigadas en el movimiento obrero. Es una plaga que no desaparecerá nunca totalmente, pues sólo tiene un preventivo eficaz: una conciencia esclarecida en los trabajadores, fruto de una continua experiencia práctica en la democracia de las organizaciones obreras, contra la delegación permanente y por el control colectivo en la ejecución de todas las decisiones. La autonomía del movimiento obrero sólo será el fruto de una práctica constante de esa autonomía, arrancada a los poderes burocráticos donde quiera que éstos consigan constituirse, especialmente si se quedan con el control del Estado.

Para concluir un capítulo que no concluiría nunca, podemos decir con J. Barrot que «de la manera como la revolución resuelva el problema de sus jefes se deducirá el camino que representa y las tareas que cumple».⁴⁰

40. *Communisme et question russe*. Tete de feuilles, París, 1972.

II. La operatividad de los principios

«En el I Congreso del PCE (m-l), celebrado en un ambiente de extraordinario entusiasmo revolucionario y la más estrecha camaradería, se ha puesto de manifiesto la cohesión y la unidad monolítica existentes en las filas del Partido a todos los niveles». (Vanguardia Obrera, mayo-junio de 1973).

La clandestinidad de la organización y la unidad («que hace la fuerza») ideológica y en la acción, son exigencias normales en la lucha contra un sistema totalitario. De estas exigencias coyunturales se han extraído unos principios inmutables que esgrime la dirección burocrática para afirmar las relaciones de poder que mantiene con la base.

Este proceso —lo coyuntural se convierte en principio, que a su vez adquiere fuerza propia coercitiva— desencadenado por aquellos a quienes beneficia, es admitido sin la menor discusión por aquellos a quienes perjudica. Es evidente que se impone el secreto para dificultar la acción de las fuerzas represivas, pero ya no lo es tanto que ello refuerce necesariamente el monopolio de una dirección eterna. Está claro que la unión monolítica ofrece más resistencia y desarrolla más potencia que la libertad de acción individual, pero ya lo es menos que esta unidad signifique identidad con el pensamiento y voluntad de la dirección burocrática. Se arguye que así es más eficaz, pero queda por ver de qué tipo de eficacia se trata, y estudiar si la eficacia inmediata es el mejor criterio a la hora de elaborar una estrategia. De hecho, el cáncer de las escisiones que corroe a todos estos grupos debería constituir una seria advertencia para los partidarios del monolitismo impuesto por decreto disciplinario.

Él problema del comportamiento revolucionario es otro de los problemas que se escamotean a los militantes, porque la Dirección prefiere erigirse en el único criterio capaz de discernir lo que es bueno y lo que es malo. La moral postula una referencia a los fines, y los fines los delimita el partido, por medio de sus organismos directores. La ausencia de principios éticos, ocasión de jactancia para muchos revolucionarios, encierra en realidad un principio con virtud operativa propia, en cuanto refuerza la dependencia, ahora en el campo de la ética, con respecto a un comité central.

1. La clandestinidad creativa

El centralismo democrático, en el sentido que hemos visto en el capítulo anterior, busca su principio justificativo en la clandestinidad⁴¹. La imposibilidad de convocar asambleas y reuniones amplias, así como la de organizar debates públicos, exige que las decisiones sean tomadas por un comité reducido de personas.

Lenin, que veía el flanco abierto a la crítica sobre la ausencia de democracia en el interior del partido, se ve obligado a recurrir a un concepto poco científico que siempre había repudiado: «la confianza».

«El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento tiene que ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que la «democracia», a saber: la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios. Indiscutiblemente, necesitamos esta confianza, porque no se puede hablar entre nosotros, en Rusia, de sustituirla por un control democrático general».⁴²

Se trata, pues, de convertir a los revolucionarios en auténticos conspiradores profesionales unidos por lazos de confianza. No deben conocerse entre sí, deben usar nombres supuestos, y las células deben de funcionar como núcleos estancos. ¿Qué contenido puede tener, en tales condiciones la confianza?

El cordón umbilical de la célula con la dirección lo constituye el enlace. Sólo el comité político (y a veces el ejecutivo) los conoce a todos, pues «la más rigurosa selección» la ejerce la Dirección, después de un minucioso examen del *curriculum* de cada aspirante.

La «confianza» de la Dirección consiste en el control más absoluto del aparato, por aquello de que quien controla el aparato controla la organización. En una situación de clandestinidad esto significa no sólo controlar la organización sino asegurar la continuidad cuando lleguen las inevitables escisiones. Quien siga sacando entonces el boletín con la misma tipografía y características que antes, representará la unidad ante el

41. «Los intentos de aplicar en la práctica un amplio principio democrático sólo facilitan a la policía las grandes redadas.» (*¿Qué hacer?*, p. 234, Moscú, 1970.)

42. *Ibid.*, p. 235.

núcleo de simpatizantes. Los otros serán los «fraccionales». La «legalidad» de una organización se forja siempre alrededor del aparato. Por eso, todas las fracciones que no surjan del seno mismo de la Dirección pueden ir pensando en una nueva sigla, preparándose para el largo camino de reconstrucción organizativa. El caso del PCI, intentando reivindicar la auténtica herencia del PSUC es típico. Aunque no carecía de base obrera en Cataluña, aunque tenía una teoría coherente en apariencia y de expresión más atractiva y revolucionaria que la del PSUC, sólo podía oponer unos maltrechos boletines mal policopiados frente a los impecables en offset de éste. El título era el mismo, pero la presentación advertía quién se había quedado con el aparato. También en la última escisión de la LCR, la minoría reunida en torno a los *aparatchiks* ganó la batalla de las siglas. Todo esto da una ligera idea de los poderes que se concentran en manos de la Dirección, que se convierten en omnímodos a causa de la clandestinidad.

LOS CONTACTOS ORGÁNICOS Y LOS INORGÁNICOS

A los militantes de las células les queda la posibilidad de ejercer su derecho de crítica a través del enlace. De ahí que las funciones y el nombramiento del enlace hayan sido sujeto de discusión frecuente entre la base más crítica y la Dirección, porque es el único punto vulnerable por el que ésta puede ser atacada. En efecto, la instancia superior a la célula está formada por los enlaces de varias células. El criterio para la coordinación de estas células depende de la extensión de la organización. Si ésta es incipiente y poco desarrollada, coordina a las células por frentes de lucha (obrero, universitario, intelectual, de la enseñanza y de barrios). Si la organización está desarrollada, se establecen también sectores o zonas geográficas. Este sistema tiene la ventaja de facilitar la discusión y las tareas de agitación en cada frente por separado. Otros grupos incluyen en la misma célula a militantes que provienen de frentes de lucha diferentes, lo que contribuye a enriquecer la formación y la información, pero la reunión de célula no ayuda a tomar decisiones sobre las tareas diarias a las que se confronta cada militante. Es un sistema poco empleado. En todo caso, las reuniones de los enlaces de las células son la única posibilidad «legal» que le queda a la base para exponer y confrontar oralmente su opinión dentro del grupo. Es inevitable, pues, que la Dirección pretenda controlar desde el principio estos comités coordinadores.

Para conseguirlo, la Dirección envía a un miembro del co-

mité ejecutivo a estas reuniones. Ese delegado tiene la misión de transmitir al comité político las sugerencias, aspiraciones, peticiones, quejas, etc., que se expresen en las células, según informe del enlace; el delegado informa a su vez de las decisiones y directivas procedentes de los comités político y ejecutivo. Si el miembro delegado de la Dirección se ve sometido a una fuerte presión por parte de los enlaces, recurre siempre al principio de la democracia interna. «Bien, pero habrá que ver lo que dicen los demás». Pero a «los demás» sólo tiene acceso la Dirección. Los militantes de base, en principio, no tienen por qué conocerse, para eso se usan los nombres de guerra. Si algunos se conocieran entre sí, lo que es inevitable funcionando en un mismo frente de lucha, les está prohibido hablar entre ellos de cuestiones relativas al grupo. Hacerlo sería un «contacto inorgánico», y está sancionado con penas que llegan hasta la expulsión, si la Dirección estima que estos contactos tenían como objetivo organizar el «trabajo fraccional» dentro del grupo. La razón es sencilla. Ya hemos visto que uno de los principales medios que posee la Dirección para ejercer un control eficaz sobre toda la organización es la compartimentación estanco de las células y por consiguiente de los militantes que las componen.

Si todos los enlaces de un sector o zona se pusieran de acuerdo para exigir determinadas actitudes a la Dirección, u oponerse a ciertas directrices, los burócratas podrían verse en un aprieto. Por consiguiente, las direcciones más experimentadas refuerzan su principio autoritario, nombrando ellas mismas a sus enlaces de total confianza, o reservándose el derecho de opción o de veto sobre los enlaces propuestos por la célula. La justificación para hacer «pasar» este acto de autoritarismo reside, claro está, en la clandestinidad. Como los enlaces deben participar en reuniones de un cierto nivel, conocerán a otros miembros de la organización e incluso a representantes de la Dirección. Es preciso pues, que gocen de la total confianza de ésta. Asimismo, deben ser capaces de transmitir fielmente las directivas o propuestas que se elaboren en el comité de sector o zona, así como las que aporte el delegado del comité ejecutivo. Algunas células del PCE han abandonado el partido por no transigir en la cuestión de la libre elección del enlace⁴³.

En los grupos constituidos más recientemente, donde existe una mayor capacidad crítica por parte de la base y una menor tradición autoritaria, la Dirección se ve obligada a permitir

43. Caso del grupo que edita *Cuadernos Rojos*.

que el enlace sea elegido libremente por la célula. Es entonces cuando interviene el principio de integración. A los elementos más críticos o revoltosos, capaces de hacer peligrar el *establishment*, se les incorpora a las tareas de responsabilidad y dirección, se les hace «permanentes» o «liberados» si es posible y se les busca un lugar en las tareas administrativas. En una palabra, se les convierte en miembros del aparato y se les deja entrever que tienen una buena «carrera» por delante.

LA UTILIZACIÓN PRACTICA DE LA CLANDESTINIDAD

Que la clandestinidad proporciona a las direcciones de los partidos políticos una posibilidad inusitada de dominación, es un hecho. Y que se aprovechan de ello es un hecho histórico. Todos los casos de escisiones ofrecen ejemplos que ilustran cómo las direcciones han utilizado la clandestinidad como medio para escapar al control de la base y sus exigencias. La LCR, que en sus tres años de existencia ha conocido ya dos escisiones importantes, ha conquistado el derecho de encabezar la lista de nuestros ejemplos. Ya hemos visto en I. 1.2 cómo la fracción llamada «encrucijada», partidaria de una reestructuración, acusa a la fracción continuista, llamada «en marcha» el utilizar la represión policiaca («accidente ajeno a la discusión») para adquirir la mayoría en el CC, y con ella las riendas de la organización⁴⁴. Sin la clandestinidad, que impide a los militantes una intervención eficaz en las altas esferas, ¡a burocracia no hubiera podido consolidar su poder. Una vez conseguida la mayoría en el CC, la compartimentación del partido imposibilita cualquier resistencia organizada.

Otro ejemplo mucho más serio y dramático lo constituye la lucha entre Líster y Carrillo, en el seno del PCE. Las acusaciones del antiguo general del Ejército rojo a la dirección del PCE alcanzan niveles increíbles que sólo se explican por la impunidad que la organización clandestina concede a los dirigentes, libres de cualquier cauce institucional que les obligue a rendir cuentas de sus actos a la base del partido.

Líster acusa a Carrillo de haberse opuesto al nombramiento de una comisión de investigación sobre los hechos que él denuncia, y arguye: «Nuestras condiciones de clandestinidad no deberán servir de tapadera para querer justificar todo».⁴⁵ E insiste más adelante: «Empleando como tapadera las condicio-

44. *Combate*, nº 11. «Declaración del CC sobre la crisis de la LCR», enero de 1973.

45. *¡Basta!*, p. 11.

nes de clandestinidad en que se desenvuelve nuestro Partido en el país, Carrillo escamotea toda discusión, todo choque de opiniones franco y abierto y, con ello, toda verdadera participación de los militantes en la elaboración de la política del Partido y en la elección de los mejores de entre ellos para los organismos de dirección».⁴⁶

Las escisiones surgidas en otros grupos señalan la misma utilización abusiva de la clandestinidad, arma que a su vez utilizarán las direcciones de los escindidos. Las direcciones que están en el exilio refuerzan el arma de la clandestinidad con el mito del «interior». Citando otra vez a Líster, testigo de excepción, aunque tardío: «En España no se permite discutir, hasta donde es posible y conveniente, por la clandestinidad; y fuera, en los cientos de organizaciones que tenemos en docenas de países, en cuanto se expresan opiniones que no sean decir «amén» a lo que el «jefe» ha presentado como la verdad indiscutible, se prohíbe la discusión, diciéndoles a los militantes que el Partido está en España y que quien quiera discutir que se vaya allá».⁴⁷

Y si la clandestinidad ya no es necesaria por haberse tomado el poder, se encontrarán siempre unos principios superiores en virtud de los cuales el CC se adjudicará los plenos poderes por un periodo de tiempo indefinido (lucha contra los enemigos exteriores, construcción del socialismo en un solo país, etc.). La burocracia no rinde sus armas. Simplemente, utiliza las más adecuadas en cada caso.

2. El mito del monolitismo

El principal problema que tienen planteado los grupos es el de la supervivencia. Se trata no sólo de conseguir partidarios activos, sino de conservarlos. Las escisiones han sido siempre la plaga devastadora que asóla los grupos. Se ha dicho irónicamente pero no sin fundamento que «todo partido socialista es susceptible de ser dividido por dos.»

El sueño dorado de la unidad se ha convertido en un mito en el que muy poca gente cree, porque la historia ha ido desengañando a sus más fervientes partidarios. Vale la pena detenerse a considerar las causas de este fracaso, en el marco de los grupos leninistas a la izquierda del PCE. ¿Se refieren sólo estas causas a diferencias de interpretación ideológica, de análisis político y económico, como pretenden los teóricos? ¿Es debido exclusivamente a las direcciones traidoras, como pre-

46. *Ibid.*, p. 14.

47. *Ibid.*

tenden los trotskistas? ¿O es la influencia de las ideas burguesas introducidas bajo formas diversas en el movimiento obrero organizado? ¿No intervendrán causas de índole más personal, revestidas con ropajes de discrepancia teórica? ¿O habrá tal vez de todo un poco?

TENDENCIAS, FRACCIONES Y ESCISIONES

Lenin se dio cuenta de que aun siendo el ideal el libre juego y expresión de toda las tendencias («la ausencia de unanimidad no revela debilidad sino fuerza. No nos sirve para nada la unanimidad de quienes se satisfacen con la aceptación unánime de verdades tranquilizadoras»), en la práctica había que limitar al máximo este ideal, pues la experiencia enseña que un grupo político sólo se cohesionaba en virtud de una fuerte disciplina y organización centralizada. La historia inicial de la socialdemocracia le lleva a restringir la libertad de criterios dentro de la organización («la libertad de crítica es la libertad de hacer penetrar en el socialismo las ideas burguesas»). Evidentemente, se asegura que esta postura es pasajera y debida a la clandestinidad, y que una vez alcanzado el poder será diferente.⁴⁸

Pero ¿qué sucede una vez alcanzado el poder, qué ocurre con los discrepantes? En la Resolución del X Congreso del Partido Comunista ruso, Lenin ordena que «cada organización del partido debe velar estrictamente para que no haya ninguna acción irracional», y después de señalar una serie de prescripciones para formular las críticas, el Congreso declara disueltos todos los grupos sin excepción que se hayan constituido como una plataforma, tales como el grupo de «Oposición obrera», el del «Centralismo democrático», etc. Finalmente, Lenin hizo adoptar una decisión en virtud de la cual todo miembro del comité central convicto y confeso de actividad fraccional podía ser expulsado por éste, sin necesidad de esperar al Congreso del partido. De esta forma, la mayoría del CC puede «preparar» el Congreso, para que éste se desarrolle con la normalidad requerida.

Conviene explicar ahora la sutil diferencia que existe entre «tendencia» y «fracción», porque es uno de los puntos de fricción aún no resueltos en los grupos leninistas.

Por «tendencia» se entiende una simple corriente de ideas

48. «En las condiciones de libertad política nuestro Partido debe ser y será totalmente construido sobre el principio de la elección.» (Lenin al III Congreso, citado por J. Daniels. *Labour Review*, nº 2, 1957. Véase Jean Barrot: *Op. cit.*, p. 40 y s.)

que cristaliza y se resuelve en una o varias discusiones. Es algo espontáneo y que no intenta organizarse en una confrontación exterior a los órganos del partido en el que ha surgido la discusión.

La «fracción», en cambio, implica un elemento perdurable, organizativo, con reuniones no controladas por la Dirección. No siempre es fácil establecer la diferencia entre una y otra, por lo que expresar una tendencia puede prestar el flanco a ser acusado de fraccionalismo por la Dirección, a poco que la tendencia resulte molesta o peligrosa. Cuando Trotski, captando las dificultades de la dictadura ideológica que significa el centralismo democrático, trata de dulcificarlo permitiendo la constitución de diversas tendencias dentro del mismo partido, será acusado de fraccional. Ya en el exilio, ante las luchas constantes que enfrentan entre sí a sus partidarios, propone la aplicación de las garantías siguientes: Que no se prohíban las fracciones y que no se establezcan más restricciones a sus actividades que las dictadas por la necesidad de la acción común. Los trotskistas han mantenido siempre el principio de que «las fracciones del partido son la garantía de su democracia interna».⁴⁹ Sin embargo, esta declaración de principios no impide que las escisiones afecten de manera aún más alarmante a los grupos trotskistas. Aunque parezca paradójico, el único grupo que actúa como una fracción es el que constituye la dirección real (comité central, político o ejecutivo, o el secretariado), pues es el único que puede discutir libremente y conseguir una cohesión real. En la práctica moderna, tanto las direcciones leninistas como las trotskistas suprimen con la misma autoridad todo intento de oposición al comité central, aunque apoyándose en principios diferentes.

Este monolitismo así entendido no ha sido compartido por todos los revolucionarios marxistas contemporáneos de Lenin. Quizás las críticas más conocidas, aunque no las más rigurosas provienen de Rosa Luxemburgo, quien escribía en *Centralismo y democracia*: «Según la tesis de Lenin, el comité central tiene, por ejemplo, el derecho de organizar a todos los comités locales del partido, y por consiguiente, nombrar los miembros efectivos de todas las organizaciones locales, desde Ginebra hasta Lieja y desde Tomsk hasta Irkutsk, imponiendo a cada una de ellas los estatutos ya hechos, pudiendo decidir sin apelación su disolución y su reconstitución. De esta manera, el comité central puede determinar a su guisa la composición

49. *Cahiers « Rouge »*, n° 23, París.

de la suprema instancia del partido [...] No podríamos concebir mayor peligro para el Partido socialista ruso que los planes de organización propuestos por Lenin. Nada podría esclavizar tanto a un movimiento obrero aún tan débil, a manos de una élite sedienta de poder, que esta coraza burocrática en la que se le quiere inmovilizar, para convertirlo en un autómatas maniobrado por un «comité». [...] En fin, digámoslo sin rodeos, los errores cometidos por el movimiento obrero verdaderamente revolucionario son, desde el punto de vista histórico, infinitamente más fecundos y preciosos que la infalibilidad del mejor «comité central».⁵⁰

Pero como indican Bon y Burnier⁵¹, aunque el análisis de Rosa Luxemburgo sea lúcido, elude el fondo del problema, pues «si Lenin enuncia las condiciones de la revolución proletaria, sus contradictores se contentan con señalar los peligros. Sus observaciones son letra muerta. No conciernen el fondo del problema formulado por *¿Qué hacer?: ¿Cómo transformar el proletariado concreto en actor histórico?*»

Este es el fondo del problema. *Para el leninismo, el proletariado es el objeto, pues el sujeto de la historia es el partido.*

COMO SE PREPARA UNA ESCISIÓN

Hemos visto que las divergencias que surgen en los grupos no tienen siempre una causa de tipo ideológico, aunque *siempre* están revestidas por la discusión teórica. Esto puede dificultar el conocimiento de las verdaderas causas, que permanecen ocultas. Sin embargo, es fácil deducir los motivos principales que entraron en juego, estudiando el comportamiento exterior de quienes provocaron la escisión.

La experiencia demuestra que se trata casi siempre de pugnas entre dirigentes para afianzar un poder compartido hasta entonces. Algunas veces se trata de reacciones de la base para apartar del poder a una dirección burocratizada e inepta, pero será para entregar el poder a otra dirección que se apoyará en los mismos principios de la precedente, para cometer los mismos errores. Otras veces, es el resultado de la infiltración de militantes de otros partidos que «trabajan» ideológicamente a la Dirección o a parte de la base.

El primer tipo de escisión, el más corriente, adopta la forma de lucha entre camarillas, y puede encerrar múltiples modalidades. Unas veces, los «antiguos» son acusados de esclerotización

50. *Marxisme contre dictature*, Espartacus, París, 1972.

51. *Classe ouvrière et révolution*, Seuil, París, 1971.

ideológica, de dirigismo o de reformismo (casos del FOC en 1969 y ORT en 1971). Otras veces las disensiones ocurren por discrepancias sobre la táctica a seguir en CO o sobre el proceso de construcción del partido (caso de la LCR). También puede suceder que dos líderes incompatibles en una misma organización agrupen en torno suyo a sus respectivos partidarios. El más fuerte expulsa al otro. Ejemplo típico es el de la escisión «ista» del PCI.

El segundo tipo de escisión supone siempre la existencia de un militante con experiencia y autoridad, que se constituirá en el dirigente del futuro grupo. No se conoce ningún caso en el que se hayan podido corregir los defectos que motivaron la escisión, pues recomienza siempre el proceso que acabamos de explicar, al no extirpar de raíz las causas que lo provocan.

La escisión suele partir de los militantes que están más en contacto con la realidad y comprueban lo inadecuado de la política ordenada por la Dirección (caso de la escisión del PC (m-1) llamada «El Comunista»). También puede suceder que un líder obrero se fraccione con su núcleo de adictos (caso de la escisión llamada «Aurora» de la LCR).

El tercer tipo de escisión es la constituida por militantes de otro grupo que se infiltran en el que desean crear una escisión, acelerando las contradicciones existentes. Es lo que se llama «entrismo», puesto en boga por los trotsquistas respecto a los sindicatos reformistas. La modalidad más usual es la de aquellos militantes que habiéndose pasado a otro grupo deciden mantener secreta esta nueva filiación política para arrastrar consigo al mayor número posible de sus antiguos camaradas. Esto ocurrió en el FOC, cuando algunos de sus militantes detenidos en 1962 se pasaron en la cárcel al PCE.

La amenaza constante de escisión, fenómeno que todas las direcciones aceptan ya como inevitable, produce sus efectos propios. Los más puristas y doctrinarios prefieren conjurar la amenaza provocándola y haciéndola estallar mientras se incubaba. Es la postura de los grupos trotsquistas, y tal vez sea una de las razones de su fraccionalismo. A pesar de admitir en teoría la formación de tendencias, la menor desviación en la práctica del pensamiento oficial de la Dirección, acarrea un proceso de intención que sólo se terminará con la victoria de una de las partes y la expulsión o escisión de la contraria. Es característico que durante esta discusión que puede durar meses, según sea la relación de fuerzas, se suspendan casi totalmente las actividades exteriores, pues la fiebre discursiva se apodera de todo el grupo.

Los partidos más ortodoxos concentran la discusión teórica en las instancias superiores, que monopolizan la tarea de pensar. Si estos organismos están bien cohesionados, una cierta dosis de oportunismo permite prevenir con éxito las débiles protestas de la base, tranquilizada periódicamente con mixtificaciones de todo tipo. Los dirigentes de BR, por ejemplo, han popularizado un curioso argumento, destinado a conjurar la unidad del grupo. La experiencia, dicen, demuestra que todos los grupos se han escindido antes de cumplir los tres años de existencia. BR se encuentra en su tercer año, a partir de su constitución como «organización comunista». Así pues, concluyen, si pasamos este año sin ruptura interna habremos consolidado definitivamente la organización. Obsesionada por el mantenimiento de la unidad, la Dirección BR destaca por sus malabarismos por conciliar lo inconciliable. Las satisfacciones dadas a la derecha son substanciales (participación en la Asamblea de Cataluña; contactos orgánicos permanentes con el PCE; participación en las elecciones de concejales y sindicales; disminución de la actividad exterior, etc.). Como contrapartida se permitirá que la turbulenta base del Bajo Llobregat actúe con cierta independencia controlada, o que se expresen reticencias públicas respecto a su participación en la Asamblea de Cataluña.

Concluyendo, el monolitismo del grupo se ha convertido en una necesidad vital para la burocracia, es la expresión del totalitarismo que la caracteriza. Para mantener este monolitismo existe el decálogo siguiente, que ninguna Dirección ignora:

1. No extender la discusión teórica, que cree línea política, más allá de los organismos superiores de la organización.
2. Mantener una campaña permanente sobre los principios fundamentales que es preciso observar, presentándolos de forma clara y accesible.
3. Estigmatizar a los demás grupos competitivos, caricaturizándolos y etiquetándolos convenientemente (oportunistas; revisionistas; activistas; verbalistas; sindicalistas; economicistas; izquierdistas, etc.).
4. Demostrar la identidad entre los principios fundamentales propios y los principios científicos de Lenin, cuya figura es ensalzada como la del gran científico de la revolución.
5. Establecer una disciplina estricta, fundada en el principio jerárquico.
6. Detectar a los militantes capaces de encabezar una futura

oposición. Integrarlos en la Dirección, si son integrables. En el caso contrario, aislarlos y expulsarlos.

7. Mantener a los militantes de base en actividad constante. Ensalzar sus acciones en la prensa del grupo, que las presentará invariablemente como grandes éxitos. A la base hay que halagarla constantemente.

8. Crear unos cuantos líderes, bien controlados, para que a su vez controlen a la masa.

9. Aislar en lo posible a los militantes obreros propios de los militantes de otros grupos políticos, para evitar que sean influidos por ideas extrañas.

10. Si a pesar de todo surge la escisión, no preocuparse excesivamente, porque la verdad está con nosotros.

3. ¿Existe una ética revolucionaria?

La cuestión de la ética pertenece al amplio grupo de problemas que el mundillo revolucionario no se plantea. En primer lugar, ética suena a moral; moral suena a religión, y religión suena a alienación. En segundo lugar, la ética siempre está relacionada con un tipo determinado de sociedad, pues no es posible hablar de ética en abstracto, en el vacío. Pero, ¿qué grupo ha analizado el tipo de sociedad en el que estamos viviendo?

Sin embargo, cada grupo tiene un comportamiento característico, una cierta manera de resolver el problema del fin y los medios, una cierta práctica que deslinda el comportamiento correcto, «revolucionario» (el bien), del comportamiento contrarrevolucionario (el mal). Tácitamente, cada grupo adopta un *tonus* ético.

Siguiendo a Baechler⁵², entenderíamos por ética todo comportamiento que hace intervenir un juicio de valor, o del que se desprende una decisión arbitraria. En este sentido, toda acción tiene un lado ético. En efecto, si se entiende por acción la combinación de medios dirigidos hacia un fin, el juicio de valor (así como lo arbitrario) recae tanto sobre el fin como sobre los medios. La vida en sociedad obliga necesariamente a introducir juicios de valor o decisiones arbitrarias tanto sobre los fines que se persiguen como sobre los medios más idóneos para realizar el fin escogido.

Por lo que respecta a los valores elegidos, Marx y Engels, y con ellos la mayoría de revolucionarios, niegan una ética funda-

52. *Les phénomènes révolutionnaires*, PUF, Paris, 1970.

da en valores idealistas o trascendentes, que no se basen en las relaciones del hombre con la naturaleza y los demás hombres. La praxis revolucionaria es el fundamento epistemológico y ético del marxismo: «El problema de saber si el pensamiento humano puede acceder a la verdad objetiva no concierne el dominio de la teoría, es un problema de la práctica. *Es* en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y la fuerza, el más allá de su pensamiento»⁵³. En términos de ética diríamos que la regla que sienta Marx se apoya en la rectitud objetiva. Y aquí empiezan los problemas, porque, ¿quién decide lo que es objetivamente recto?

LA ETICA DEL COMITÉ CENTRAL

Lenin vio el problema y, como siempre, lo resolvió de la manera más práctica. Las innovaciones de Lenin, con respecto a Marx, en el terreno de la ética son, fundamentalmente, dos: la exaltación del voluntarismo, con su institucionalización (el partido); y la teoría del eslabón más débil o de la eficacia. Para Lenin los revolucionarios profesionales organizados constituyen la voluntad objetivizada de la clase obrera: «Bueno es lo que favorece la victoria de la clase obrera». Y quien dirige a la clase obrera hacia la victoria es el partido. «Con el partido lo somos todo, sin el partido no somos nada» (Trotsky, esta vez).

Con la teoría del eslabón más débil, Lenin está en última instancia teorizando sobre la típica moral utilitarista. La pregunta de Lenin «¿Qué hacer?» se refiere únicamente a los medios, no al contenido o al sentido de la acción. La eficacia es el criterio. Por eso, Lenin es el técnico de la organización: «Nosotros decimos: moral es lo que sirve para destruir la vieja sociedad explotadora».

¿Quién decide lo que sirve mejor para destruir la vieja sociedad? El partido, responde Lenin sin ambages, convirtiendo la rectitud objetiva de Marx en el subjetivismo del comité central del partido.

El criterio o fin último en el sistema leninista es, pues, la táctica, las necesidades inmediatas del partido. Esta tendencia irá agravándose con el tiempo: «En tanto que participe de este Absoluto, el militante se convierte en una parte de este Todo, al igual que el creyente que recibe a Dios por la comunión. Poseedor de la Verdad, el partido decide soberanamente sobre el «Bien» y sobre el «Mal»; pero englutido como está en una prác-

53. K. Marx: *L'idéologie allemande*, Editions Sociales, París.

tica estrictamente política, no se da cuenta de que, por esa misma razón, admite las normas y los tabúes de la moral corriente más tradicional», observa Barjonet⁵⁴, analizando el Partido Comunista francés.

Este modo de entender la acción política, dejando su valoración a cargo de los «profesionales», crea un nombre nuevo: el hombre de partido, para quien sólo importa el crecimiento y afianzamiento del partido por los medios que sean. La utilización de acciones, organizaciones y personas para los fines propios es un fenómeno que sólo asombra a los pequeño burgueses liberales que no han analizado la esencia del partido y creen «hacer» política conservando las manos blancas. El problema reside en los mecanismos que transforman al partido en el sujeto de la revolución; lo demás viene dado por añadidura. La opción se convierte en una decisión arbitraria que depende de factores varios, y especialmente de la composición del comité central. Hay tantos comportamientos como grupos, en lo que respecta a los medios.

Trotsky, más teorizante que Lenin, hizo resaltar el carácter de clase de la moral tradicional, y observó que una crítica burguesa a la moral revolucionaria parte siempre de la acusación —clásicamente lanzada contra los jesuitas— de que para los marxistas cualquier medio es válido, en función del fin perseguido. Trotsky arguye, y con razón, que un acto siempre es en sí moralmente neutro, necesitando conocer, para valorarlo, la intencionalidad del que lo ejecuta. Cuando el fin perseguido es un fin universal, en el que la felicidad de toda la humanidad se halla en juego, es evidente, dice, que una excesiva escrupulosidad en la elección de los medios adecuados no debe paralizar la marcha de la historia. Además, continúa Trotsky, incluso los filisteos que se escandalizan de nuestro comportamiento actúan como nosotros, los comunistas, pero con la hipocresía por añadidura. Y cita abundantes ejemplos de la época.⁵⁵

No deja de tener razón, en lo que se refiere a un cierto tipo de crítica de derechas. Pero las circunstancias nos ofrecen pocas veces la posibilidad de efectuar una opción con perfecta valoración de todos sus elementos, y nuestra conducta está formada por un tejido de pequeñas opciones ambiguas, cuya finalidad e intencionalidad no son siempre tan evidentes. Cuando unos militantes después de haber sido escondidos y alimentados por unos «pequeño burgueses» abandonan su alojamiento llevándose unos

54. *Le Parti Communiste français*, París, 1969.

55. *Su moral y la nuestra*, México, 1939.

cuantos libros y discos, o cuando un militante abandona a sus hijos y a su mujer, obrera luchadora, «para dedicarse más de lleno a la revolución», o cuando se calumnia a los que discrepan de la línea política propia, acusándoles de agentes de la CIA. o cuando se les denuncia pura y simplemente a la policía, ¿quién decide si estos medios son necesarios y adecuados para hacer avanzar el fin propuesto? El partido, dirán Trotski y Lenin.

Ya tenemos de nuevo al partido, es decir a sus dirigentes, convertidos en el criterio último, diferenciador del Bien y del Mal.

El marxismo-leninismo presenta la revolución como una necesidad ineluctable, objetiva, al lado de la cual todo lo demás es banal, carece de importancia. «Todo lo demás» es el comportamiento privado, subjetivo, que los neO'leninistas y estructuralistas desprecian hasta el punto de negar su existencia. En el orden de la necesidad histórica lo personal carece de importancia. En el orden de la libertad personal todo está permitido, si está subordinado a la necesidad histórica. Los complejos personales desaparecen en el marco de la *lucha* contra el imperialismo. Las contradicciones personales las asume y resuelve el partido, único competente para indicar el camino por el que se accederá a la perfección revolucionaria. No existe una normatividad ética para el uso privado de los militantes. Sólo existe la disciplina del partido, donde lo personal es objetivizado en función del fin colectivo propuesto. Es ético lo que el partido decide. Es una norma clara, eficaz, leninista.

Por eso, es difícil hablar de *una* ética revolucionaria, dado que hay tantos tipos de comportamientos como comités centrales. Ante la imposibilidad, e inutilidad, de dedicarse a una casuística comentada, intentaremos buscar los denominadores comunes a todos los grupos, en materia de ética, lo que nos permitirá establecer unas conclusiones provisionales.

CONTRA-ETICA Y A-ETICA

Lo que más asombra y desconcierta, cuando se contempla el fenómeno grupuscular, es su marginación y su esoterismo, no ya con respecto a la sociedad en general, sino en el seno de la clase obrera, cuyos intereses afirman representar y administrar.

Esta marginación tan típica, y que se pone de manifiesto en todos los temas que vamos tratando, adquiere carácter conflictivo en materia de concepción ética. Es evidente que una de las características de los revolucionarios es el rechazo de la sociedad

capitalista y de la ideología que la sustenta. La concepción ética que vehicula aquella sociedad es un elemento más de la superestructura y sirve para enmascarar el carácter de dominación clasista de aquélla. Es normal, pues, que un revolucionario rechace esa ética y tienda a reemplazarla por una «contra-ética», de la misma manera que se quiere crear una contracultura que sustituya la cultura burguesa. Pero ningún grupo ha elaborado hoy una contra-ética, como podría serlo, en cierto modo, el humanismo anarquista, basado en unos valores a los que todos los hombres aspiran. Normalmente, los grupos más avanzados que se preocupan por el problema se conforman con una a-ética, pura oposición a todas las costumbres adquiridas. Por otra parte, aunque se admita que no se puede establecer el socialismo sin haber destruido antes el Estado capitalista, nada impide que se prefiguren ya formas de comportamiento que serán propias de la sociedad futura.

Lo que ocurre es que el problema de los fines y su contenido no parece preocupar a nadie. No hemos encontrado ni un solo boletín u octavilla que nos describa el sentido de la revolución por la que nos exhortan a luchar, ni el tipo de exigencias personales a las que nos obliga ya la lucha por una sociedad comunista. La falta de referencia ética, unida al rechazo de las éticas existentes, refuerza los poderes del comité central, quien suprime así todos los límites que podían coartar su plena autoridad.

Se comprende en tal contexto que el tema de la ética revolucionaria no sea abordado por los pensantes oficiales de las diferentes sectas. ¿Cómo hacerlo, sin levantar la liebre del suplemento de poder que les confiere el disponer también de la normatividad ética no escrita, como un arma más para mantener la opresión totalitaria sobre los militantes? Cabe preguntarse también, en descargo de los dirigentes, si los militantes de estos grupos están interesados en que se les revele las motivaciones íntimas que evidencian comportamientos seudorrevolucionarios. Si el leninismo les va a tantos atormentados del superego es porque les libera de sus complejos y culpabilidades. Aceptan ser manipulados, si como contrapartida, la organización justifica la satisfacción de sus deseos, asumiéndolos como formando parte de su tarea trascendental e histórica de liberar á la humanidad. No se dan cuenta de que el leninismo, en lugar de liberarles de su sentimiento de culpabilidad (no ser obrero), lo mantiene al proponerse como elemento justificador. El partido proporciona otro «orden» que integra los deseos subversivos, suprimiéndolos.

La ideología burguesa no es un mero reflejo aparente de

la realidad, sino que la superestructura ideológica incide sobre la base, dando lugar a lo que denominaremos *desviaciones de la conciencia de clase*.

Con este nombre designamos desde una teoría a una práctica política errónea, desde el leninismo al activismo. Y ello, porque consideramos que entre la teoría y la práctica existe una unidad, una relación dialéctica. Por lo tanto, tiene sentido considerar como desviación tanto la teoría como la práctica que le corresponde; tanto la práctica como la teoría que la sustenta. Todas ellas conducen siempre a un mismo resultado: la obstrucción del camino que conduce a la revolución social.

Con el leninismo se absolutiza la separación entre la verdad y lo falso. Y esta absolutización significa que se rompe definitivamente la relación dialéctica que existe entre lo correcto y lo erróneo. Relación dialéctica supone que lo verdadero no lo es eternamente, pues lo falso puede llegar a convertirse en verdadero. Con la aparición del partido leninista que por poseer la «verdad» destruye la unidad dialéctica falso-verdadero, se está negando a la clase obrera el derecho a aprender a superar por sí misma el error.

Rosa Luxemburgo se dio cuenta de ello: «El yo colectivo de la clase obrera [...] reclama resueltamente el derecho de cometer errores y de aprender ella misma la dialéctica de la historia [...]»⁵⁶.

Volviendo a Marx podemos recuperar la relación dialéctica que existe entre lo correcto y lo erróneo. Recuperar la unidad significa relativizar lo verdadero y lo falso. Relativización frente a absolutización. Es decir, conviene situar en la historia la relación verdadero-falso, correcto-erróneo. Y situarla en la historia es situarla en el largo camino que conduce al socialismo. Disponemos así de un criterio objetivo y general que nos permite saber qué es una desviación. Una teoría o una práctica será una desviación en cuanto retrase la totalización de la clase, el que la clase obrera se constituya como tal clase, es decir, en cuanto retrase la revolución social.

No obstante, este criterio, que por estar situado dentro de la historia permite que el proletariado aprenda de sus errores propios, no es todavía un criterio práctico.

Si la clase trabajadora se comporta políticamente de modo autónomo, *avanzará* en su proceso de constitución como clase, ya que la autonomía del proletariado es la condición necesaria para avanzar hacia el socialismo. Pero la autonomía de la clase

56. D. Guérin: *R. Luxemburg et la spontanéité révolutionnaire*, Flammarion, 1971.

permite mantener la unidad falso-verdadero, porque sigue relativizando dichas nociones (no las convierte en conceptos fijados por ningún partido). Además, es un criterio práctico: es en la práctica en la que se comprueba si la clase trabajadora actúa de modo políticamente autónomo o no.

Ya estamos en condiciones de juzgar qué es una desviación de la conciencia de clase: todo lo que tienda a disminuir la autonomía de la clase obrera, todo lo que tienda por tanto a someterla, es una desviación, porque está alejando la revolución social.

De un dogmatismo apoyado en una ideología, el marxismo-leninismo, hemos llegado a un criterio práctico y a la vez situado en la historia. Pero, ¿quién juzga que se trata de una desviación de la conciencia de clase? Tenemos un criterio objetivo que puede ayudarnos, si bien la respuesta debe completarse con la teoría de la organización, señalando cuál es la relación entre la clase y su vanguardia. Sólo entonces, la pregunta tendrá una respuesta completa.

Toda teoría o práctica política que destruya la autonomía de la clase obrera, es una desviación de la conciencia de clase. Este es el criterio al que hemos llegado. No es un criterio objetivo, en el sentido burgués de la palabra. Es un criterio subjetivo porque es interno al movimiento obrero, porque se basa y surge de la propia clase explotada.

La destrucción o no de la autonomía política de clase es suficiente para juzgar las desviaciones, pero insuficiente para edificar sobre este único criterio una política de clase.

Aunque todas las desviaciones tienen en común el destruir la autonomía de la clase, se puede hallar un elemento diferenciador: *la institucionalización*.

Por institucionalizar entendemos convertir un hecho, una idea, en un mito. Esto es lo que ha sucedido con determinadas desviaciones o elementos capitalistas introducidos en el movimiento obrero gracias a la teorización. Por ejemplo, la división del trabajo, que es un elemento burgués, se ha introducido en el movimiento obrero, pero con Lenin ha pasado a ser una desviación institucionalizada: el partido leninista. Esta institucionalización que se lleva a cabo «vía teórica», se repite «vía práctica» en grupos no leninistas, aunque la comparación es floja porque la desviación institucionalizada por «vía práctica», a pesar de tratarse de una desviación, no es propiamente una desviación institucionalizada. La división del trabajo (pensantes y ejecutantes) para un leninista es uno de los fundamentos aceptados del partido leninista. En cambio, no es el fundamento ni algo aceptado por un grupo político de tipo no leninista (aunque en la práctica pueda

serlo). En principio, un grupo no leninista debe luchar para superar en la práctica tal desviación. Y puede hacerlo. Por esta razón calificamos en este otro caso, la división del trabajo como una *desviación dialéctica*.

En un grupo no leninista, la división del trabajo, la separación entre los que piensan y los que ejecutan las órdenes, puede llegar a ser muy grande. No obstante no alcanzará necesariamente la categoría de institucionalización. Siempre existe la posibilidad de superarla, porque la desviación no es el fundamento del grupo, porque es una desviación dialéctica y por tanto superable en la praxis.

Hasta ahora se han tratado varias desviaciones dialécticas: el liderismo, el activismo, etc. Quedan otras por analizar. Como ejemplo de desviación institucionalizada, estudiaremos en la conclusión la ideología leninista.

III. La supremacía de los medios

«¿A qué viene este odio mortal por Stalin?» cita de *Servir al pueblo* (Órgano de la Dirección del Movimiento Comunista de España) n° 17, de julio de 1973.

Independientemente del fundamental papel que juega la acción desde la toma de conciencia hasta la revolución permanente, cabe analizar la función específica que cumple cierto tipo de acción o actividad, considerado como uno de los elementos de la panoplia táctica al servicio de los dirigentes de un grupo político, para perpetuar su situación privilegiada. Desde esta perspectiva cabe distinguir dos tipos de acción, según su origen o su intencionalidad. Un tipo de acción es la generada por una situación conflictiva, fundamentada en una toma de conciencia progresiva y expresada colectivamente; es la *acción de masas*.

1. La ideología y la praxis

No es el momento de sacar a colación la vieja querrela sobre el espontaneísmo, término acuñado por la ignorancia de quienes contemplan las cosas desde el exterior. Quien sufre diariamente la opresión, de forma intolerable, sabe que una acción de las características descritas más arriba podrá ser imprevisible incluso para sus protagonistas, pero no por eso será espontánea. En efecto, cada uno podrá medir, y aún, el grado de saturación a la que ha llegado él, pero le será imposible medir la resultante de todas las saturaciones. Sin contar con que la coyuntura que favorece la eclosión no siempre es detectable. Pero independientemente de cuándo se produzca, la manifestación exterior no es más que la expresión de años y años de explotación acumulada. Sólo en este sentido puede hablarse de espontaneidad. Los «teóricos», en cambio, entienden por espontaneidad la falta de preparación *inmediata*, con lo que empobrecen su significado y limitan su alcance, ignorando la sedimentación producida por la explotación cotidiana. No es éste el sentido que le da Marx, para quien la posibilidad de que la conciencia de clase evolucione hacia la conciencia política re-

side en la espontaneidad, es decir, en las luchas diarias que van formando al proletariado. No existe, para él, separación total entre la conciencia y la espontaneidad, sino que los elementos surgidos en los conflictos espontáneos pasan a ser absorbidos por el movimiento obrero.

Esta unidad, esta relación dialéctica entre la conciencia y la espontaneidad, se destruye en Lenin, porque el dirigente ruso separa *en la teoría y en la práctica* el elemento consciente —la vanguardia— del elemento espontáneo —la clase obrera. Este dualismo se institucionaliza en el partido y el sindicato. Pero no puede existir verdadera relación dialéctica entre ellos, pues el partido, elemento consciente, dirigirá al sindicato. En consecuencia, la función de los sindicatos se reduce al encuadramiento de la clase obrera en unos organismos fáciles de dominar políticamente⁵⁷, con posibilidad de adoctrinamiento y reclutamiento de militantes, que actuarán como brazo ejecutor de las directrices del partido.

Por eso los leninistas temen tanto el espontaneísmo de la clase obrera, que pone en evidencia su dirigismo, y por eso pretenden negarlo, o lo que es igual, imponerle desde fuera (vía partido-sindicato) un programa político determinado. Algunos trotskistas, que no niegan la unidad que existe entre la conciencia y el ser, aceptan no obstante la existencia de dos organismos distintos como son el sindicato y el partido. Tampoco llegan a comprender la función del espontaneísmo, reduciéndolo a niveles de conciencia. De esta manera, el espontaneísmo de la clase explotada sería fácil de medir y de encauzar según las necesidades del partido. Pero el espontaneísmo no se puede reducir a un nivel de conciencia. El espontaneísmo es lo que hace posible la evolución de la conciencia de clase, desde la psicológica hasta la política. (Véase anexo 1.)

Otro tipo de acción, muy diferente de la anterior, es la que tiene sus orígenes en el despacho de tal o cual estado mayor político, que decide lanzar una acción a fecha fija, con objetivos por él fijados. Este tipo de acción obedece siempre a un cálculo, pero los datos que alimentan este cálculo no provienen de las necesidades existentes en el seno de la clase; más bien tienen la pretensión de crearlas. La característica de este tipo de acción es la de estar programada y dirigida en centros exteriores al proceso que se intenta desencadenar. Le llamaremos, pues, una *acción voluntarista*.

57. *Apuntes sobre la revolución rusa y el partido bolchevique*. Granada, 1973. Edición clandestina policopiada.

Esta acción constituye una de las armas tácticas más importantes de los dirigentes del grupo político, preocupados por mantenerlo a un nivel de movilización permanente, para que no decaiga la tensión interna que facilita la labor de la dirección burocrática.

La acción política de los militantes adquiere todo su sentido cuando se analiza en función de los intereses de la «clase» burocrática. Teniendo presente lo dicho en el capítulo 1, nos será más fácil comprender ciertas acciones organizadas por los estados mayores que mueven a sus tropas de modo que puede parecer incongruente cuando no se aplica el tamiz de la crítica constante.

También pueden parecer escandalosas para un observador exterior las querellas entre miembros de la misma familia marxista, que asombran a veces por su violencia. Sin embargo estas luchas no son un hecho indiferente o secundario, ni un simple medio para conseguir mayor entusiasmo entre los adeptos. El sectarismo, como veremos, cumple una misión fundamental para la Dirección, en cuanto suprime el espíritu de crítica y crea incondicionales, fanáticos del grupo y, por consiguiente, de la burocracia que dirige al grupo.

Pero mejor que hablar de estos problemas en abstracto, conviene ir a las fuentes auténticas. Para conocer un grupo político, saber cómo ha nacido, qué es lo que pretende, cómo evoluciona y qué perspectivas tiene, existe un método infalible: el estudio de su propaganda escrita. La propaganda de un grupo no sólo refleja su historia. Por el estudio de los temas que se abordan y los que se omiten, de la forma de abordarlos y omitirlos, de la terminología empleada, se consigue un material precioso que, relacionándolo con su práctica pública, ofrece una radiografía del grupo, imposible de conseguir analizando sus presupuestos políticos oficiales (línea, programa, declaraciones).

La lectura de los documentos del PCI, de BR y de la LCR nos demuestra que la propaganda no es para ellos el medio de presentar a cada uno de nosotros la posibilidad de un cambio personal, profundo e inmediato⁵⁸, sino un medio más para intentar vender su propia quincallería. Por ello, de acuerdo con los «situacionistas», no podemos considerar esta propaganda como revolucionaria. Se trata, en realidad, de simple publicidad comercial.

58. *International situationniste*, n° 2.

1. La ideologización de la praxis

COMO SE CAPITALIZA LA ACCIÓN

La ideología dominante presta también su terminología a la oposición. «Capitalizar» es una palabra de la jerga de los ejecutivos del leninismo, que utilizaremos en adelante, porque además de ser un término consagrado en el medio, su adopción es muy sintomática.

Toda acción, por mínima que sea, debe capitalizarse, es decir, debe producir «beneficios». También aquí es preciso aplicar los rayos X y pasar a través de las declaraciones verbales o escritas por las que se pretende movilizar a la masa (semana de 40 horas, amnistía, contra la carestía de la vida, contra el imperialismo yanqui, etc.) para llegar a las verdaderas motivaciones, que responden siempre a las necesidades de los dirigentes del grupo. Clasificaremos dichas necesidades en dos apartados. Englobaremos con el nombre de *externas* las encaminadas a valorizar el grupo o a presentarlo bajo un determinado aspecto ante la opinión pública. Las que responden a problemas o necesidades propias del grupo las llamaremos *internas*.

La principal motivación de las acciones externas es la *propaganda*. La propaganda de los grupos políticos, ya lo veremos en el punto 3, no va nunca encaminada a convencer a la mayoría de la población, sino únicamente a aquellos que ya están politizados o a punto de politizarse, y que son susceptibles de integrarse en el grupo. (Habría que matizar un poco si nos refiriéramos al PCE.) Sólo una ínfima minoría de iniciados son capaces de atribuir la paternidad de una acción a tal o cual grupo, por más octavillas que se tiren. La LCR, por ejemplo, tiene a gala dar una «respuesta» (otro término de la jerga opositorial) a todo acto contrarrevolucionario importante. Son acciones simbólicas y espectaculares: tirar un *mólotov* contra las paredes del sindicato el día de las elecciones sindicales o con ocasión de un congreso manifestarse durante tres minutos ante la embajada de Bolivia, para demostrar su disconformidad con el golpe de Estado que derrocó a Torres; quemar una oficina de la ITT la semana siguiente al asesinato de Allende, etc. Así, la Liga se crea en el medio la reputación de combatividad y la aureola de dar una «respuesta» a todo. Algunos no necesitan más para otorgarle el certificado de revolucionaria. Otros grupos, BR por ejemplo, prefieren destacar por su capacidad organizativa. Ya nos hemos referido a sus métodos importados de Francia e Italia, para

la puesta a punto de las manifestaciones callejeras encuadradas por una docena de sólidos militantes armados con mazas de béisbol y cascos de motorista. En esquinas estratégicas, otros militantes provistos de *walkie talkie* vigilan los movimientos de la policía. Este montaje da seguridades a los manifestantes que adquieren un respeto admirativo por la organización que lo ha puesto a punto.

Una vez terminada la acción viene la recogida de los frutos, la capitalización. Los hechos más espectaculares y peligrosos no se suelen reivindicar por escrito, para evitar la represión.

Todos los militantes del «Colectivo Hoz y Martillo» fueron detenidos a las 24 horas de su asalto al consulado francés en Zaragoza, por distribuir octavillas reivindicando el hecho. En estos casos, la capitalización se suele hacer oralmente, haciendo correr entre la gente de confianza que «lo de la plaza Anglada fuimos nosotros», o «lo del autobús quemado fue obra de...»

Así se va creando la leyenda que los dirigentes quieren tejer en torno al grupo que ellos controlan. El PCI era famoso por la dureza de sus manifestaciones, sus atracos y «ajustes de cuentas». La LCR fue notable en un tiempo por su don de la ubicuidad (hubo militantes que participaron en tres «fantasmas» el mismo día) y el empleo de los mótov. BR es conocida por su teatralidad, aunque la eficacia de sus espectaculares encuadramientos ha quedado bastante en entredicho, a causa del número de detenidos que ha tenido en varias manifestaciones, a finales de 1972 y principios de 1973. Actualmente BR es muchísimo más parca en la organización de demostraciones callejeras y ha pasado prácticamente por alto hechos tan importantes como el juicio 1001, la ejecución de Puig Antich y el juicio de los obreros de la Térmica. El PCE es el único grupo que parece confiar en la combatividad callejera de la clase obrera. En realidad en lo que confía es en su propia capacidad para movilizarla, sin tener que organizar la violencia revolucionaria, contraria a su línea política. El PCE está contra las «fantasmas» elaboradas en los laboratorios de los alquimistas especializados, pues cree que la acción tiene que ser abierta. Los demás grupos quedan así abocados a un difícil dilema: o encerrarse en el círculo vicioso de las manifestaciones relámpago, condenándose en tal caso a no superar nunca su limitada audiencia, o caer en el juego del PCE, condenándose entonces a contribuir al prestigio de este último, quien inevitablemente capitaliza los dudosos éxitos de las «cataluñadas.»

Este dilema es de difícil solución, y suele resolverse en la práctica por medio de la casuística. Si se cree, sobre la marcha,

que las condiciones existen, los grupos se unen de mala gana a la convocatoria del PCE. Esta decisión no puede hacerse sin desgarramientos internos, discusiones, dudas y contraórdenes. Es típico el caso de las manifestaciones convocadas en la Plaza de Cataluña con motivo del proceso de Burgos, en diciembre de 1970, por el PCE y otros grupos menores. El número de manifestantes pasivos fue más elevado que en otras ocasiones, lo que permitió que algunos comandos actuaran frente a Jorba-Preciados y en las Ramblas, donde se consiguió reunir varias veces una cabeza de manifestación. BR y la LCR aceptaron de mala gana que el éxito se lo apuntara sólo el PCE y decidieron participar en las siguientes jornadas, para repartirse los frutos. Efectivamente, hubo un par de manifestaciones más, bastante espectaculares, con participación casi unánime de todos los grupos, desatándose la violencia controlada del PCI, BR y LCR, desbordados por la violencia devastadora de los incontrolados, grupos más o menos anarquistas y espontáneos, que convirtieron la manifestación en una fiesta con fuego y ruido.

Hay un cierto tipo de acciones que son obligadas, y que un grupo no puede dejar de hacer sin que su prestigio sufra un duro golpe. «Plataformas», al unirse tardíamente a la agitación contra el proceso de Burgos, quedaron bastante descalificadas, igual que el PCE, al no participar en la ayuda prestada a los huelguistas de la Harry Walker durante sus dos meses de lucha⁵⁹, o como la LCR y el PCI al boicotear esa misma huelga y la de Macosa.⁶⁰ Estos fallos suelen tener funestas consecuencias. Las sucesivas fracciones de la LCR, la pérdida de velocidad del PCI y el ostracismo del PCE en su Coordinadora local de CO no son hechos completamente ajenos a estos «deslices» tácticos, vividos con dificultad por la base. No es agradable hacer de esquirol, por más razones políticas que se tengan para justificarlo.

Además de la propaganda y el prestigio, los motivos de otras acciones pueden responder a exigencias de orden interno, conocidas sólo por el estado mayor del grupo, e incluso sólo por algunos individuos dentro de dicho estado mayor.

Un grupo está en constante fermentación interna: precisión de la ideología, discusión teórica, cuestiones organizativas / disciplinarias, agitación, propaganda, etc. Ello conduce inevitablemente a un enfrentamiento entre actitudes y opiniones di-

59. *Harry-Walker: 62 días de huelga, op. cit.*, p. 46-47 y anexos 36 y 37.

60. *Ibid.*, p. 37.

versas (véase 1. II. 2). Cuando la lucha se radicaliza, rebasa los límites de los organismos de Dirección, pues cada una de las dos facciones en presencia intentará usar en provecho propio su influencia y control sobre la base. Tomando como ejemplo el punto que suele ser más controvertido, el de la relación a observar respecto a CO, veríamos cómo en todos los grupos hay una lucha larvada o aparente entre los «duros», partidarios de una agitación constante por motivos políticos, contra los «sindicalistas», partidarios de desarrollar las comisiones de empresa y las organizaciones de masa. Para desbordar a éstos, los «duros» suelen apoyarse en los elementos más jóvenes y deseosos de acción, dispuestos a la agitación callejera constante. Fue el papel que jugaron las COJ, en el FOC y en el PCI, o los comandos en la LCR y en el PC (m-1). En estos casos, la tendencia «dura» debe lanzarse a una escalada de acciones destinadas a procurar rápido prestigio a la organización —y por consiguiente a ellos—, ahogando la labor «sindicalera», de resultados menos espectaculares. La historia de todos los grupos políticos podría reducirse a la historia de las luchas entre burocracias «duras» y burocracias «sindicalistas», con periodos alternos de hegemonía (PCI) o con modificaciones oportunistas de la misma burocracia, según soplen los vientos (BR es un ejemplo típico).

En cualquiera de estos casos la acción cumple una función de entretenimiento o diversión, en el sentido de desviar la atención de los verdaderos problemas que se plantea el movimiento revolucionario, donde los intereses de la burocracia no tienen cabida. Se trata, pues, de buscar a través de la actividad exterior el medio de cohesionar al grupo, reduciendo al mínimo las ocasiones de reflexión y crítica. Desvirtuando a Marx y apoyándose en las tendencias de los militantes más jóvenes, se confunde praxis con activismo, elevando a rango de principio y criterio revolucionario lo que sólo es una desviación de pequeño burgués. Como ya lo hemos señalado (1, II, 2), la palma de oro de este método corresponde al PCE, que no se distingue precisamente por fomentar el amor a la teoría y la reflexión. Cada vez que la burocracia está en peligro se hace un llamamiento a la unión sagrada, acusando de traidores a la causa del comunismo a todos aquellos que «en estos graves momentos» plantean problemas y fomentan divisiones. Para demostrar que, efectivamente, los momentos son graves, no hay nada como lanzar una buena campaña que acapare la energía colectiva, reforzando la unión interna alrededor de los principios intocables e indiscutidos de solidaridad fraternal (amnistía), la revolución inminente (huelga general), la libertad (liber-

tades democráticas), e incluso la supervivencia económica del partido (campana de los 30 millones).

Los verdaderos motivos subyacentes sólo los conocen aquellos que tienen acceso a los últimos escalones de la pirámide.

LA «RECUPERACIÓN» DE LA LUCHA POR LA BUROCRACIA

La aproximación valorativa de estas acciones y de sus consecuencias debe hacerse tomando como criterio el avance del movimiento obrero hacia sus objetivos de clase: el desarrollo de la conciencia revolucionaria en las masas, la creación de órganos de autogestión y de poder.

Si, como acabamos de ver, las acciones tienen su origen en razones de prestigio, justificación y supervivencia del grupo, su coincidencia con los intereses del movimiento obrero será casual. Cuando un grupo puede dirigir o apuntarse el éxito de una acción, ayudará a su desarrollo. La LCR colaboró eficazmente en el desarrollo de la huelga de Harry Walker mientras creía que podría dirigirla. Cuando los trabajadores demostraron su madurez y consiguieron que sus asambleas fueran el único organismo dirigente, conduciendo la huelga por caminos que no correspondían a los de la LCR, ésta se opuso a su continuación⁶¹. El PCE, por su parte, se desentendió desde el principio de una acción en la que no tomaba parte ni uno solo de sus militantes. Igual que BR. Método no sólo antirrevolucionario sino poco inteligente, pues brinda magnífica información a la policía que conoce así la filiación política de los militantes que se mueven en cada empresa. Últimamente, este sectarismo absurdo se matiza un poco.

Sucede a veces que el grupo no puede apuntarse la acción, por no tener militantes que participen en ella. Si se tratara de una acción en la que ningún grupo ha jugado un papel preponderante (la mayoría de las acciones importantes «pertenecen» sólo a los trabajadores), todos se vuelcan a organizar la ayuda económica y la información, orientándola de tal modo que puede hacer creer al lector no advertido que el grupo informante ha tenido una intervención decisiva en el conflicto. Basta comprobar la barrera de silencio que mantuvieron los «grandes» en torno a las huelgas de Harry Walker, Macosa, Roca Radiadores, SOE hasta cierto punto, con los exhaustivos y diti-rámicos comentarios a la huelga de la Térmica —por escoger un ejemplo reciente— que parece haber sido dirigida por

61. *Ibid.*, p. 38-39.

PCE, BR, PCI, LCR, USO y CNT, según quien haya redactado la información. Con los sucesos de Seat, en 1971, pasó algo similar. Y si se trata de comentar en Barcelona lo sucedido en Vigo, El Ferrol o Pamplona, los sobrentendidos se hacen más explícitos. Es lo que se llama la «recuperación» de una lucha.

Al estar todos los grupos en perpetuo estado de construcción y crecimiento, su obsesión es construirse y crecer. A eso dedican su tiempo y sus energías. Cualquier acción o acontecimiento es valorado en función de lo que aporta a la realización de ese objetivo, y se aprovecha cualquier ocasión para presentarse como el partido que ofrece «una alternativa válida», el partido «ligado a las masas», etc.

El PCE, por el contrario, no se presenta en plan competitivo, sino monopolizador. Se pretende el único grupo que representa los intereses históricos del proletariado. Por eso, con fidelidad y seriedad asume la responsabilidad de convocar al pueblo a celebrar todas las conmemoraciones (Primero de mayo, 11 de septiembre, 14 de abril, cincuentenario de la muerte de Lenin, etc.). Con la misma regularidad, y el mismo resultado, efectúa sus llamamientos a la huelga general.

Esta responsabilidad que el PCE se arroga no es gratuita, ya que tiene su compensación, pues capitaliza toda la agitación que se realiza antes, durante y después de cada acción. Por motivos históricos y gracias a la contrapropaganda del Régimen, mucho más eficaz que los triunfalismos de su propia prensa, el PCE es el gran beneficiario que acumula de cara al futuro. A la hora del balance, los demás grupos contarán sólo la calderilla.

Sea por los motivos que sean, externos o internos, la acción organizada por los grupos responde a unos presupuestos que no son los declarados oficialmente. La propaganda por la acción era uno de los postulados caros a los anarquistas. Los marxistas-leninistas lo han recogido, pero cambiando su contenido. En vez de propagar el amor a la justicia y a la libertad igualitaria, por medio de actos ejemplares, utilizan la acción para su autopropaganda, para asegurarse prestigio que se convertirá en poder sobre los trabajadores. En este sentido, es contrarrevolucionaria, pues todo lo que contribuye a reforzar el poder de la burocracia debilita el poder del proletariado.

2. El sectarismo preventivo

La explicación más técnica de «secta» la hemos encontrado en Baechler⁶². Creemos que se adapta perfectamente a nuestro trabajo, por lo que pasamos a transcribirla casi íntegramente: «Las sectas son formaciones sociales que aparecen siempre *al margen* de los grandes movimientos religiosos e ideológicos, definidos como grandes porque han conseguido constituir un orden impuesto y admitido por toda una sociedad. La relación entre las sectas y los grandes movimientos es lo que une y distingue herejía y ortodoxia. Se puede definir la ortodoxia como el *conjunto* de verdades, dogmas o postulados recibidos por una comunidad de creyentes, que aceptan que cada uno ponga el acento sobre tal o cual aspecto del mensaje, mientras no pongan en entredicho el conjunto. Por el contrario, la herejía [...] consiste en distinguir tal o cual elemento, valorizándolo en detrimento de todos los demás, y haciendo de él el fundamento del sistema.

»Así, una herejía depende siempre de una ortodoxia, una secta de una iglesia. El hecho notable es que la inversa también es cierta: una iglesia está siempre rodeada de sectas. La explicación parece ser la siguiente: una iglesia reagrupa a masas importantes, debe tener en cuenta sus realidades; está obligada a reconocer y admitir las diversidades de los temperamentos y de las interpretaciones, arriesgándose a algunas componendas. Todo individuo que rechaza esas componendas internas y externas tendrá tendencia a replegarse tras una posición donde se defiende la pureza de la fe. Este rechazo puede provenir tanto de una fe intensa como de una exclusión objetiva, unida a la pertenencia a un grupo que no está reconocido. Dicho de otro modo, las sectas reclutan por una parte entre los exaltados, y por otra entre los marginados [...]

»El enemigo principal de las sectas es menos la sociedad global que la iglesia de la que son un brote: por lo menos, sus flechas más aceradas van dirigidas contra ésta. Como la pureza es su exigencia fundamental, sufren constantes procesos de escisión; cuando una fracción cree que la pureza está maculada, crea una secta nueva, más rigurosa. Por esta razón, no hay nunca una sola secta, sino una pululación de ellas.

»En la época contemporánea, el proceso ha sido particularmente intenso en los movimientos socialistas, dando nacimiento

62. *Les phénomènes révolutionnaires*, PUF, 1970.

a innumerables grupúsculos, que han beneficiado de la iluminación de la actualidad en mayo 1968.»

Resulta fácil aplicar este esquema universal a la situación que nos interesa. El PCE es la «Iglesia» (paralelismo muy utilizado) y los demás grupos son brotes separados de la rama madre, reivindicando una mayor pureza doctrinal, atacando sin tregua al «revisionismo» que se erige en el intérprete de la ortodoxia marxista. La Iglesia madre está rodeada por un pululamiento de sectas que se han separado de su seno (los trotsquistas y sus subfamilias; los prochinios en sus diferentes versiones; los leninistas puros, etc.).

Nosotros introduciríamos una modificación en este esquema, que como tantos otros esquemas de tipo sociológico no tiene en cuenta la fuerza de las motivaciones que se deciden a nivel personal. Un análisis exterior no recoge estas motivaciones, recubiertas siempre con el manto de la defensa de la pureza ideológica.

Desde el momento en que un grupo se escinde de la «Iglesia», hasta que se constituye en secta, pasa por un proceso con periodos típicos bastante diferenciados. En un primer tiempo, el núcleo disidente debe precisar su ideología, dándose una línea política. La declaración ideológica cumple un papel fundamental, ya que sin ella no se puede pasar a la fase siguiente: la propaganda con vistas a aumentar los efectivos. Como dice el ya citado Baechler, esta prospección se hace entre los exaltados y los marginados⁶³. Estos últimos, sin embargo, no parecen muy inclinados a soportar una disciplina leninista. Más probable es que formen parte del resurgir anarquista, como en mayo de 1968 en París.

Los exaltados son, principalmente, los jóvenes. A este respecto, es increíble el descenso vertiginoso de la edad media en los grupos, desde hace tres o cuatro años. La dificultad de convencer a los adultos desplaza el centro de atención hacia los adolescentes. La Inversión en propaganda y prospección es más rentable numéricamente en los institutos y escuelas, y proporciona elementos idóneos para la agitación callejera. La LCR es tal vez el grupo que más ha invertido en ese sentido, con el éxito inmediato previsto, pero con graves problemas posteriores, pues el comportamiento de chicos de 15 y 16 años ante la policía no es precisamente heroico, sin contar con la

63. Concepto en el que nosotros incluiremos a los gitanos, inmigrantes recientes del sur de España y del norte de África, parados crónicos, bandas juveniles de ciertos suburbios, etc.

propia policía familiar efectuada por los padres, confiscando material y denunciando a veces a la policía político-social las actividades subversivas de su propio hijo.

A medida que el grupo va creciendo, urge dar una coherencia interna a los dispares elementos que lo componen. Esta es la última etapa del proceso, y la más importante, la que va a ocupar la mayor parte del tiempo a los burócratas e intelectuales, cuya supervivencia como dirigentes depende de la adhesión fanática de sus subditos.

EL *BLUFF* COMO ARMA POLÍTICA

Todos los dirigentes saben que manteniendo un clima de entusiasmo, irrazonado y acrítico, entre sus subditos, se evitan muchos problemas. Así se crea el espíritu de empresa, la hinchada deportiva, el nacionalismo xenófobo, el fanatismo religioso y el sectarismo político. La exaltación del entusiasmo, como forma normal de la adhesión, además de suprimir el espíritu crítico, fomenta la agresividad, que podrá ser fácilmente canalizada hacia donde más convenga en cada momento.

Es el esquema fascista típico, utilizado por todos los grupos autoritarios para conseguir la cohesión interna, despojando a los problemas de su racionalidad y consiguiendo esa carga pasional que concede amplio margen de maniobra a la dirección. Se empieza inculcándoles la idea de que pertenecen al verdadero partido marxista-leninista, auténtica vanguardia de la clase obrera, único capaz de dar una respuesta revolucionaria a las contradicciones, etc. Para ello, el grupo necesita prestigiarse. La propaganda por los hechos es fundamental y prioritaria. Acreditarse llevando la dirección de una huelga importante es el objetivo inicial de todos los grupos, desde que tienen vida propia. Pero su mismo sectarismo es incompatible con una lucha larga fundada en la unión entre todos los participantes, indiferentemente de sus tendencias. Como el grupo necesita apuntarse el éxito sin compartirlo con nadie, dedicará más esfuerzos a asegurarse la dirección de la lucha que a la lucha misma, con los resultados que son de suponer. Los ejemplos son numerosos y conocidos: PCI en Seat y Roca. LCR en Harry Walker y Macosa. BR aún no ha tenido ocasión de dirigir una huelga importante, por lo que debe contentarse con las típicas «recuperaciones» (Textil Victoria, Iberia, ínter, Starlux, OSSA, etc.). También es destacable, como ejemplo típico, su actuación en los sucesos de Santa Coloma⁶⁴.

64. *La lucha de Santa Coloma de Gramanet*. Grupos Obreros Autónomos, Santa Colonia de Gramanet.

Las organizaciones obreras de la LCR —«Proletario» v CUT—, las COR del PCI, así como el OSO del PC (m-1), han sido siempre auténticas ficciones que sólo han existido sobre el papel y que eran mantenidas conscientemente por las direcciones burocráticas.

Todos los grupos utilizan el *bluff* como arma política. Cuando BR organizaba sus manifestaciones «encuadradas», se estaba tirando un farol publicitario, como se demostró cuando realmente tuvo que enfrentarse con la policía. El triunfalismo de todos los comunicados de luchas propias, análisis de la situación, comentarios de la actualidad, etc., no es más que otro *bluff*, que hincha los datos y las consecuencias. El voluntarismo inculcado a los militantes, que está en la base de su activismo, es otro aspecto del *bluff* en el que se mueve los grupos.

Como sucedía con la utilización de la clandestinidad, la creación del monolitismo, la ambigüedad de la ética y la exaltación del activismo, la creación de *bluffs* no es un hecho gratuito o casual. Forma parte del proceso creado y fomentado por la Dirección para fortalecer su autoridad sobre el grupo.

La propaganda triunfalista va acompañada de un frenesí interno organizativo. El grupo considera a la organización por la relación que guarda con los principios a los que se adhiere y la ideología que se da, por lo que termina constituyendo un mundo autosuficiente encerrado sobre sí mismo. Al mismo tiempo, se multiplican las críticas a las demás sectas y a la «Iglesia» madre, el PCE.

Estas tres actuaciones combinadas (acciones de prestigio, intensa actividad organizativa, ataque a las demás sectas) consiguen ir inculcando en el espíritu de los militantes la idea de que están militando en una gran organización. Es la primera etapa de la creación del *bluff*.

La segunda etapa consistirá en explotar los éxitos propios y, si se puede, los ajenos. A ello responde la prensa del grupo. Se hablará de las luchas en las que algún militante del grupo ha intervenido, adoptando el estilo triunfalista que caracteriza a cada dirección política: infantil y delirante en el PCI; de colegial aplicado en la LCR; con pretendido carácter científico y objetividad en BR, quien ofrecerá dos tonos distintos según quiera hacer creer que la dirección de la lucha le ha correspondido o no.

En esta segunda fase se opinará sobre todo, con autoridad, sentando cátedra, consolidando la idea de que se pertenece a un partido fuerte, con incidencias en los problemas del país v criterio en los del extranjero. Será el momento en el que alguno de los principales dirigentes se dará a conocer, sea por sus

publicaciones sea por sus colaboraciones en algún periódico liberal. Cuando se piensa en un futuro parlamentario, es importante que el nombre de los futuros candidatos empiece a sonar ya.

En la vida interna del grupo se insistirá aún más en las excepciones propias, y se creará un clima eufórico de triunfalismo que no remitirá ni en las peores circunstancias. Es el reconstituyente de los militantes que han asistido a una serie considerable de cataclismos internos y que necesitan ser animados, para continuar a pesar de todo.

LOS GRUPOS, EL MERCADO Y LA COMPETENCIA

Esta campaña sistemática produce sus frutos prácticos. Unos no revisten gran importancia, aunque son sintomáticos, como el de aquel militante del PCI acusando a un obrero de CO de pequeño burgués, porque «todo el que no está con el partido de la clase obrera está contra él».

Pero se han dado casos peores que revelan hasta qué extremos pueden llegar el sectarismo de grupo. Se sabe de un asalto punitivo efectuado por militantes de un grupo, con irrupción violenta en el piso de varios militantes de otro grupo, acompañado de robo de material y documentos.⁶⁵ Se conocen también varios casos de ataques físicos a anarquistas, por parte de los autoritarios, en manifestaciones unitarias⁶⁶.

65. «A principios de mayo y en una localidad fuera de Cataluña dos militantes conocidos de nuestra organización fueron atacados en su casa, de madrugada, por un comando armado. Después de haber sido amenazados con pistolas, fueron golpeados primero en la cabeza a golpes de culata y luego por todo el cuerpo especialmente en los riñones hasta dejarles inconscientes y, en un caso, con heridas de gravedad. El comando decía actuar en nombre del «PC (m-1)» y del «FRAP» y venía dispuesto a «liquidar a los enemigos del pueblo y aliados de la oligarquía yanqui-franquista, como son los militantes —según ellos— de nuestra organización y de otras». (Nota publicada a ruego de BR en *API* n° 28, 13 de junio de 1973.)

66. «En la manifestación que tuvo lugar en el Paseo Maragall a favor de los obreros de San Adrián, algunos bachilleres libertarios sacaron una bandera negra. Un piquete del PCI intentó agredirlos pero se rajó al comprobar que la bandera estaba bien defendida por los militantes libertados.»

«El viernes 27 de abril, en la manifestación que salió de San Pablo dirección Avenida Gaudí para conmemorar el 1° de Mayo y que fue convocada por el PCI y el MCE, dos estudiantes libertarios del colectivo nocturno del Instituto Emperador Carlos sacaron una bandera. Un piquete de 5 miembros del PCI, armados de barras de hierro y otros objetos contundentes agredió, aunque sin utilizar los mencionados objetos, a uno de los estudiantes libertarios y arrancó la bandera. El agre-

La lucha por el prestigio del grupo, en realidad por el fortalecimiento de la autoridad de la Dirección, va desplazando el centro de interés de los militantes. La práctica, luchas concretas, en la que un grupo interviene no es más que un motivo para la autopropaganda del grupo. No conocemos ninguna intervención de un grupo que no tenga como uno de sus principales objetivos el capitalizar la acción en la que participa. Esta utilización, para fines particulares, de algo que pertenece a toda la clase, como es su lucha, es la consecuencia fundamental que engendra el sectarismo y lo acredita como factor antirrevolucionario.

Las sectas se hallan inmersas en un universo competitivo, más que hostil. Su supervivencia no viene supeditada a los golpes del capitalismo, pues a la policía no le interesa que la subversión desaparezca totalmente, ya que entonces disminuiría su importancia como Estado dentro del Estado⁶⁷. Es obvio que la policía tolera la existencia de estos anticuerpos, siempre y cuando su acción no exija una reacción de defensa por parte de la sociedad constituida (caso de guerrillas armadas o movilizaciones obreras masivas). La supervivencia de un grupo viene en realidad ligada a la acción de los demás grupos que actúan en el mismo medio geográfico. Los elementos susceptibles de ser sectarizados no se renuevan mucho, a nivel obrero, por lo que la multiplicidad de los grupos limita las posibilidades de expansión de cada uno de ellos. Por otra parte, la vida de las sectas suele ser corta, pues en los medios jóvenes los productos envejecen rápidamente. Lo normal es que un grupo nuevo, si posee algunos cuadros experimentados, necesite un par de años para situarse (elaborar la línea, organizar el aparato, conseguir adeptos y darse a conocer); luego viene la época de esplendor, que suele durar otros dos o tres años. El grupo despierta esperanzas en los medios ávidos de «comprometerse políticamente». Pero no tarda en verse que acumula exactamente los mismos errores que sus precedentes; el sectarismo se hace evidente e insoportable, las contradicciones internas provocan las inevitables escisiones, y surge un nuevo grupo más a la izquierda, más puro, que si no desaparece prematuramente recoge las esperanzas que había despertado el grupo madre. Recordemos los casos ya citados de *El Comunista*, fracción pura del PC (m-1); los «istas», fracción pura del PCI. La LCR ha tenido varias escisiones, tan «impuras» las unas como las otras.

dido y otro compañero siguieron hacia adelante siendo agredidos nuevamente por miembros del PCI». (*CNT informa*, sin fecha.)

67. Víctor Serge: *Ce que tout révolutionnaire doit savoir de la répression*, Maspéro, París, 1969.

BR está consumando su escisión en estos momentos (mayo de 1974).

Los errores, los giros tácticos y estratégicos, las escisiones, desacreditan la marca y el grupo entra en su fase de decadencia. Según la fuerza y coherencia de los dirigentes, irá vegetando nominalmente, alimentándose de las jóvenes generaciones de universitarios e incluso de escolares, pero habrá pasado su oportunidad de convertirse en el partido que llene el «hueco existente a la izquierda del PCE», detectado por los espeleólogos de la izquierda. El grupo habrá sido vencido por la competencia. El mercado se abre entonces a un producto nuevo, que parece dinámico y con planteamientos correctos. El MCE es el actual grupo joven y activo que está en auge, a pesar de que cada vez se aproxima más a posiciones derechistas. La estrella BR palidece, a medida que se desplaza hacia posturas centristas.

El enemigo es, pues, la competencia, no el burgués. En la competencia conserva un puesto de honor la Iglesia madre, pues como indica Baechler, un grupo se define con relación a la iglesia madre, que además tiene la ventaja de perdurar, mientras el porvenir de la secta es sumamente incierto. Por eso, los principales ataques van dirigidos contra el PCE, la roca inmovible que ni se entera de los alfilerazos que le dirigen.

Lo que impulsa a los grupos en sus ataques al PCE es tanto una necesidad de definición como de supervivencia, pues ya hemos dicho que las sectas ocupan el lugar que el PCE deja vacío. BR arrecia en sus ataques al revisionismo a medida que sus posturas se van haciendo más revisionistas. El PCI disminuyó sus ataques contra el carrillismo cuando nadie ponía en duda su hegemonía en el terreno de la violencia armada. La LCR no deja de atacar al estalinismo, porque en él reside su razón de ser histórica.

Aunque sus diferencias doctrinales no son decisivas, y en todo caso los militantes de base son incapaces de explicarlas, las sectas tienen su clientela propia. Los estilos son diferentes, y un observador medianamente avezado en estas lides sabe «oler» a los militantes nada más verlos, o, en los casos más dudosos, a los treinta segundos de haber empezado a hablar. El estilo «hijo de papá» y maestra «progre» de los BR es inconfundible. También el militante trotsquista es característico, por su desaliño, posando a *gauchiste* del mayo de 1968. El militante PCI, sometido a demasiados cambios, carece de personalidad.

No basta un estilo para decidir una opción, pero el modelo de militante que cada uno elige responde al tipo ideal de revolucionario que cada uno se forja. Si la condición esencial, obsesiva, es la ruptura total con el medio familiar y el universo

traumatizante de la juventud, surge el tipo trotsquista. Si el ideal es una síntesis de héroe popular, tecnócrata y PNN, la opción irá a BR. El estilo es el grupo.

La lucha por la supervivencia es, pues, dura, y su misma cualidad de lucha por la supervivencia sectariza a sus protagonistas, que acabarán convirtiéndose en marxistas de manual, buenos maniobreros fanáticos más que activistas y pésimos revolucionarios. Como telón de fondo, el movimiento obrero.

Si las consecuencias del sectarismo alcanzasen sólo a sus actores, la cuestión no tendría mayor trascendencia. Pero lo malo es que debido a las circunstancias históricas —la famosa coyuntura, que dura 35 años— el PCE y sus sectas ejercen un control casi total sobre los intentos de la clase obrera para dotarse de una organización propia. Es la principal razón del relativo fracaso de las CO. Por eso, las sectas adquieren en el momento actual una importancia desproporcionada, habida cuenta de sus escasos efectivos, que son suficientes para sembrar la desorientación general en el movimiento obrero. Un trabajador combativo, pero sin experiencia, no resiste el espectáculo denigrante de la lucha por la propiedad privada de la revolución colectiva. El militante que decide organizarse en un grupo del tipo descrito, si es medianamente consciente de lo que hace, sabe que va a tener que desarrollar una de las varias tendencias organizadas existentes, opuesta a las demás, y que en consecuencia tendrá que dedicar buena parte de su tiempo a efectuar trabajo sectario. No todo el mundo está dispuesto a prostituirse, especialmente en el mundo obrero. Esa es la razón por la cual en CO se está dando últimamente un tipo de militante que no siente la necesidad ni el deseo de sectarizarse, y se limita por el momento a luchar en CO, creando grupos informales de ayuda mutua con objetivos concretos. Es una perspectiva limitada, pero responde a una situación de espera. Es digno de reflexión que mientras las «vanguardias» discuten y luchan por el control, las masas explotan violentamente en huelgas doblemente salvajes, al margen del sindicato vertical y de los grupos leninistas. Y es que el sectarismo, si actúa como preventivo respecto a los militantes del grupo, actúa como vomitivo respecto a los militantes revolucionarios.

3. La propaganda política ficción

El *curriculum* de los grupos leninistas es perfectamente típico, ya lo hemos descrito: proceso fraccional, opción ideológica,

definición política, publicación del texto de referencia. Una vez cubiertos estos requisitos el grupo necesita crearse una imagen publicitaria que le ayude a afrontar con éxito la competencia. La práctica (1, III, 1) cumple una parte de esta función; la propaganda escrita la completa, y muchas veces la sustituye. Es sabido que la cantidad de papel publicado por un grupo es inversamente proporcional a su capacidad de intervención activa. Es la ley de la compensación.

PUBLICICO, LUEGO EXISTO

La propaganda escrita de cada grupo suele componerse de un boletín político-teórico donde la Dirección desarrolla el programa y la opinión oficial del grupo sobre los problemas de fondo. La LCR y BR disponen de un órgano informativo «de masas», donde se publican las informaciones comentadas de las luchas obreras y estudiantiles. Y los tres, PCI, LCR, BR, publican aparte textos más o menos clásicos considerados fundamentales. Suelen existir también boletines específicos por frente de lucha y, por supuesto, multitud de octavillas ocasionales.

Todo este material, denso, plúmbeo, contradictorio, plantea una cuestión previa: ¿Quién es el destinatario, en la mente de los responsables? Es preciso estar muy polarizado por la cuestión para leerse los boletines políticos de estos grupos. Los informativos son algo más digeribles, pero en modo alguno amenos. Ha habido esfuerzos aislados para adoptar el estilo *comic*, pero la iniciativa, ideada y utilizada sobre todo por grupos autónomos y obreristas, no se ha generalizado entre los leninistas, para quienes el discurso ocupa un lugar insustituible. Se trata siempre de demostrar algo, de inculcar las propias ideas. Adoptar métodos pedagógicos está prohibido (es hacer «culturalismo») y ponerse al nivel de la gente a la que se pretende convencer es hacer «seguidismo».

Si los grupos no hacen ni pretenden hacer trabajo popular, es decir accesible al pueblo, a través de la propaganda, es que ésta cumple otro cometido: el de mantener el *status* dentro del mundillo de la oposición, a la vez que sirve de criterio de cohesión doctrinal para los militantes del grupo. La tirada de un boletín político suele variar entre los 500 y los 1 000 ejemplares, y la distribución real no llega al 75% de estas cifras, de los cuales la mayoría se distribuyen en la Universidad. Su importancia revolucionaria es, pues, inapreciable. Pero el problema es otro.

La cuestión es publicar. Grupos como el POR sólo utilizaban el correo como medio de distribución, porque su media

docena de militantes no tenían la menor incidencia en la realidad social. Pero hasta que la LCR le arrebató la bandera del trotsquismo, el POR «contaba» en la oposición, gracias a sus 150 ejemplares quincenales. La propaganda es la fe de vida. Ahí radica su importancia.

Aunque sea tosca, mal redactada y poco interesante, la propaganda de los grupos goza del halo de la clandestinidad, lo que le confiere una credibilidad de la que no goza la prensa oficial. Desgraciadamente no se aprovecha este cheque en blanco, pues en vez de utilizar la prensa clandestina para una cura de desintoxicación y de defensa contra las agresiones constantes a las que se nos somete en esta sociedad, está monopolizada por brumosos análisis estructurales, seudopolíticos, querellas de familia y autopublicidad. La propaganda de los grupos autoritarios sólo es comprensible si se analiza en función de las necesidades —actuales y futuras— de la casta burocrática.

EL PCI O LOS MEANDROS DEL STALINISMO

Publicaciones

El PCI empezó publicando *Unidad* (Órgano del Comité provincial de Barceona) y *Aurora Roja* (Órgano del Comité regional de Cataluña). Estos dos boletines desaparecieron al año y medio de su publicación, por lo que sólo subsiste *Mundo Obrero*, que ha cambiado a menudo la denominación de su origen e incluso su título. En un principio era el «Órgano central»; luego pasó a ser el «Órgano de la Comisión central» y más tarde el «Órgano del Comité central» y el «Órgano marxista-leninista del Comité central». En octubre de 1969, se convierte en *Mundo Obrero Rojo* y es el «Órgano marxista-leninista del Comité central». En abril de 1973, con el cambio efectuado en el I Congreso, vuelve a empezar la numeración (Año I, nº 1) y vuelve a ser, simplemente, el «Órgano central».

El Comité central, único organismo facultado para publicar con la firma del PCI, emite otras publicaciones no periódicas, sin título común, entre las cuales destacamos una *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, aprobada por el Comité central del PC (b) de la URSS, en 1938; Fundamentos del leninismo* de J. Stalin; *Hacia el socialismo* que se convierte en el órgano teórico.

Origen

En los primeros números de *Unidad* se insiste en lo que parece

ser el meollo ideológico de la escisión. La «fracción evolucionista del Partido» (nombre que emplean al principio para designar al PCE) califica la fase actual de la revolución como «lucha por las necesidades políticas», mientras los redactores de *Unidad* creen que la etapa actual se caracteriza por la «lucha por el poder político del movimiento antifeudal y antimonopolista»⁶⁸. Al tiempo que se explicitan las diferencias con el PCE, se reflexiona políticamente sobre su propia identidad: «Sin haberse producido la Gran Revolución Cultural Proletaria China y la franca colaboración yanqui-soviética hubiese sido imposible la formación de los nuevos PC [...], pero sin que maduraran las condiciones internas de cada país hubiese sido igualmente imposible».⁶⁹

Viene después la explicación real: «Efectivamente en Cataluña se produjo la escisión de varias organizaciones obreras y estudiantiles que se negaron a aceptar las nuevas tesis claudicantes y colaboracionistas de la Declaración de abril de 1967 firmada por el «Comité ejecutivo», estas organizaciones han sido el núcleo inicial que dio origen a nuestro partido.»⁷⁰

Como la mayoría de los grupos escindidos, el PCI se considera el genuino descendiente del auténtico PCE, por lo que su prensa adopta los nombres históricos. En agosto 1967 publican un *Mundo Obrero* que anuncia: «Declaración política del Partido Comunista de España». Pero su confección, extremadamente artesanal y plagada de errores tipográficos, denuncia que su procedencia no es la auténtica, técnicamente impecable y generalmente impresa en offset. El contenido ya no deja lugar a dudas. Después de analizar «el actual estadio de la lucha de clases» en el mundo, dedica sus últimas páginas a un análisis de la situación española, donde se hace referencia a la escisión que se acaba de consumir, con estas palabras: «Los puestos de responsabilidad que han venido ocupando estos revisionistas les ha permitido maniobrar a espaldas de la organización del Partido hasta conseguir arrastrar a sus posiciones liquidacionistas a la mayoría de miembros de la Dirección del Partido, Dirección que dejó de serlo al aprobar los planteamientos políticos contenidos en el libro *Nuevos enjuques a problemas de hoy*. Sin embargo, varias organizaciones del PSU de Cataluña y algunos comunistas de vanguardia en varios puntos de España hemos escogido la responsabilidad de reorganizar al Partido

68. *Unidad*, junio de 1967.

69. *Mundo Obrero*, diciembre de 1968.

70. *Ibid.*

de acuerdo con su política, la única posible, la única consecuentemente revolucionaria.»⁷¹

Hay que esperar a febrero de 1968 para que *Mundo Obrero* reconozca el fracaso de su tentativa de «reorganizar al partido», al preguntarse: «¿Por qué se ha producido una neutralización y una liquidación de gran parte de los elementos revolucionarios [del partido]?».

El PCI abandona la tarea de convertir a sus posiciones a los «revisionistas» del PCE y de CO, y asume sus «responsabilidades». Estas consisten en abandonar, no sin amargura, el título de PCE a los «carrillistas», y las CO a los «revisionistas» del PCE y del FOC. El PCI decide marchar solo por la senda revolucionaria.

Evolución política

La senda revolucionaria resulta ser una senda de zigzagueante línea política, tortuosa en métodos y prolífica en burocracias. En una primera etapa, hasta diciembre 1967, lo fundamental es la consolidación de los dirigentes fundadores y la extensión del movimiento fraccional, dentro del PCE. Cuando la escisión ve sus intentos coartados y queda reducida y localizada, se abre la prospección al exterior. Con los nuevos elementos incorporados será más fácil luchar contra «los métodos heredados del revisionismo», e instaurar la «bolchevización del partido». Para conseguirlo, la organización «ha debido pasar por una intensa lucha interna, reflejo en el partido de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado».⁷² Pero la bolchevización parece ser insuficiente y se hace imprescindible «la depuración política de los elementos que trataban de atrincherarse en nuestra organización para atacar abiertamente la política del Partido y los principios del marxismo-leninismo».⁷³

Se impone pues la «revolución cultural», para eliminar los últimos obstáculos que se oponen a una mayor inserción de nuestra política y nuestra organización en el seno de la clase obrera.⁷⁴ ¿Cuáles son esos obstáculos? «Las costumbres y hábitos pequeño burgueses de gran arraigo especialmente en los camaradas de origen no proletario»⁷⁵. Surge así una nueva etapa: la proletarianización «dentro de la revolución cultural, en el marco de la bolchevización»⁷⁶, para lo cual hay que «fortalecer la disci-

71. *Unidad*, agosto de 1967.

72. *Mundo Obrero*, diciembre de 1968.

73. *Ibid.*

74. *Ibid.*

75. *Ibid.*

76. *Ibid.*

plina proletaria más férrea». Esto significa, en la práctica, la sectarización del grupo hasta extremos increíbles. Se prohíbe a los militantes la lectura de la propaganda de los demás grupos políticos. Se crean «tribunales populares» para juzgar las «desviaciones» de los militantes. Miembros armados del grupo, especialmente designados, son los encargados de velar por la ejecución de las sentencias. Se secuestra y se tortura a los dirigentes de las tendencias fraccionales poco favorables a las directivas del comité central, se amenaza de muerte a líderes obreros de otras organizaciones, se apalea a algún profesor de universidad, y en un oscuro asunto sobre el que hay versiones diversas, se ajusticia a un militante de la organización, «sospechoso» de mantener relaciones con la policía.⁷⁷

Publicamos en el anexo n° 2 (p. 221), extractos del documento «La lucha de clases y el partido», publicado en enero de 1972 por el Comité central (línea proletaria) del Partido Comunista de España (internacional). Este documento es un auténtico muestrario de los métodos usados por las camarillas burocráticas (que los autores llaman pintorescamente «tenderadas»). Parece extraído de un relato de ciencia-ficción y sobrepasa todo lo imaginable, pues llega hasta el asesinato de los compañeros que más estorban. Lo peor, una vez más, es que quienes realizan esta implacable descripción de las actuaciones de las cuatro y medio, se aprestan a convertirse en la quinta «tenderada», para lograr «un ligamen efectivo de nuestro partido con su clase» etc.

Por haber tenido conocimiento de este texto sólo poco antes de la impresión del presente libro, no hemos podido analizarlo debidamente. Pero el lector comprobará que es una ratificación dramática de todo lo que vamos denunciando a lo largo de estas páginas. Y una magnífica síntesis de la historia del PCI.

Consecuentemente, la actividad exterior se endurece también. Se organizan manifestaciones fantasmas de una violencia hasta entonces inusitada, se atracan Bancos, se asalta el rectorado de la Universidad en enero de 1969, lo que provoca la declaración de «Estado de excepción» y la detención de numerosos obreros. En la manifestación del 6 de febrero de 1970, organizada por el PCI en el Paseo Maragall, un cóctel mólotov arrojado dentro de un 091 causa quemaduras graves a varios policías de la dotación.

Estas acciones espectaculares eran causa y consecuencia

77. Por esta razón, la fracción del PCI llamada «línea proletaria» se refiere al núcleo mayoritario con el epíteto de «los asesinos» o «la camarilla asesina».

de una pérdida de influencia en las organizaciones de masa en las que el PCI había logrado meter pie. Su actuación en los barrios, donde habían logrado cierta notoriedad, se acabó con el desastre de Magoria, en Hospitalet. Su influencia en la Universidad desapareció tras la caída de los asaltantes al rectorado. En el movimiento obrero, su organización de masas, las COR, no llegaron a arraigar, y pusieron en crisis las pocas comisiones de fábrica en las que estaban representados (Seat, Roca). En 1970 se asiste al triste espectáculo de varios militantes PCI haciendo de esquiroles en la importante huelga de la Harry Walker.⁷⁸

Pero por aquel entonces el tono era triunfalista. «Hoy, al cabo de tres años nos encontramos en una situación política dentro del país que empieza a estar condicionada por la labor política y la presencia organizativa de nuestro Partido.»⁷⁹ No importa que el *Libro Rojo* de 86 páginas publicado por la Comisión central en marzo de 1969 fuera invalidado seis meses más tarde por una «Declaración programática» de un nuevo Comité central que, por lo visto, pasa a ser el máximo organismo directivo: «El Comité central reconoce ante el Partido, su clase y las masas las desviaciones trotsquistas contenidas en el *Libro rojo* y que fueron la expresión de la lucha de clases entre las dos líneas de nuestro Partido [...] y decide la anulación de dicho *Libro rojo*, salvo las tres tesis fundamentales del Partido que figuran en él: el carácter de la revolución, problema de las nacionalidades, la insurrección armada.»⁸⁰

Además de la aparición de una nueva clase desconocida para Marx, la del partido, se introduce un elemento nuevo en el PCI, pero muy viejo en la historia del estalinismo: «las desviaciones trotsquistas», que de ahora en adelante ya no abandonarán más al grupo. El *Mundo Obrero Rojo* de agosto 1971, por ejemplo, es un auténtico catálogo de todas las desviaciones por las que ha pasado el grupo, «desde el derecho kautskista de la preconferencia» hasta la «bolchevización, la revolución cultural, la proletarización» y todas las demás «viejas tesis trotsquistas».

Tardíamente, como siempre, llega la autocrítica: «Son ridículos todos los intentos de mistificación de estos problemas. La teoría de la proletarización sólo podía surgir de un núcleo dirigente que tenía que proletarizarse, que era ajeno y extraño

78. *Harry Walker, op. cit.*

79. *Mundo Obrero Rojo*, julio de 1970.

80. *Declaración programática del Comité central del Partido Comunista de España (Internacional)*, diciembre de 1969.

al proletariado. La teoría de la revolución cultural dentro del Partido [...] era el complemento para que este núcleo dirigente pudiera hablar y firmar en nombre del proletariado y sus intereses.»⁸¹.

A mediados de 1972, aparece la «Declaración del Comité central (línea proletaria) del PCE (i)». Esta escisión del PCT se caracterizará en la Universidad y en los ambientes obreros por su insistencia en la necesidad de crear un sindicato estructurado en asambleas y con delegados elegidos en ellas. La fracción no parece prosperar, pero prepara el camino a profundos cambios en la ya atormentada historia del PCI. En abril de 1973, aparece *Mundo Obrero Rojo* con otro formato y nueva numeración. Ha ocurrido que el partido, por primera vez en su historia, ha celebrado un congreso y elegido un comité central. El «Congreso de Constitución» parece poner fin a una etapa y tiene intención de recomenzar con una piel nueva.

«Rechazamos como extraña al m-1, la concepción dogmática y libresca difundida hasta ahora por nuestro Partido, de que la Revolución proletaria necesariamente de un golpe [...] instaure la dictadura del proletariado.»⁸² Y más claramente aún: «Por todo ello, en el momento presente, la revolución en España debe dirigir su filo principal contra el fascismo y el imperialismo americano.»⁸³ La consigna ya no es «revolución socialista», sino «Por un gobierno provisional de carácter democrático y popular.»⁸⁴

La táctica no ha variado. Si ahora dicen: «Con estas características, no es aventurado que la Huelga General Política sea el punto de arranque del proceso revolucionario y en cualquier caso su preparación es la tarea acorde con la situación actual»⁸⁵, antes decían: «Para avanzar hoy hacia la HGP y la HNP es necesario para las organizaciones de masa definir con mayor claridad sus objetivos revolucionarios.»⁸⁶

Antes CO eran asimiladas al sindicato de clase; ahora «CO pueden ser este Frente Único del proletariado.»⁸⁷

Veamos cómo justifican este cambio: «Nuestra línea política anterior, las viejas ideas, eran el producto de una visión idealista y esquemática de la realidad, que nos llevaba a confundir ésta con nuestros deseos. Era el producto de lo que

81. *Mundo Obrero Rojo*, agosto de 1971.

82. *Hacia el socialismo. Congreso de Constitución*, p. 21.

83. *Ibid.*, p. 23

84. *Ibid.*, p. 23,

85. *Ibid.*, p. 54.

86. *Unidad*, junio de 1967.

87. *Hacia el socialismo*, p. 63.

Lenin definió como «la enfermedad infantil del comunismo», enfermedad peligrosa [...] que nos colocaba en las posiciones del trotskismo, la forma de la ideología burguesa, junto con el revisionismo, más odiada por los marxistas-leninistas.⁸⁸

Así se planteó la lucha entre el «Bien» y el «Mal»: «Romper las viejas ideas imperantes en nuestra organización, no era posible sin que surgiera la lucha entre las concepciones justas y las erróneas, sin que salieran a la luz y se descubrieran 'os elementos insanos que anidaban entre nosotros.»⁸⁹

Poco permanece invariable, salvo las inevitables referencias «críticas» al trotskismo: «... elementos degenerados trotsquistas [...] que han formado algunas organizaciones que pretenden infiltrar con nuevos términos ultrarrevolucionarios las viejas y contrarrevolucionarias ideas burguesas y en esencia profascistas del trotskismo internacional...»⁹⁰ En cambio, las críticas al revisionismo se dulcifican: «España no se ha escapado de la epidemia revisionista y la dirección del PCE cayó en el cenagal del revisionismo moderno.»⁹¹ Entre el trotskismo y el revisionismo queda el PCI, en espera de que sea «el momento»; «¿Quiere decir esto que exigimos en este momento a los millones de obreros que se pronuncien de acuerdo con este programa [el de Frente Popular], como condición indispensable para incorporarse a CO? No. No lo exigimos como condición indispensable en este momento.»⁹²

El PCI y las Comisiones obreras

El drama del PCI, como el de la LCR y el de todos los grupos visceralmente antiPCE, se llama CO, hasta el punto de que la historia de estos grupos es la historia de la actitud que adoptan respecto a dicha organización.

El PCI ha adoptado todas las posiciones posibles. En un principio, las críticas a CO apuntan sólo al carácter legalista de sus actuaciones («oposición sindical en el seno de la CNS») y a la ausencia de una dirección política organizativa.

«Nuestra lucha es precisamente la lucha por la democracia y la autonomía de Comisiones obreras, la lucha por que Comisiones obreras sean los órganos de representación y dirección de toda la clase trabajadora.»⁹³ Pero el partido tiene un papel fundamental que cumplir en esta autonomía, ya que «la tarea del

88. *Mundo Obrero Rojo*, año I, n° 1 de abril de 1973.

89. *Ibid.*

90. *Hacia el socialismo*, p. 19.

91. *Ibid.*, p. 18.

92. *Mundo Obrero Rojo*, año I, n° 3, 1 de junio de 1973.

93. *Unidad*, agosto de 1967.

Partido es construir, organizar y desarrollar las organizaciones de masa, de acuerdo con sus objetivos revolucionarios.»⁹⁴

El PCI no ve contradicción alguna entre ambas afirmaciones, pues «la única forma política mediante la cual las masas lograrán su autonomía» consiste en que «los comunistas ejerzamos la dirección política a partir de la lucha por los objetivos de esas organizaciones.»⁹⁵

Estos razonamientos no se desarrollan en los números siguientes de *Unidad*, porque la rápida evolución de la realidad hizo inútiles los esfuerzos teóricos en ese sentido. Los militantes del PCE no soportaban en las instancias de CO a sus antiguos camaradas, y buscaban su expulsión por todos los medios, sin conseguirlo a causa del apoyo que les prestaba el FOC. Finalmente, el PCI llevado por su propio radicalismo y emborrachado por la euforia inicial que produce toda escisión aparentemente triunfante, se creyó con fuerzas para construir sus propias CO, a las que apodaron «revolucionarias», para diferenciarlas de las «revisiónistas», a las que aquéllas debían desbordar por la izquierda. Para apoyar su intento, varían el «análisis»: «Las CO nacieron muertas.»⁹⁶, o bien, «La capacidad movilizadora de los órganos burocráticos de CO en Barcelona, Madrid y otras capitales se ha visto reducida a cero.»⁹⁷

Es suficiente para justificar la creación de unas Comisiones obreras de «nuevo tipo», como se anuncian en el *Mundo Obrero* de mayo de 1968. En diciembre del mismo año, estas CO ya tienen nombre y un objetivo bien definido: «La organización de clase del proletariado, las nuevas Comisiones Obreras Revolucionarias, irán forjándose en el desarrollo de la lucha de clases como armazón del ejército popular»⁹⁸. Sin embargo, la ficción no pudo mantenerse mucho tiempo, y en un documento interno sin fecha (correspondiente a mediados de 1970), un sector del partido hace su autocrítica: «Nuestro P carente de unas posiciones de principio leninistas se inventó la creación de las COR con argumentos infantiles e izquierdistas de «antirrevisiónistas»; las COR fracasaron porque sólo existían en la mente de algunas personas, y como consecuencia el P se alejaba de las masas sin partido y renunciaba a llevar su influencia en el seno de la clase obrera. La medida de acabar con las COR fue incompleta y evidenciaba que aún no se partía de

94. *Unidad*, junio de 1967.

95. *Ibid.*

96. *Mundo Obrero*, diciembre de 1968.

97. *Mundo Obrero*, 1ª quincena de mayo de 1968.

98. *Mundo Obrero*, diciembre de 1968.

principios rnarxistas-leninistas, pues en aquel año [mediados de 1963] estaban en auge las CO y al no adoptar una medida clara, sino inhibirse del trabajo de masas, aún hablando muy rimbombantemente del «ligazón de las masas», de «trabajo abierto de masas», lo evidenciaban.»⁹⁹

En efecto, las COR fueron «oscuramente» disueltas y el PCI atravesó un periodo de aislamiento y descomposición aún más evidentes. En diciembre de 1969, el Comité central publica una «Declaración programática» de 20 apretados folios en Jos que no se cita ni una sola vez a las COR ni a las CO. Esta será la tónica durante mucho tiempo. En enero de 1970, sin abogar por CO directamente, lo hacen por unos misteriosos comités clandestinos: «Un comité clandestino de obreros estudia las condiciones de su fábrica, realiza una agitación [...] Pues bien, para los dirigentes revisionistas esa comisión o comité no es representativa porque no ha sido elegida democráticamente...»¹⁰⁰

Pero la cosa no pasa de ahí. Por vía de compensación, el PCI se lanza a la organización de acciones espectaculares y semiterroristas, como la del 6 de febrero de 1970, ya referida. Con esta táctica se quiere demostrar a todo trance que el PCI sigue siendo «la única organización de clase estructurada en el país».¹⁰¹ En realidad, sólo consiguieron atraerse la represión, para la que no estaban preparados. El análisis vuelve a modificarse, y hacia mediados de 1972 el PCI se ha convertido en el más ardiente defensor de las CO: «Hace falta condenar todos los intentos de los grupillos, de disgregar las CO y desenmascarar que sus argumentos «super-rrevolucionarios» [...] no esconden otra cosa que el miedo que les produce el tener que combatir entre amplios sectores del proletariado, la política reformista...»¹⁰² Lástima que hayan tardado 5 años en comprenderlo.

Después del Congreso de Constitución, como hemos dicho, las CO se convierten en el futuro Frente Único del proletariado. Siguiendo esta línea de ruptura con el pasado, afirman: «Las CO surgidas en el calor de la lucha de la clase obrera contra Ja explotación y la opresión fascista, presentan unas condiciones inmejorables para conseguir la unidad organizativa y de lucha de la clase obrera contra el fascismo.»¹⁰³ Y el homenaje

99. *Las organizaciones de masas y el trabajo del P en las CCOO y otras organizaciones de masas*. Documento interno sin fecha.

100. *Mundo Obrero Rojo*, enero de 1970.

101. *Mundo Obrero*, primera quincena de mayo de 1968.

102. *Mundo Obrero Rojo*, agosto de 1972.

103. *Mundo Obrero Rojo*, año I, nº 1, 10 de abril de 1973.

final: «Hablar en España del movimiento obrero, es referirse principal y fundamentalmente a CO.»¹⁰⁴

Como en el caso de la LCR, el triunfo de las CO sobre los grupos que han querido destruirlas ha sido total. Más difícil les resultará liberarse de los grupos que, más inteligentemente, intentan integrarlas en su estrategia, sin oponerse aparentemente a ellas, pero desnaturalizando desde dentro su contenido original. El PCI y la LCR, que adoptaron demasiado tarde esta política, encuentran el terreno ocupado. Su papel tiene que limitarse al de los «puristas» en la estéril oposición de las coordinadoras políticamente controladas, o bien tomar iniciativas abocadas al fracaso, como las actuales «Asambleas populares o democráticas» que el PCI intenta organizar sin mucho éxito en algunos barrios; o las «Asambleas para crear el sindicato» del PCI («línea proletaria»).

La forma

Sólo encontramos una constante, a través de tantos bandazos ideológicos: la confianza en la misión histórica que les está encomendada, la seguridad que en todo momento y circunstancia, cualquiera que sea la dirección política, tiene el PCI de ser el partido de la clase obrera. Esta fe imperturbable en su destino es la auténtica línea continuadora de una política contradictoria hasta el delirio.

«El papel revolucionario de nuestro Partido, el Partido dirigente de la clase obrera, es una condición necesaria para el avance político organizativo del movimiento popular.»¹⁰⁵ «Se ha caracterizado la actual situación de la lucha de clases, por el hecho de ser nuestro partido la única organización de clase del proletariado.»¹⁰⁶

«¿Qué ha habido en cambio este 1º de mayo a falta de las «pacíficas» y «silenciosas» masas con que soñaba la política colaboracionista del carrillismo? [...] Pues ha habido nuestro Partido, ha habido el trabajo político y organizativo de nuestro Partido.»¹⁰⁷

«Para defender los intereses del proletariado, sólo se pueden defender organizándose en torno a los principios marxistas-leninistas y en torno al partido de nuevo tipo de la clase obrera —el PCE (i).»¹⁰⁸

104. *Hacia el socialismo*, p. 56.

105. *Mundo Obrero*, agosto de 1967.

106. *Mundo Obrero*, 2ª quincena de marzo de 1968.

107. *Mundo Obrero*, 1ª quincena de mayo de 1968.

108. *Aurora Roja*, diciembre de 1969.

El tema de la «nueva organización» y el de «los nuevos tiempos» dominaba el año 1969: «Hoy nuestra organización ha entrado en una fase enteramente nueva.»¹⁰⁹ «Nos encontramos en el umbral de una nueva etapa revolucionaria.»¹¹⁰ «Hoy nos encontramos en el umbral de una nueva época histórica.»¹¹¹ «Hoy nos encontramos en el umbral de una nueva situación revolucionaria.»¹¹²

Estos tiempos nuevos favorecen, evidentemente, al partido de nuevo tipo: «Nuestro Partido se está situando en condiciones de afrontar la tarea de canalizar por la vía revolucionaria toda la rebeldía y la conciencia política que la clase obrera posee en su seno.»¹¹³ «En esta doble función [teoría y práctica del marxismo-leninismo pensamiento maosétung] y en el ligamen con las masas radica la fuerza de nuestro Partido y la garantía de que en la próxima situación revolucionaria que inexorablemente se acerca a España, el proletariado encontrará en su Partido la vanguardia aguerrida y disciplinada que le conducirá a la victoria.»¹¹⁴ «Hoy las masas, ayudadas por su experiencia, esclarecidas y dirigidas por nuestro Partido...»¹¹⁵ «Es aquí donde radica el elemento fundamental de nuestro avance y por lo tanto del avance revolucionario del proletariado en España y que nos sitúa a pesar de nuestras debilidades aún, y de nuestro estado embrionario en algunos sitios, a la cabeza del proletariado de la Europa occidental.»¹¹⁶

No hay barreras cuando se trata de mantener la moral de los militantes de base. El *Mundo Obrero Rojo* de febrero-marzo de 1970 bate todas las marcas. En su página 15 aconseja: «¡Hagamos de este 1º de Mayo una jornada de agitación y lucha por las consignas políticas del proletariado y sus reivindicaciones más inmediatas!». Y entre las consignas destaca la siguiente: «¡¡VIVA EL PROLETARIADO Y EL PUEBLO DE ALBANIA, SU PARTIDO DEL TRABAJO Y EL CAMARADA ENVER HOXHA!!»

Y se sigue insistiendo: «Nuestro Partido ha elaborado la línea programática del proletariado en España.»¹¹⁷

En los años 1971, 1972, las expresiones groseramente triunfalistas y de autobombo han sido casi completamente suprimi-

109. *Mundo Obrero*, febrero de 1969.

110. *Ibid.*

111. *Mundo Obrero*, octubre de 1969.

112. *Mundo Obrero Rojo*, noviembre-diciembre de 1969.

113. *Aurora Roja*, noviembre de 1969.

114. *Mundo Obrero Rojo*, noviembre-diciembre de 1969.

115. *Mundo Obrero Rojo*, enero de 1970.

116. *Mundo Obrero Rojo*, febrero-marzo de 1970.

117. *Mundo Obrero Rojo*, septiembre-octubre de 1970.

das. Ha cambiado la dirección y el nuevo Comité central se ha hecho responsable de la extirpación de los vicios pequeño burgueses. Pero el espíritu sigue siendo el mismo, a juzgar por la forma de anunciar las manifestaciones del 1º de mayo: «Las manifestaciones organizadas por nuestro partido el 1º de mayo.»¹¹⁸ Y a continuación se informa: En Barcelona «[...] se inició una manifestación encabezada por la bandera del Partido...» En Madrid «[...] unas mil personas saltaron al centro de la calle, y marcharon tras la bandera del Partido.» En Pamplona «[...] se cortó la circulación durante unos minutos repartiendo cantidad de propaganda a todo el que por allí pasaba y se quedaba a contemplar con gran entusiasmo la bandera y todos los manifestantes, que en ningún momento dejaban de gritar las consignas del Partido.»¹¹⁹

Pero el año 1973 es el año de la autocrítica pública. El PCI ya no se declara «Partido del proletariado», sino un «pequeño Partido»¹²⁰ que busca la unidad con los demás revolucionarios, que busca su propia «unidad ideológica» y que espera participar en la construcción del «potente Partido Comunista de la clase obrera española.»¹²¹ El 1º de mayo de 1973 los manifestantes ya no avanzan tras «la bandera de nuestro Partido», sino tras «la bandera roja con la hoz y el martillo.»¹²²

En un alarde de humildad política poco común llegan a escribir: «Reconocemos abiertamente el hecho probado de que existen fuera de nuestro Partido militantes y organizaciones marxistas-leninistas, verdaderos comunistas.»¹²³

El PCI ya no sueña con la «inminente revolución armada», sino con «un único Partido marxista-leninista de España, reconocido por el proletariado y las masas populares.» El PCI sigue soñando. En realidad, nada ha cambiado.

BR O LAS CARETAS DEL OPORTUNISMO

El primer boletín *Bandera Roja* apareció en noviembre de 1968. Un año más tarde salió *Estrella Roja*, que se especializó en la información general, mientras el anterior expresaba la línea política. *Acción*, *Prensa Obrera* y *Avance*, que surgieron más tarde, son los órganos de la CO de «sectores» de Barcelona, Bajo Llobregat y el Valles respectivamente. *Lucha Popular*

118. *Mundo Obrero Rojo*, mayo de 1972.

119. *Ibid.*

120. *Mundo Obrero Rojo*, año I, nº 1.

121. *Ibid.*

122. *Mundo Obrero rojo*, año I, nº 3.

123. *Mundo Obrero Rojo*, año I, nº 1.

es el órgano del frente de barrios; *Tribuna Roja* el de la Universidad; *Escuela Roja* el de la enseñanza; *Asambleas* el de los bachilleres. Irregularmente publican *Cuadernos Comunistas*, monografías sobre temas históricos e ideológicos. En diciembre de 1973 aparece una nueva revista teórica: *Política comunista*, pasando *Bandera Roja* a convertirse en «órgano político de masas central.»

Irrumpe el grupo BR en la vida política con la aparición de su primer periódico, que se convirtió en la expresión teórica de un pequeño grupo de universitarios que tomaron el nombre de Unión de Estudiantes Revolucionarios (UER).

Lo primero que sorprende leyendo *Bandera Roja* n° 1, es que el nuevo grupo no habla en absoluto de sus orígenes, ni hace una profesión de fe marxista-leninista. Tenemos que recurrir al PC (internacionalista) para conocer la razón de estos silencios: «¿De dónde surge este grupo [BR]? Resulta que el grupo BR surge nada menos que de una escisión de nuestro partido [...]. Los hombres que encabezaban esta escisión, verbalmente luchaban contra los errores organizativos y métodos de trabajo de un grupo (el nuestro) [...] Estas concepciones les llevaban a negar la necesidad de un partido de tipo leninista con una organización centralizada y disciplinada [...] Empezó por mostrarnos su radicalismo en la Universidad, en el seno de las UER. Ahora que sus concepciones han quedado allí desprestigiadas, intentan penetrar en la clase obrera, buscando en los sectores «independientes» del viejo aparato de Comisiones Obreras.»¹²⁴

Para la comprensión de este texto hay que recordar que el PC (internacionalista) es una escisión del PCI, que para arrogarse la «legitimidad» acusaba a éste de ser el escisionista. Es decir, BR fue expulsado del PCI, quien a su vez lo fue del PCE, donde los fundadores BR militaron largos años.

El origen social exclusivamente universitario se confirma al analizar el *Bandera Roja* n° 1. No existe ningún artículo sobre CO. En cambio, se habla de las comisiones de barrio, lugar de trabajo típico del estudiante politizado. Si BR no se erige en el portavoz autorizado del marxismo-leninismo ortodoxo es porque el terreno estaba ya ocupado por el PCI y el FOC, como opciones posibles frente al reformismo del PCE. En adelante, todo el esfuerzo de BR irá encaminado a formarse una personalidad propia, aprovechando los errores de la competencia, para abrirse paso en el tupido terreno del leninismo.

BR se considerará desde el primer momento en el «justo me-

124. *Mundo Obrero* (diciembre de 1969), del PC (internacionalista).

dio): «Reformistas los «democráticos», aventuristas los ultras de la dictadura del proletariado [PCE i)]...»¹²⁵, el verdadero comunismo consiste en evitar los excesos. El centro será su vocación. Siempre han sido sospechosos, en la izquierda, los defensores del justo medio. Recurrir a él para definirse políticamente, aunque sea de manera provisional, es, como mínimo, puro idealismo burgués. Algunos análisis posteriores reafirman esta impresión, en especial su análisis sobre el franquismo, del que ya hablaremos.

La evolución

Antes de intentar el análisis de la evolución que ha sufrido el grupo cabe resaltar que BR no es un grupo cualquiera, sino que está dirigido desde el primer momento por una burocracia «eficaz», que ha sabido tomar las medidas adecuadas para salvar hasta ahora su existencia, e introducir los cambios necesarios para la defensa de sus intereses dentro de una aparente continuidad; ha sabido superar las distintas etapas pretendiendo que no son meras etapas de estabilización de la burocracia en el poder, sino que se trata de distintos momentos de la lucha de clases. Por esta razón, se hace difícil el análisis de BR, organización que no ha tenido todavía explosivos congresos con auto-críticas ingenuas o espectaculares cambios de estrategias. Tampoco ha habido escisiones y siempre han sabido ocultar las tensiones que se dan en el seno de la burocracia dirigente, entre la vieja guardia, atea, y los «nuevos», progresistas católicos.

Tres fases distintas pueden establecerse en el proceso de formación del grupo: una primera etapa fundamentalmente organizativa; una segunda política y una tercera de estabilización. Estas etapas no son el resultado de una sistematización abstracta, sino que responden a una lectura de los boletines *Bandera Roja*, relacionados con la práctica del grupo.

La primera etapa organizativa podríamos situarla entre en *Bandera Roja* n° 1 y el n° 8, es decir, entre noviembre de 1968 y octubre de 1970. Su característica principal reside en que las cuestiones organizativas pasan a ocupar el primer plano. Es lógico que así sea. BR está constituida por un pequeño grupo de estudiantes sin base obrera alguna, expulsados del PCI como «escoria pequeño burguesa», imbuidos sin embargo de la importancia de los grupúsculos universitarios, gracias a la experiencia del mayo francés. Rápidamente deciden superar el entusiasmo espontaneísta, para lo cual necesitan organizarse. La tarea promete ser larga: «Y en esta lucha política aparece

125. *Bandera Roja*, n° 1.

la necesidad [...] de un partido disciplinado, de cuadros revolucionarios que dirijan estas organizaciones [el Partido Comunista]. Si parece evidente que estas etapas por las que ha pasado el movimiento obrero en el curso de varias décadas no deben rehacerse constantemente al mismo ritmo, puesto que la historia pasada debe ser también nuestra experiencia, también es verdad que estas etapas no se pueden saltar alegremente, y sin una base sindical de masas difícilmente se desarrollará un movimiento obrero y popular que se plantee objetivos políticos y revolucionarios, y sin éste, la organización comunista será una secta aislada.»¹²⁶

El desarrollo del movimiento de masas parece ser, consecuentemente, el principal objetivo de los militantes agrupados bajo el nombre de *Bandera Roja*: «Si la liberación de los trabajadores será obra de los mismos trabajadores, si la organización comunista se desarrolla en el curso de la lucha de clases y en la dirección de ésta, parece evidente que la tarea no es construir una organización comunista encargada de liberar a los trabajadores en el momento oportuno, ni crearla para que una vez hecha se vaya a dirigir el movimiento de masas. [...] En estos momentos esto significa que sin un amplio movimiento de Comisiones, las plataformas de militantes revolucionarios no podrán evitar el ser grupos de agitadores desarraigados, y sin el progreso de las plataformas, esqueleto y vanguardia de Comisiones, la organización comunista será un puñado de doctrinarios sin eficacia política alguna.»¹²⁷ Ciertamente profético...

Más rotundamente aún, BR reafirma su negativa a constituirse en partido político: «¿Qué es BR? No es un partido ni quiere serlo...»¹²⁸, pues como ya habían dicho desde el principio: «Los grupos de comunistas de BR no pretenden crear una organización ni desarrollarse como tales. Sus militantes se dan la organización mínima para promover su trabajo de masas y no buscan desarrollar esta organización sino las plataformas de trabajo de masas.»¹²⁹

Esta ambigüedad inicial es lo que permite a BR infiltrarse en el movimiento obrero autónomo que se iniciaba entonces con fuerza. Ayudando al grupo *¿Qué hacer?*, los BR conectaron a sus primeros obreros. Este aislamiento inicial se refleja también en los métodos propuestos: «Los núcleos y las plataformas deben ir a buscar las masas allí donde se encuentran, deben

126. *Bandera Roja*, n° 5.

127. *Bandera Roja*, n° 1.

128. *Bandera Roja*, n° 5.

129. *Bandera Roja*, n° 1.

reunirías primero...»¹³⁰ Sin elaborar un análisis de clase proponen sin demasiada convicción una alternativa al franquismo: la democracia, entendida como «el poder popular —movilizado y organizado— que expropia a los capitalistas y logra la gestión de la sociedad por los trabajadores.»¹³¹ No se insiste en esta alternativa, poco diferenciadora sin duda, y en cambio surge, de pronto, una estrategia bien conocida: «La revolución popular y democrática es también el objetivo que corresponde a los intereses antioligárquicos de las clases populares, intereses que ningún sector de la clase dominante defenderá.»¹³² La posible alternativa socialista se ha convertido en la estrategia del Frente Popular, que tampoco durará, pues pronto va a convertirse en la lucha por la República burguesa.

Este rápido acercamiento al reformismo corre parejo con su retorno al leninismo ortodoxo. Como ya hemos señalado, los «islas» acusaban a BR de ser una organización menchevique, por haberse separado del marxismo-leninismo: «De modo que según BR, la práctica de masas y la conciencia que de allí se deriva produce el desarrollo político del movimiento revolucionario. Para Lenin, en cambio, el desarrollo espontáneo de la práctica de masas marcha hacia su subordinación a la ideología burguesa y la conciencia que de ella se deriva espontáneamente es sólo sindicalismo.»¹³³

Es cierto que BR nunca se había distinguido por su fidelidad al marxismo-leninismo, pero que BR presente errores teóricos, desde el punto de vista marxista-leninista no significa que la organización no sea una típica organización leninista. Analizando la relación entre la Organización y la clase, es decir, estudiando el concepto de autonomía en la teoría y en la práctica, resulta evidente que ya desde su formación BR es un grupo leninista.

«La organización sindical debe ser autónoma respecto a los grupos políticos, no sólo para poder ser unitaria, sino para poder ser realmente la organización surgida de la acción y de la reflexión de la base [...] Con todo téngase en cuenta que autonomía no significa independencia de los grupos políticos [...] y por tanto será evidentemente necesaria una dirección política que «no significará control organizativo del movimiento sindical sino claridad de ideas...»¹³⁴

130. *Ibid.*

131. *Bandera Roja*, n° 3.

132. *Bandera Roja*, n° 7.

133. *Mundo Obrero*, año III, n° 5, órgano del Partido Comunista de España (internacionalista), o PCI («ista»).

134. *Bandera Roja*, n° 6.

BR no inventa nada. Se limita a aplicar el leninismo, embrollando los términos (autonomía que no es independencia y upa dirección que sólo se aplica para clarificar ideas).

La segunda fase en la evolución de BR se extiende desde la aparición del n° 8 hasta el n° 14, o sea desde octubre de 1970 hasta mayo de 1972, y se caracteriza por ser la etapa de configuración de la línea política, dedicada preferentemente a la elaboración de la estrategia: «A partir de ahora BR dará especial importancia a las cuestiones de línea política de los comunistas y no solamente como hasta ahora a las cuestiones ideológicas y a la construcción de las organizaciones de masas.»¹³⁵ «Nuestra tarea principal: la construcción de la organización comunista.»¹³⁶ Esto se escribe en octubre de 1970 y en diciembre del mismo año *Estrella Roja* aparece ya con el subtítulo: «Portavoz de la Organización Comunista de Barcelona (BR)».

¿Qué se han hecho de aquellas «etapas que no se podían saltar alegremente», tan sólo un año antes? ¿Es que ya existe la base sindical de masas sin la cual «la organización comunista será una secta aislada»?

Veamos cómo se justifica un cambio político de esta importancia, llevado a término sin expulsiones ni congresos, lo que marca el índice de la vida política del grupo.

«Por otra parte las organizaciones de masas requieren una dirección política y los militantes comunistas deben organizarse para procurar dársela. De esta organización nacerán las bases —línea política y militante— que posibilitarán la construcción del Partido.»¹³⁷

Es decir, la necesidad de una dirección política es la principal justificación (de hecho será 'la única aportada) para explicar este sorprendente cambio político-organizativo que denunciaban poco antes: «No pretendemos ni mucho menos que el problema del Partido, de la dirección revolucionaria del movimiento obrero y popular, sea secundario. Sólo constatamos que desgraciadamente no es inmediato [...] Si pretendieran [los militantes] organizarse entre ellos no solamente crearían una organización que estaría al margen de las masas...»¹³⁸

La dirección política (o revolucionaria) pasa en pocos meses a ser el objetivo principal cuando antes no era «inmediato». ¿Qué ha sucedido en tan poco tiempo? ¿Han cambiado realmente las

135. *Bandera Roja*, n° 8.

136. *Ibid.*

137. *Ibid.*

138. *Bandera, Roja*, n° 1.

condiciones objetivas de la lucha de clases en nuestro país?

Bien al contrario, en este lapso de tiempo se habían dado las importantes luchas de La Maquinista, Macosa y Harry Walker, que habían puesto de manifiesto la debilidad y desorganización de las CO, incapaces de acudir en ayuda de los huelguistas y menos aún de coordinar y extender las huelgas. Las condiciones no han variado en un año. Lo que ocurre es que el FOC ha desaparecido, dejando un vacío en el centro, entre el PCE y el PCI. La burocracia BR comprende que es su gran ocasión y acelera de repente las «condiciones objetivas» que antes parecían tan lejanas. El partido ya es necesario. BR está a punto.

Para ocupar antes de que sea tarde el hueco dejado por el FOC, BR tiene que llevar a término dos cuestiones que tenía muy retrasadas: reorganizarse sobre nuevas bases y, sobre todo, crearse una línea política propia.

No es necesario subrayar que BR se mantenía en una situación organizativa no muy ortodoxa y que no disponía de línea política definida, porque esta ambigüedad era lo que mejor servía a sus intereses del momento. Pero ahora, esos mismos intereses obligan a adecuar su estructura interna a las exigencias propias de una dirección política exterior a la clase «con la creación de células comunistas por frente de lucha de masa homogéneo.»¹³⁹; el desarrollo de las células en cada frente permite que «los militantes de cada célula se den una organización centralizada provisional para empezar a tomar a su cargo las tareas de unificación antedichas.»¹⁴⁰ Finalizada esta tarea de «unificación», «se habrán conseguido las condiciones de homogeneidad política necesarias para hacer posible e imprescindible la centralización político-organizativa, la creación de la OC de Barcelona.»¹⁴¹

Esta reorganización de BR posibilita a sus dirigentes un control más efectivo, suficiente para llevar a término la dirección política deseada.

El nº 9 de la revista *Bandera Roja* publica, por vez primera, un análisis de la sociedad española: «Las conclusiones a las que provisionalmente hemos llegado sobre las principales contradicciones sociales en nuestro país [...] [implican] una revolución democrático-popular primero y socialista luego, proceso dirigido por el proletariado.»

Curiosamente, el resultado del análisis, es decir, la fase democrática como paso intermedio necesario, es la misma estrategia

139. *Bandera Roja*, nº 8.

140. *Ibid.*

141. *Ibid.*

que presentaba ya en *Bandera Roja* n° 7, y de modo implícito mucho antes, cuando aún no había efectuado ningún análisis serio del capitalismo español. Por otra feliz coincidencia, el análisis conduce también a la necesidad de luchar por un sindicato de clase, por el que se venía abogando desde los primeros números de la revista. La única novedad de esta segunda fase es la consigna de «Lucha por la República», expuesta como objetivo táctico en el n° 11, y que a partir del n° 13 se convierte en la coletilla imprescindible de todo documento de la organización, independientemente de que en las células no se haya discutido nunca y de que choque la sensibilidad de parte de su base obrera. El punto de arranque y el de apoyo pueden resumirse en esta forma: «La crisis del franquismo es exactamente esto. crisis de la forma franquista del Estado pero no todavía crisis del Estado capitalista, no crisis revolucionaria todavía.»¹⁴³

Así pues, la forma franquista está en crisis, pero el contenido, las relaciones de producción, no están en crisis. La burocracia BR. muy influida por el mecanicismo estructuralista a la moda (que en Althusser, miembro del reformista PCF ha encontrado su principal promotor), olvidan algo elemental en el marxismo: la relación dialéctica entre contenido y forma. En palabras de Marx: «La forma no tiene valor si no es la forma de su contenido.»¹⁴³

Corno colofón lógico de este análisis metafísico, la consigna viene «justificada» en último término por una muestra inaudita de idealismo: «La fase democrática de la revolución no la exige el desarrollo de la sociedad española en su base económica, pero sí el desarrollo político de las relaciones entre las clases, de su antagonismo.»¹⁴⁴

La última publicación de esta segunda etapa está dedicada al PCE. Es decir, está dedicada a diferenciarse del PCE.

(La tercera etapa o fase de estabilización se extiende desde el n° 15 de *Bandera Roja* hasta el n° 18, es decir, desde septiembre de 1972 a enero de 1974. El periodo de tiempo que media entre la segunda y la tercera etapa —de mayo a septiembre de 1972— es un periodo de silencio político en el que no se publica ningún boletín teórico, pues se considera que lo fundamental ya está dicho y que los esfuerzos deben dedicarse ahora a la estabilización y consolidación de la organización. «Los anteriores números de BR han cumplido un papel li-

142. *Bandera Roja*, n° 13.

143. Citado por K. Korsch en *Marxismo y filosofía*, op. cit.

144. *Bandera Roja*, n° 13.

mitado pero indispensable para la definición de nuestra línea política, esto es, recoger los análisis generales de la lucha de clases en España y los elementos de táctica y estrategia desarrollados por la Organización.»¹⁴⁵

La Dirección, tranquilizada ya, con la línea política constituida en útil herramienta ideológica, podrá ocuparse de sus deberes internacionalistas prácticamente olvidados hasta entonces, a la vez que anima a los militantes a acelerar las tareas de prospección: «Poner en primer plano la construcción del Partido no es una tarea relegada a la Dirección, sino que es propia de todos los camaradas, a partir del desarrollo de nuestra política en el seno de las masas, de manera que sean éstas las que vean a la Organización Comunista como su dirección real, y la asuman como tal.»¹⁴⁶

La burocracia BR llega por otros caminos a las inevitables conclusiones dirigistas. Hay que reconocer que lo ha hecho mucho más inteligentemente que el PCI y la LCR, soslayando las tensiones internas, sabiendo ceder cuando la base lo exigía, como en el asunto de la Asamblea de Cataluña; adaptando la estructura organizativa a las necesidades de la Dirección, pero sin teorizar en absoluto sobre el centralismo democrático y sus «ventajas»; silenciando las cuestiones espinosas difíciles de explicar, como el problema de Stalin., a pesar de que BR se afirma maoísta; pasando por alto los temas pertenecientes a la superestructura ideológica, susceptibles de chocar a buen número de militantes, como el religioso, etc.

Este oportunismo tan típico en este grupo queda puesto de manifiesto claramente analizando un hecho concreto muy reciente: la utilización del proceso 1001. BR, como los demás grupos, estuvo insistiendo durante más de un año en la transcendencia del proceso 1001 para el movimiento obrero, recogiendo la consigna lanzada por la LCR de «hacer un nuevo Burgos», es decir, de movilizarse ampliamente en contra de este proceso en el que se pedían fuertes penas de prisión para varios dirigentes obreros. Estas movilizaciones amplias sacan a los grupos de su letargo y son muy útiles para la prospección de activistas. Pero la debilidad del movimiento obrero no puede ser subsanada por el voluntarismo de unos cuantos grupos y el fracaso del llamamiento fue total. Ciertamente que la muerte de Carrero Blanco, el mismo día del juicio, modificó los hechos, pero ni antes de la muerte ni después, cuando se vio que no había represión, se movilizaron los trabajadores para defender a sus di-

145. *Bandera Roja*, n° 15.

146. *Bandera Roja*, n° 16.

rigentes. En los grupos cundió el desánimo. BR, concretamente, desapareció de las coordinadoras unitarias, anunciando una inminente represión.

La valoración que se hace de la Organización en el nº 18 de *Bandera Roja* ocupa poco más de media página. En cambio, los análisis sobre un cambio de gobierno o la exposición de la línea política en sus generalidades ocupa la mayor parte de la revista. Esta incapacidad de teorizar la práctica, es decir, de extraer de ella lecciones útiles es consecuencia de su dificultad en comprender la unidad dialéctica existente entre la práctica y la teoría, que conducen a conclusiones de este tipo: «La movilización obrera y popular para liberar a Camacho ha sido amplia, ha tenido sus limitaciones posibles de superar...»¹⁴², cuyo simplismo se apoya en la coherencia lógica formal que intenta esconder múltiples contradicciones. Por ejemplo, la que existe entre querer dar un carácter de clase a la movilización contra el proceso 1001, y por otra parte hacer una llamada a la burguesía liberal para consolidar «un amplio frente democrático de todo el pueblo.»¹⁴⁸

Ya hemos señalado que BR se presenta a sí mismo como un partido centrista. Siempre que arremete contra una «desviación», tiene buen cuidado en equilibrar la balanza: «Tanto una como otra posición [izquierdismo y reformismo] son incorrectas y contrarias a la experiencia del movimiento obrero y de la teoría marxista-leninista.»¹⁴⁹ Este interés en desmarcarse de todo extremismo place sobremanera a un público pequeño burgués, poco exigente intelectualmente, pero con gran necesidad de motivarse discursivamente. Esta parece ser la mayor preocupación del grupo, aunque en realidad esta motivación es aparente, ya que BR defiende con iguales razones supuestamente científicas posiciones opuestas, en momentos muy próximos. Son sus famosas contradicciones de las que ofrecemos algunos ejemplos.

En mayo de 1972 la crítica a la Asamblea de Cataluña parece definitiva: «El PSUC basa toda su táctica [...] en fomentar iniciativas del tipo de la Asamblea de Cataluña en la que se hacen patentes todas las limitaciones y renunciaciones del «pacto por la libertad»...» «La Asamblea de Cataluña, máxima expresión de la institucionalización del «pacto por la libertad», no ha hecho más que publicar una declaración de principios en la que

147. *Bandera Roja*, nº 18.

148. *Ibid.*

149. *Bandera Roja*, nº 12.

se deja en la más absoluta indeterminación la cuestión clave de la salida democrática, además de lanzar unas jornadas de lucha «por el derecho a la solidaridad» [abril de 1972], concebidas como una simple forma de lucha clandestina dentro del más anacrónico paternalismo. Para conseguir esto, para que estos aliados no abandonan la partida, se subordina el movimiento obrero y popular, se le arrincona y se le da el papel de medio de presión. Al mismo tiempo, se supervalora cualquier forma de apoyo verbal de las fuerzas burguesas y pequeño burguesas.»¹⁵⁰

«Si el movimiento obrero y popular se desarrolla es a pesar del «pacto por la libertad», totalmente al margen de él.»¹⁵¹

Cabría pensar que BR, consecuente con el papel que se atribuye como representante del movimiento obrero y popular, se mantiene efectivamente «totalmente al margen» de la Asamblea de Cataluña». Pues no. No sólo envía representantes a la Asamblea, sino que bajo el significativo título EL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO SALE A LA CALLE, le dedica rendido homenaje el 15 de noviembre de 1972: «El día 7 de noviembre se cumplía un año de la celebración de la 1ª sesión de la Asamblea de Catalunya, organismo en el que convergen un amplio conjunto de fuerzas y corrientes políticas, organizaciones de masas, etc., en torno a un programa mínimo común para la consecución de...» Sigue la enumeración de los puntos reivindicativos y termina así: «Este acto tiene una especial significación porque es un ejemplo concreto del potencial de lucha del movimiento democrático en Catalunya [...] Asimismo, el éxito de la jornada nos invita a extender el campo de influencia de la Asamblea de Catalunya, y a plantearnos la necesidad de que el movimiento universitario proyecte su acción hacia todos esos sectores que son capaces de enfrentarse con la dictadura.»¹⁵²

Más claramente aún, habían dicho el mes de octubre de 1972: «Hoy pensamos que la más importante cristalización de este movimiento antifranquista [el movimiento obrero y popular] se halla en la ASAMBLEA DE CATALUNYA.»¹⁵³

Sólo cuatro meses antes el tono era otro: «Los revisionistas, después de continuos fracasos en sus tentativas de organizar «comisiones cívicas» o «comisiones de la Asamblea de Catalunya...»¹⁵⁴

150. *Bandera Roja*, n° 14.

151. *Ibid.*

152. *Tribuna Roja*, n° 13.

153. *Tribuna Roja*.

154. *Lucha Popular*, a° 1.

Si del análisis de todos estos periódicos no se derivase que el reducido comité de redacción del grupo es el mismo para todas las revistas citadas, se podría creer en una independencia de criterios dentro del grupo, lo que no dejaría de ser positivo. Pero no es así. La burocracia posee todas las palancas de la dirección, y la prensa es una de las principales. Se trata de los típicos zigzageos de la burocracia BR, según sea la fuerza de la oposición interna.

No es éste el único cambio espectacular efectuado sin proporcionar a sus simpatizantes explicación alguna. En noviembre de 1970 se dedica toda una página de *Estrella Roja* a cantar las excelencias de las manifestaciones «relámpago» o «fantasmas», que ellos prefieren llamar «encuadradas», frente a las manifestaciones abiertas: «Sólo las manifestaciones unitarias de Comisiones preparadas en la clandestinidad y realizadas sorprendiendo a la policía constituirán un éxito político que forjará la confianza de las masas en sus propias fuerzas y debilitará al régimen...»¹⁵⁵

Pero al mes siguiente, tímidamente, en las dos últimas líneas de la última página de la misma revista, se convoca a una MANIFESTACIÓN POPULAR EL JUEVES DIA 10 A LAS 8 DE LA TARDE EN LA PLAZA DE CATALUNYA¹⁵⁶

¿Qué ha ocurrido el mes de diciembre, para que BR, en dos líneas, contradiga su elaborada defensa de las manifestaciones «encuadradas»? Pues ha ocurrido que en ese mes de diciembre de 1970, los llamamientos del PCE a manifestarse en la plaza de Cataluña tuvieron éxito, y BR cambia su táctica, para intentar apuntarse parte de ese éxito. Seis meses más tarde intentará justificar teóricamente este cambio de actitud, con argumentos como éste: «La forma de lucha elegida —la manifestación abierta y convocada públicamente mediante la distribución de millares de octavillas— correspondía a las necesidades políticas del momento. Considerar que en tales momentos lo «oportuno», lo «correcto» era realizar una manifestación encuadrada es, simple y llanamente, desconfiar y despreciar la capacidad de movilización de las masas y consagrar una táctica estrictamente basada en los «organizados», que, objetivamente, se traduce en una práctica escisionista en el seno del movimiento obrero y popular.»¹⁵⁷ He aquí, pues, a BR convertido en campeón de la unidad del movimiento obrero. Veámoslo más de cerca.

155. *Estrella Roja*, nº 2.

156. *Estrella Roja*, nº 5.

157. *Estrella Roja*, nº 12.

BR, COMISIONES OBRERAS Y LA UNIDAD

Si exceptuamos los primeros números de BR, en los cuales CO son prácticamente ignoradas por los universitarios fundadores del grupo, no habrá luego boletín que no esté destinado a darnos la opinión del grupo respecto a su carácter y funciones:

«Comisiones obreras como organización (y no movimiento) basada en la empresa (y no coordinadoras ficticias) de carácter sindical (y no futuros soviets) y que se desarrollan a partir de una práctica de lucha de clases (y no de negociación).»¹⁵⁸

Lejos de despreciar a CO, considerándolas un apéndice del PCE, como hacen los izquierdistas primarios, BR aprovecha el prestigio del nombre e intenta convertir a CO en el embrión de un sindicato de clase. Aplicación correcta del leninismo, por la que CO no puede ser más que un sindicato dirigido políticamente por la vanguardia organizada o partido de la clase obrera. De hecho, sus intenciones dirigistas son anteriores a su formulación leninista. Por este dirigismo fueron expulsados del primer brote de organización autónoma con el que se chocaron, los obreristas del *¿Qué hacer?* Crearon entonces su propia coordinación de CO a la que llamaron «sectores». Para ocultar esta práctica escisionista multiplican en sus boletines las llamadas a la «unidad del movimiento obrero», de la forma más vaga e imprecisa posible: «La clase obrera unida vencerá», «¡Unidad y solidaridad!», «Dos consignas fundamentales: unidad y organización.», etc. Otras veces nos sorprenden con afirmaciones de este talante: «Los comunistas a través de los «Sectores» de CCOO, intentamos crear progresivamente la unidad del MO [...] pero ni los elementos minoritarios y sectarios de la Local ni los apolíticos y marginados de las plataformas sindicalistas e izquierdistas han colaborado en ello, preocupados de cuidar sólo su zona de influencia...»¹⁵⁹

Nadie ignora que «Sectores» es la coordinadora de CO más controlada, con su comisario político delegado directamente por el comité ejecutivo de BR, impidiendo el acceso a todo el que no sea militante o simpatizante de la organización. Ello no es óbice para que de vez en cuando se publiquen declaraciones como las que acabamos de leer, y otras similares manifestando que una de las necesidades más urgentes es la de

158. *Bandera Roja*, nº 7.

159. *Estrella Roja*, nº 12.

consolidar «el carácter unitario de comisiones, sin exclusiones por motivo político o ideológico».¹⁶⁰

Las relaciones de BR con los demás grupos políticos vienen marcadas por el mismo espíritu que acabamos de subrayar. Al principio, la referencia a la competencia era aséptica, nombrando únicamente la «desviación» pero no el desviado. El criterio, por supuesto, era la ortodoxia marxista-leninista representada por BR. La frase «nosotros los comunistas» es usual. Los demás grupos a derecha e izquierda, han heredado los vicios que ya criticó Lenin en su época, a derecha e izquierda de los bolcheviques. Y como Lenin, BR les va a declarar la guerra desde el nº 1 de *Bandera Roja*: «Pero ni lo uno ni lo otro [respeto y colaboración] para los demócratas recolectores de firmas, ni para los «revolucionarios» verbalistas y masivos para los cuales la Revolución llena su hora pero no su vida.»

Aunque este criterio se haya dulcificado no poco con el tiempo, la opinión que le merecen todos los demás grupos se refleja en un informe interno sin fecha, de carácter secreto. El apartado titulado NOTA DE PRESENTACIÓN DE LOS GRUPOS POLÍTICOS DE BARCELONA es un auténtico catálogo del sectarismo. La UD, el MSC, el FNC y los catalanistas son considerados «grupos no competitivos». El PSAN es un «grupo pequeño burgués típico, marginal en su agitación, oyente en las organizaciones de masa.» El PCI «ha evolucionado del aventurismo más desenfrenado al oportunismo sectario actúa' [...] No se puede hacer unidad de acción con ellos.» El PC-ML «nunca ha promovido la más mínima acción propia. Es 1?. típica organización de paso. Sus elementos más estables acostumbran a ser de origen intelectual, doctrinarios e inútiles. Unidad de acción: lo mismo que con el PCI.» Sobre la LCR se dice: «La procedencia falangista y jesuítica de buena parte de los elementos de este núcleo ha marcado mucho al grupo, que se distingue por su desprecio de las masas y por su exasperación. Es mucho más dinámico que los anteriores y mucho más negativo.» «Acción Comunista y PC internacionalista no tienen ningún porvenir. Los «istas» están superando su ideología trotsquista y en estos momentos discuten con interés BR. Algunos [militantes de estos grupos] son recuperables, pero los resabios izquierdistas pesan mucho y su subjetivismo es grande.» «El POR es un grupo idealista y primitivo. Tipos curiosos, divertidos a veces, pesados casi siempre, seguidistas del revisionismo, muy seguidos por la policía, por lo que cuando no

160. *Bandera Roja*, nº 8.

son inútiles son peligrosos.» «El PCP es el grupúsculo típicamente provocador, seguramente con policías infiltrados. Son enemigos declarados con los que no hay que tener trato ninguno.» «Entre las organizaciones arraigadas en el movimiento obrero y popular se encuentran los sindicalistas, compuestos de elementos de todo tipo, cuyo denominador común es el obrerismo y la frecuentación de parroquias. Sus militantes son elementos a recuperar por los comunistas, aunque no todos.» «Un grupo sindicalista un poco distinto es *Lucha de clases*, con tendencia al aventurismo y al oportunismo.» «En cuanto al PSUC, en estos momentos pasa por una grave crisis interna y por una débil presencia en las organizaciones de masa. Un fantasma en la Universidad, débil en barrios, con sus cuadros de comisiones obreras en la cárcel o recién salidos [...] Con dificultades e hace unidad de acción en las organizaciones de masa.»

Este documento da el tono verdadero del tipo de unidad que se pretende. Ciertas expresiones, como «competitivos» «recuperables», etc., no dejan lugar a dudas. Se trata de unidad por anexión.

Las referencias públicas son menos explícitas, aunque a veces se les escapa la pluma contra los grupos más «competitivos» del momento, como en el artículo titulado «INFORMACIONES OBRERAS», CUANDO INFORMA... INFORMA MAL!!» «Cuando *Informaciones Obreras* pretende que todas las acciones que se hicieron en este 1º de Mayo lo fueron a iniciativa de la coordinadora local» nos preguntamos: ¿a quién ¿e puede engañar? ¿Se prefiere la autopublicidad y los reinos particulares a la construcción de un movimiento obrero unido y combativo? [...] Los militantes de Bandera Roja repartieron más propaganda que ellos [...] y fueron los que iniciaron la manifestación que bajó por las Ramblas el día 30 de abril por la noche. Aquí, en estas mismas páginas de *Estrella Roja*, se reprodujo la octavilla más difundida y unitaria de comisiones.» Y termina: «LAS COSAS CLARAS. Ni *Informaciones Obreras* informa. Ni la Local es Comisiones.»¹⁶¹

Los temas tratados y los olvidados

Lo que más sorprende en la lectura de los textos BR es la escasa atención concedida a la política internacional. En los 14 primeros números de *Bandera Roja* sólo un 3% de la superficie total está dedicada a temas internacionales: dos páginas sobre Checoslovaquia en el n° 1, cuatro sobre la Revolución cultural en el n° 5, y tres páginas y media sobre el Oriente

161. *Estrella Roja*, n° 12.

Medio en el n° 8. Es decir, un total de 9 1/2 páginas sobre 302.

En *Estrella Roja* el balance es aún más triste: media página sobre China-Cuba en el n° 8, dos sobre el movimiento palestino en el n° 2 y seis páginas sobre Chile en el n° 38.

En la tercera fase o etapa de aparente estabilización a partir del n° 14 de *Bandera Roja* el porcentaje dedicado a cuestiones internacionales aumenta sensiblemente. En las demás publicaciones, el silencio al respecto es casi total. El interés del grupo está acaparado por la propia línea, que ocupa la cuarta parte del total en los primeros números de *Bandera Roja*, así como los análisis sobre la situación político-económica española, que ocupa otra cuarta parte. La información y comentarios sobre el movimiento obrero ocupa el 15% del espacio en *Bandera Roja* y la casi totalidad en *Estrella Roja*. La extensión y la importancia concedida a las diferentes luchas obreras es otro índice que permite detectar la incidencia que posee el grupo. Una pequeña acción en una empresa donde trabaje un militante BR pasa a ser, por ese solo hecho, más importante que una huelga en otra empresa no «controlada» por el grupo. El caso más flagrante se da en el n° 8 de *Estrella Roja*. Unas asambleas efectuadas en la fábrica Pegaso merecen 25 líneas de información y comentarios. La ocupación de la empresa Textiles Victoria sólo merece cuatro y media, tantas como la huelga de la Harry Walker. Es inútil buscar más información sobre esta huelga en las publicaciones de la organización BR.

La forma

De la lectura de los textos BR se desprende un agobiante tono obrerista, resaltado además por el empleo frecuente de la tercera persona del plural cuando el redactor se refiere a los trabajadores. El origen no obrero del articulista se pone también de manifiesto en el empleo de la terminología, abundando los vocablos tales como «quasi-monopolista», «subyacente», «sectorial», «explicitar», etc., así como en el uso y abuso de las siglas, incluso en publicaciones especialmente dedicada? a trabajadores. En *Lucha Popular*, n° 1, por ejemplo, aparecen LGE, OSH, SOE. También son frecuentes las expresiones seudoespontáneas, pues están entrecomilladas, de los redactores: «Un ¡¡VI-VVA!! para los «tíos» de Papelera».¹⁶²

Los términos más empleados, que refuerzan la idea de un comité redactor extremadamente restringido, son los de «masa» y «popular», hasta el punto de que en la página 4 del n° 9 de

162. *Acción*, mayo de 1973.

Estrella Roja la primera palabra se repite hasta 11 veces. En la página 8 de *Tribuna Roja* de octubre 1972 la misma palabra se repite 10 veces, y otras tantas en la primera página del *Bandera Roja* n° 10.

Otras veces, el cansancio del agotado redactor le hace incurrir en pequeños deslices Indignos de un leninista ortodoxo. En *Acción*, mayo de 1973, página 13, bajo el título HABLA UN TRABAJADOR DE SEAT se puede leer lo que sigue: «Charlamos con uno de los protagonistas de la huelga, un trabajador de Seat, que es a la vez miembro de la comisión obrera.

—A tu juicio, ¿qué hechos han sido más destacados en esta última lucha?

—A mi modo de ver lo primero que destaca es la espontaneidad [...] La comisión obrera actuó siempre a remolque de la situación...»

Junto al obrerismo dominante resalta el tono doctrinario y profesora], en el que las sentencias, envueltas en un triunfalismo vulgar, no necesitan demostración alguna. Deben convencer por su simple fuerza verbal: «La crisis del régimen, incapaz de sucederse a sí mismo, en plena agonía...»¹⁶³ «Las elecciones sindicales han sido un gran triunfo de comisiones obreras y una gran derrota de la CNS.»¹⁶⁴ «Fuertes concentraciones populares han demostrado el aislamiento del Régimen.»¹⁶⁵ «La manifestación fue un verdadero éxito, como lo demuestra la repercusión que tuvo en el barrio.»¹⁶⁶

Otras veces el tono es a la grandilocuencia: «¡Paralicemos la ciudad para paralizar la mano asesina del franquismo!»¹⁶⁷ Profético: «¡TODO EL PUEBLO SE MOVILIZA CONTRA EL FRANQUISMO CRIMINAL!»¹⁶⁸

Visionario: «Cantando la Internacional, desplegando las banderas rojas, el movimiento obrero y popular se enfrentará a la oligarquía capitalista y al Estado franquista.»¹⁶⁹

Amenazador: «Los asesinos de hoy serán ajusticiados mañana.»¹⁷⁰ «¡EL PUEBLO VENGARA A SUS COMPAÑEROS!»¹⁷¹

Sentencioso: «Con la unidad lo somos todo, sin ella no somos nadie.»¹⁷²

163. *Acción*, n° 5.

164. *Estrella Roja*, n° 15.

165. *Estrella Roja*, n. 2.

166. *Estr/l/a Roja*, n° 8.

167. *Estrella Roja*, n° 3.

168. *Estrella Roja*, n° 4.

169. *Bandera Roja*, n° 7.

170. *Estrella Roja*, n° 4.

171. *Estrella Roja*, n° 12.

172. *Bandera Roja*, n° 6.

Resumiendo, y sin abandonar el plano formal en el que nos movemos, este grupo tampoco ha sabido evitar la fraseología demagógica característica de la izquierda autoritaria. Las frases hechas, los lugares comunes, el pensamiento trillado, el leninismo más desesperadamente ortodoxo, la falta de gracia en la presentación hacen a esta prensa insoportable.

LA ULTIMA ESCISIÓN

Las tensiones que desde el verano de 1973 existían en su seno, y que mantenían a la organización como tal, apartada de los centros de lucha, han estallado por fin. Sería un hecho anecdótico más, a los que ya nos tenían acostumbrados el PCE (i), la LCR, etc., si no fuera porque BR tenía un cierto peso real en la oposición clandestina de Barcelona. Aprovecharemos esta cuestión para analizar la escisión de BR en particular, pero extenderemos nuestras consideraciones a todo grupo leninista. La escisión de BR ha supuesto de inmediato:

a) *La desmitificación de la organización*

A pesar de que BR parecía una organización potente, ha resultado que el grupo escindido, que según ellos representa «algo más de la mitad de la antigua organización local» (*API*, nº 51 19 de junio de 1974) cuenta con unos 120 miembros. De aquí puede deducirse que la Organización escindida contaba con menos de 240 militantes.

También, de la misma fuente se deduce que la composición pequeño burguesa era la predominante en un colectivo que teóricamente es un partido obrero: militantes universitarios, enseñantes, profesionales e intelectuales, etc. constituían más de la mitad de la organización BR.

BR como mito, se ha venido abajo, por las razones anteriores y por otra muy importante, como es el funcionamiento interno de la organización. Al hacer la Secretaría política la «autocrítica», nos enteramos que en la organización se ha manifestado: «Un creciente aislamiento entre la dirección y la base, fruto de una errónea política de no informar a toda la OCE constantemente de las discusiones...» «Un sistema rígido de avanzar en la elaboración política, siempre a través del Comité ejecutivo o Secretaría política en pleno, sin facilitar avances parciales o sectoriales, sin delegar tareas a camaradas más preparados.» (Comunicado interno de la Secretaría política de julio de 1974). No puede ser más claro: unos pocos piensan, la mayoría de los militantes ejecutan lo que les mandan. La división del trabajo es el fundamento de la organización.

b) *La desmitificación de la ideología*

La ideología marxista-leninista que para la burocracia de BR era una ciencia que sólo ellos dominaban, se ha revelado como es en realidad: una arma ideológica que durante tiempo les ha servido para diferenciarse del PCE, pero que ha sido incapaz de evitar la escisión. Esta escisión supone pues un duro golpe para la variante estructuralista del marxismo-leninismo, que como las otras, maoísta, trotskista, no puede superar las escisiones.

c) *La desmitificación de la práctica*

La práctica de BR ha sido en todo momento oportunista y sectaria. Pregonando la unidad del movimiento obrero y del movimiento estudiantil, se apropiaban de una zona de influencia, «Sectores» a la que convertían en un coto cerrado donde experimentar sobre los trabajadores y los estudiantes, lo que ellos denominaban su «práctica política». Sin embargo como veremos, la burocracia que dirige el bloque escindido no se conformaba con tan poco.

La escisión en su aspecto formal

El modo en que se ha llevado a término es muy semejante al seguido por otros grupos leninistas, el PCE (i), la LCR, lo que revela cuál es el funcionamiento de las organizaciones leninistas, «...y el hecho de que los camaradas forzasen la escisión sin aprovechar el comité político para exponer sus posiciones y forzar una amplia discusión en el seno de la OCE ha introducido *una gran confusión* en el conjunto de todos los camaradas, que no han tenido las bases para comprender claramente las bases políticas de tal escisión.» (comunicado interno de la Secretaría política de julio de 1974) «...pero la forma de dicha escisión precipitada y prácticamente sin discusión política tiende a crear cierta confusión...» (*Ibid.*)

Como se puede ver la base no ha participado para nada en la escisión, en sus debates políticos. Es después de la escisión, cuando ya está consumada, cuando las burocracias se acuerdan de los militantes: «[así la escisión] no se explica en función de *ciertos* problemas organizativos, ni de las limitaciones en hacer participar a toda la organización en el debate político (que en cierta manera es cierto, y que ahora se trata de corregir), sino en estas divergencias...» (*Ibid.*)

La burocracia dirigente de la OCE, perdida la esperanza de pactar un acuerdo con los dirigentes (camaradas) que ya habían entablado conversaciones con el PCE, promete extender

la discusión política a toda la base. Es la única manera de recuperar militantes. En sus palabras: «por esto los aspectos positivos de su crítica, al no partir de una unidad política, no han servido para hacer avanzar a la organización. Sólo si ahora los recogemos podremos *capitalizar...*» (*Ibid.*)

El contenido de la escisión

Para comprender las consideraciones que después haremos es necesario conocer perfectamente cuales son las divergencias que existen entre la OCE y BR. Por esta razón las resumiremos brevemente. (*Política Comunista*, n° 3, julio de 1974, y *API*, n° 51, junio de 1974.)

Las divergencias según la OCE son: —La OCE quiere construir una política autónoma del MO y popular y por esto se reafirma en la consigna «Lucha por la República». —Por un Frente democrático y «no aceptar simplemente las posiciones de los sectores democráticos de la burguesía como proponía la escisión.» —La OCE está por la construcción de un partido comunista alternativa al PCE.

Las divergencias fundamentales según BR son: —Necesidad de forjar convergencias democráticas, lo que equivale a abandonar la consigna de lucha por la República. —La unidad del movimiento obrero es fundamental. Se rechaza la separación de «Sectores». —BR no quiere ser voluntarista y no admite la creación de otro partido comunista a escala de toda España. —Diferencias en el modo de elaborar la estrategia política y la función de los objetivos intermedios.

Nos engañaríamos si nos quedáramos con estas conclusiones, que aunque son ciertas, no explicarían la importancia de la escisión. ¿Hay algo más? Analizando más a fondo las divergencias y basándonos en un análisis de clase, podemos afirmar, que *la escisión es el resultado final de la lucha por el poder entre dos burocracias que pretendían fines distintos a corto plazo.*

La burocracia de BR según la OCE ha sido presa «de un gran nerviosismo ante la ofensiva «política» del revisionismo y la creciente actividad de las diversas políticas existentes en el seno del bloque dominante». (Comunicado SP.) Ahí está la clave que permite confirmar lo que se intuía al estudiar las divergencias. La burocracia de BR constituida por intelectuales pequeño burgueses tiene miedo de perder el tren. Ante la posibilidad, según ellos, de un cambio democrático al estilo portugués o griego, comprende que fuera del PCE son un grupúsculo más sin futuro (para ellos el futuro son los cargos en el nuevo gobierno). Por esto sus dirigentes mientras negocian

su entrada en el Comité Central del PCE se conforma con ser, no ya el embrión del nuevo partido, sino la organización local que colabora críticamente con el PCE, en definitiva su fiel comparsa.

El fin perseguido por la burocracia de la OCE es distinto. Quiere seguir con el juego actual a pesar de los «peligros» que entraña. Sigue queriendo construir la alternativa al PCE, queriendo conservar sus dominios, «Sectores». Es una burocracia más conservadora, que prefiere pájaro en mano, porque ya es seguro, y no quiere compartir el poder ya. Pero la burocracia de la OCE a pesar de que sigue con su República, va con mucho mayor cuidado y mira de cubrirse las espaldas ante el posible cambio democrático: «En este marco se inserta la lucha por la República [...] Entiéndase bien, esto no implica que si la correlación de fuerzas es tal que antes de alcanzar la lucha por la República un grado suficiente, se abren perspectivas para un compromiso democrático no estrictamente republicano, no estamos dispuestos a aceptarlo...» (*Política Comunista*, n° 3.)

Es de destacar que la burocracia de BR, que está manteniendo contactos con el PCE y que ha arrastrado a casi todos los maestros, intelectuales, profesionales, etc., tiene una visión del futuro muy superior a la de la OCE. La burocracia de esta organización no ha querido compartir ni renunciar a sus privilegios, pero a la vez, ha renunciado a ser «algo». Hoy por hoy su zona de influencia no pasa de ser la de un grupúsculo más.

Algunas constataciones

Consecuencia del estudio de esta escisión, se puede concluir: —La escisión no tiene ninguna relación directa con la lucha de clases. —La escisión, como todas las escisiones de los grupos leninistas, se reduce a una lucha entre burocracias, que en última instancia lo único que persiguen es el control y el dominio del proletariado. En este caso, el debate se concreta en si este dirigismo sería más efectivo desde el interior del PCE o desde BR. —El bloque escindido no aporta nada nuevo ni podía aportarlo. Ningún planteamiento radicalmente revolucionario puede venir de la burocracia, que nunca pondrá en duda el instrumento que le da el poder: el partido leninista. Es decir, nunca surgirán ideas nuevas, organizaciones de clase, como consecuencia de la escisión burocrática de un grupo leninista.*

* La conclusión a que llega la OCE después de la escisión es que se debe «Ampliar las tareas de la Secretaría política como instancia colectiva y máxima dirección». (Comunicado de la Secretaría política, *ibid*). O sea, el máximo organismo de la organización «propone» que se le de

—Constatar finalmente, lo que se desprende de todas nuestras observaciones: la *exterioridad* con respecto al proletariado de BR en particular y de todo grupo leninista en general, grupos con una dinámica interna propia ajena casi por completo a la lucha de clases. Con sus escisiones congénitas, su proceso incansable de construcción-destrucción que nada tiene que ver con el avance del proletariado hacia su *autoorganización*. *Ultima hora*

La versión oficial que de este proceso dan los continuistas de BR en *Política Comunista* de julio de 1974, figura en el anexo n° 3, p. 225 de este libro.

LA LCR O EL TORNILLO SIN FIN DEL TROTSQUISMO

Antes de adoptar este nombre, la LCR era conocida como «grupo Comunismo», a causa del título de la revista que publicaban. El primer número de *Comunismo* data de febrero de 1970. En septiembre del mismo año dan a luz *Proletario* «para la construcción de secciones rojas en las fábricas». Será el boletín de la «organización de masas» de la LCR, que adoptará el mismo nombre que su periódico. En marzo de 1971 aparece el n° 1 de *Combate*, «órgano de la Liga Comunista Revolucionaria». Aunque saldrán unos números más de *Comunismo*, la línea del Buró político será expresada fundamentalmente por *Combate*. El Buró político publica también unos *Cuadernos de formación comunista*, con textos trotskistas, así como la traducción castellana de la *Quatrième Internationale*. El Comité de Estudiantes de Enseñanza Media publica *Barricada*. Los estudiantes de la Universidad no tienen órgano propio. Ocasionalmente, salen a la luz declaraciones firmadas por el Buró político, el Comité provincial u otros organismos, sobre temas nacionales e internacionales: «Balance de Bolivia». «Contra la política capitalista de los convenios», «Seat: balance de una lucha», «Boicot a las elecciones de concejales», «Por qué deben luchar las Comisiones obreras», etc.

La LCR posee un proceso de constitución tan típico que casi parece caricatural. Además, la excesiva rigidez propia de todo grupo trotsquista ha acelerado las características esenciales del proceso, que si ha necesitado seis años en el PCI para cubrir todo el circuito, menos de cuatro han bastado en la LCR. El origen de la LCR está expuesto en *Comunismo* n° 0/1,

más poder. El reforzamiento del control, la jerarquización, son las brillantes conclusiones después de la experiencia escisionista.

bajo el epígrafe: «De las Organizaciones Frente hacia el grupo Comunismo». Se trata de un curioso relato hecho con pretendida objetividad (se denominan a sí mismos como «el ala oportunista de izquierda») donde lo de menos son los objetivos políticos que, si los hubo, no aparecen por parte alguna. Frases como éstas son frecuentes en dicho documento: «Así, las posiciones se polarizaron con gran rapidez, en el interior de la organización, haciéndose incompatibles a medio plazo». «La ruptura del FOC con su pasado se hacía presente, en cada momento, desde marzo de 1969.» «El carácter coyuntural del momento fraccional también es característico de las condiciones de la fracción.»

La autocrítica surge en el apartado «Nuestra experiencia fraccional», que viene resumido en esta frase: «Si de algo tenemos fundamentalmente que autocriticarnos de nuestra actuación entonces, es precisamente de no haber previsto con suficiente antelación los hechos, de no haber preparado la escisión.»¹⁷³

Esa «riquísima experiencia fraccional» de la que se enorgullecen, es la que va a configurar la táctica del grupo, para llevar a cabo una política fraccional dentro del FOC, intentando aglutinar en torno suyo al mayor número posible de militantes, hasta «hacerse expulsar». Una vez expulsados, después de nueve meses de discusiones constantes que mantuvieron al FOC inmovilizado durante casi todo el año 1969, el grupo se dedicó a delimitarse «en torno a los presupuestos básicos de una corriente marxista-leninista», es decir, «a la elaboración de nuestras *bases teóricas comunistas*», lo cual «nos obliga a limitar al máximo nuestra práctica externa».

Esta preparación al margen de la lucha de clases se revelará como la principal causa del rápido proceso fraccional de la LCR, que ni la experiencia de la Dirección en estas lides pudo evitar.

Si la LCR se parece al PCI inicial en su verbalismo revolucionario y en su internacionalismo —aunque no precisamente de signo maoísta—, tiene una lejana semejanza con BR. por la aparente seriedad y machacona frecuencia de sus análisis, sobre la coyuntura política, económica y social. Los tres grupos coinciden en elegir al PCE como blanco favorito de sus críticas, y, por supuesto, en el hecho de atribuirse el monopolio de la ortodoxia marxista-leninista. La originalidad de la LCR viene de su opción trotsquista, que la configura con las características inconfundibles de la familia. Podemos resumirlas en cuatro puntos principales:

1. *El internacionalismo*, que les impulsa a repetir incan-

173. *Comunismo* 0/1.

sablemente los intentos de creación de una nueva Internacional, la IV. En la LCR este internacionalismo se orienta especialmente hacia Sudamérica, donde los grupos trotsquistas han florecido con mayor impetuosidad. Por otra parte, más consecuente que el PCI, ha multiplicado las acciones simbólicas de solidaridad internacional, organizando ataques relámpago contra las oficinas de la ITT, manifestaciones ante la embajada de Bolivia, contra la intervención americana en Vietnam, etc. El contraste con BR, cuyo localismo es notorio, no ofrece lugar a dudas.

2. Otra característica propia del trotsquismo, más acentuada aún que en los otros grupos, es el *verbalismo*, el gusto por los largos discursos y la teorización. Este verbalismo, escrito y oral, ha constituido una barrera suplementaria para el ingreso de obreros en el grupo, el que menos cuenta de los tres.

Las declaraciones políticas de la LCR, que alcanzan a veces un grosor de 90 páginas (*Comunismo*, 0/1), impresionan en los medios de la oposición, donde el respeto y la credibilidad que merece un nuevo grupo guarda una proporción directa con el volumen que ocupan sus análisis. Si, además, éstos parecen coherentes, bien estructurados y correctamente expuestos, el grupo en cuestión adquiere carta de naturaleza en la *polis* opositorista. Es indiferente que el análisis económico sea un refrito de Tamames, Mandel y Lenin. Textos con los simplismos teóricos que contienen las 90 páginas de *Comunismo* 0/1, por ejemplo, siguen causando su efecto. Este simplismo no decae ni aún cuando se trata de explicar problemas tan importantes como el de la formación de la conciencia de clase, atribuida sin más explicaciones al «elemento exterior», al «producto del trabajo teórico, prolongado y difícil de intelectuales revolucionarios que han roto con los intereses objetivos de su clase.»¹⁷⁴

El problema de la burocratización del partido tampoco corre mejor suerte. El centralismo democrático resolverá todos los problemas, especialmente «el monolitismo de corte estalinista y el federalismo propio de intelectuales.»¹⁷⁵

La opción del grupo por el trotsquismo viene así fundamentada: «De una forma general, creemos que los esquemas del trotsquismo representan la verdadera continuidad de la línea leninista, y un real enriquecimiento del leninismo, que constituye, en conjunto, el arma teórica mejor afilada de que disponemos hoy los comunistas.»¹⁷⁶

174. *Ibid.* p. 25 y 26.

175. *Ibid.*, p. 39.

176. *Ibid.* p. 45.

Con precisiones tales como «de una forma general» y «en conjunto», se van tratando los problemas más arduos.

Las lamentaciones que provoca en la burocracia la primera escisión sorprenden en boca de quienes poseían una «riquísima experiencia fraccional»: «Pero en el Valles este avance político ha sido boicoteado progresivamente durante meses por unos *oportunistas* que abusaban de la confianza que el grupo les había dado a pesar de las desviaciones en que habían incurrido repetidas veces y que luego se han agudizado [...] El Valles fue un coto cada vez más cerrado, propiedad de uno o dos caciques [...] De la manera más irresponsable y oportunista, en veinticuatro horas se pasaron al lambertismo y se apuntaron a su política parasitaria oportunista de derechas [...] prospectando directamente desde sus posiciones políticas [...] hasta que fueron excluidos [...] Estos oportunistas eran una insignificante minoría y su desviación oportunista no ha conseguido hacer ninguna mella en el conjunto de *Comunismo*.»¹⁷⁷

3. El *sectarismo* alcanza también cimas insospechadas en los grupos trotskistas. En los trotskistas el sectarismo tiene una profunda raíz histórica, por haber sido uno de los grupos más perseguidos, tanto por la derecha como por la izquierda. Ello les ha obligado a vivir siempre replegados sobre sí mismos. Odia dos por estalinistas y maoístas, su único punto de referencia es su maestro, Trotski. A falta de una revolución trotskista triunfante, se refugian en la pureza doctrinal, cuya defensa constituye el centro de sus actividades. Las polémicas doctrinales entre las diversas tendencias del trotskismo (mandelistas, pablistas, lambertistas, frankistas, posadistas, etc.), son absolutamente incomprensibles para el no iniciado.

4. La tradición *fraccional* de los trotskistas es, en efecto, considerable. La historia de la IV Internacional desde su proyecto de fundación por Trotski, es un complicado laberinto donde es imposible encontrar el hilo que conduzca al «auténtico» grupo representante de la ortodoxia original. Sólo de la LCR han surgido, en menos de tres años: la Organización Trotsquista, la Liga Comunista y la Fracción Bolchevique Leninista.

Además, aún hay restos del COR de Posadas, así como de Acción Comunista, de tendencia mandelista independiente. Es decir, que en la sola ciudad de Barcelona hay seis grupos trotskistas, agrupando en conjunto a dos centenares escasos de trotskistas. La «experiencia fraccional» que, según propia confesión, era el principal bagaje que los fundadores de la LCR aportaban del FOC¹⁷⁸, fue rápidamente utilizada por la fracción dirigente

177. *Comunismo a los militantes de Proletario del Valles*.

para afianzarse en el poder. Las maniobras de esta Dirección, denunciadas repetidamente por los escindidos demuestran una consumada maestría. Cuando llega la crisis de 1973, la burocracia acorralada y en franca minoría logrará un vez más conservar el aparato (máquinas, contactos, archivos, etc.), el reconocimiento internacional y el nombre oficial.

La LCR y Comisiones obreras

Esa tradición sectaria, trasladada al campo del movimiento obrero, ha enturbiado los análisis del grupo respecto a CO. También aquí sigue la LCR el itinerario típico, paralelo al seguido por el PCI, aunque haciendo la economía de la primera etapa por la que pasó este grupo, cuando quiso hacerlas «revolucionarias» desde dentro. En su primer texto público la LCR se manifiesta como discípulo aplicado de Lenin proponiendo: «El desarrollo de organizaciones permanentes distintas del partido y dependientes de hecho del mismo, correas de transmisión de su política y de las experiencias de la lucha obrera en las fábricas, capaces de impulsar movimientos de masas desde éstas.»¹⁷⁹

A partir de entonces la LCR sólo va a referirse a CO para denigrarlas, tratándolas de «organizaciones parasitarias», «aparato burocrático», «cadáver», etc. Todos los esfuerzos del grupo irán encaminados a construirse su propia correa de transmisión. Para ello, la LCR lanza primero la organización «Proletario», que no se sabe exactamente lo que es ni cómo funciona, pero que responde a la política del grupo, que sólo contempla esta opción: «Construir una organización de combate a través de una política proletaria autónoma o dedicarse al parasitismo ante los aparatos burocráticos del PCE y de CCOO».

«El gran impulso de las luchas obreras de estos últimos años, para poderse desarrollar ha tenido que arrinconar al PCE y las CCOO. Las traiciones de estos aparatos burocráticos eran un obstáculo para la lucha de clases [...] *En general, el avance de las luchas de clases pasa y pasará al margen y por encima del cadáver de CCOO.*»¹⁸⁰

Es curioso que tanto el PCI como BR como la LCR experimentan la necesidad de calificar de «autónomos» a unos organismos férreamente controlados por la Dirección política de cada grupo. Han recogido una aspiración latente en los trabajadores y creen que expresándola en el envoltorio podrán hacer tragar

178. *Comunismo* 0/1.

179. *Ibid.*, p. 71.

más fácilmente el contenido. Si BR justificaba una «cierta» dependencia inicial con la peregrina teoría de la «clarificación de ideas», la LCR explica de la siguiente manera la construcción de «Proletario» y su vinculación a «Comunismo»

«Proletario es [...] la organización en las empresas que la clase obrera necesita: una organización que vaya aglutinando en una red sindical clandestina a todos los obreros capaces dispuestos a combatir en las empresas por las necesidades de la clase. Si en sus inicios Proletario es una organización muy ligada a Comunismo, es sólo por las dificultades de su montaje inicial, por las condiciones que impone la clandestinidad y para impedir que en cuatro días estalle o se convierta en una organización inoperante, en otras CO. Pero en la medida en que Comunismo y Proletario se fortalecen, tiene que ser una organización autónoma.»¹⁸¹

No se dice por parte alguna qué relación tiene esta autonomía con la teoría de la «correa de transmisión», avanzada en *Comunismo*, 0/1. En todo caso la ambigüedad no duró mucho, pues el «montaje inicial» se convirtió en desastre final a la primera prueba que tuvo que soportar, nada menos que en la huelga de la Harry Walker, tantas veces nombrada.. Allí, los militantes de «Proletario» fueron acusados por los trabajadores de la empresa de constituir una «quinta columna» y expulsados de la asamblea: «El Comité Unitario de la Harry Walker se cree en la obligación de exponer a todos los trabajadores la actuación de este grupo [«Proletario»], para denunciar su actuación sectaria y antiobrera, que ha llegado al extremo de traicionar nuestra lucha, al romper la unidad existente, minar la combatividad obrera y coincidir con la política de la empresa.»¹⁸²

Este fracaso motivó la escisión del grupo «Aurora», hoy Organización trotskista, que comprendía a la mayoría de los trabajadores, quienes decidieron integrarse en CO. A partir de entonces ya no se vuelve a hablar de «Proletario» como organización aunque la revista del mismo nombre sigue saliendo. En *Combate*, nº 1, se lanza una nueva sigla: CUT, o Central Única de Trabajadores, que tampoco debió cuajar, pues no se insistió más. Desde la CUT, marzo de 1971, hasta la opción por CO (junio de 1973), pasan casi dos años en los que la LCR trata de-

180. *Comunismo*.

181. *Ibid.*

182. Análisis crítico de unas actuaciones. Documento publicado por el Comité Unitario de Harry Walker, en Barcelona. 11 de enero de 1971. Reproducido en *Harry Walker...*, *op. cit.*; en este libro se analiza la actuación del grupo durante la huelga de la empresa bajo el título de «La Quinta Columna».

sesperadamente de llevar la iniciativa en el movimiento obrero, a fuerza de proclamas, manifiestos y panfletos que proponían toda clase de comités unificadores (proSeat, proRoca, proboicot a las elecciones sindicales, proPrimero de mayo, etc.) a los que nadie se adhiere, como algunos reconocieron más tarde: «La lucha de clases derrumbaba, uno tras otro, todos nuestros presupuestos ultraizquierdistas iniciales. Ahora bien, estas rectificaciones no ponían en duda ninguna de las concepciones de fondo que habían animado nuestra línea de construcción de la organización comunista. Por el contrario, significaban nuevas aplicaciones de un mismo método oportunista: la adaptación a los derroteros de tal o cual sector de la vanguardia, a través de sucesivas caracterizaciones de los mismos a las que debíamos adecuar «tácticas» para construir la organización. Después de los combates en torno a SEAT, este proceso de «rectificaciones» se aceleró, acumulando sin cesar giros y reajustes siempre a tenor de las «fluctuaciones en el nivel de conciencia de las masas»¹⁸³

El descontento que provoca esta táctica obliga a la Dirección a efectuar un cambio copernicano, que se intenta hacer pasar desapercibidamente. La autocrítica a la política sectaria y liquidacionista mantenida de una manera militante durante tres años, sólo merece estas frases al Comité central de la LCR: «*La LCR ha mantenido en el periodo anterior una relación de carácter sectario con el movimiento obrero organizado [...] Los ultraizquierdistas —incluida la LCR—, han tendido a considerar la crisis carrillista en las CCOO como la crisis de estos organismos, confundiendo a las CCOO como simples plataformas del PCE.*»¹⁸⁴

Parece que se va a iniciar una seria revisión de la estrategia que ha hecho incurrir en tan graves errores tácticos. Nada de eso. Sin más preámbulos ni análisis se pasa a considerar los frutos que puede sacar la LCR de su «descubrimiento»:

«El ascenso del movimiento de masas [...] permite a la LCR jugar un papel cada vez más importante en el avance del movimiento.»¹⁸⁵ Sigue a continuación un comentario de cuatro folios en donde se dice sobre CO todo lo contrario de lo que se ha estado manteniendo en el grupo desde su fundación. Por ejemplo:

«En las condiciones de la Dictadura, los organismos de vanguardia amplia, tipo CCOO, de que se ha dotado la clase,

183. *Combate*, nº 11 (publicado por la tendencia llamada «Encrucijada».)

184. *Combate*, nº 10.

185. *Ibid.*

aparecen como las estructuras capaces de asumir estas tareas (impulsar, unificar y organizar los combates de la clase).»¹⁸⁶

Una nueva victoria de CO. ¿Cómo se puede, luego, querer convencer a los trabajadores de la necesidad de un partido, si }as organizaciones que ellos se dan, con todos sus límites y deficiencias, se imponen a pesar e incluso contra todos esos grupos? Es evidente que la dialéctica vanguardia-masa sigue otros derroteros y los más conscientes empiezan a darse cuenta.

La LCR, por su parte, pretende borrar tres años de sectarismo activo con cuatro lacónicas líneas. Al mes siguiente de publicada esta «explicación», la LCR se dividiría en dos mitades, de las que se irán desprendiendo pequeños núcleos. La rama madre se afiliará en el norte con ETA-VI Asamblea y mantendrá cierta actividad en aquella región. Aquí vuelve a incubarse un «proceso de reestructuración».

CONCLUSIÓN

«Se veía cada vez más claro que limitando el debate a los procesos *objetivos* de crisis socioeconómica (modo de producción capitalista, anarquía económica, etc.) la propaganda política de masas no llegaba a nadie fuera de la minoría que se encontraba ya incorporada al frente de izquierdas, que no bastaba con poner en primer plano la miseria material, el hambre de las masas, ya que esto es lo que hacía cada partido político e incluso la Iglesia [...] Era imprescindible por tanto reconocer que había manifiestamente en la propaganda y en la concepción de conjunto, una gigantesca laguna [...] Cualquiera que haya seguido y vivido la teoría y la práctica del marxismo en estos últimos años en la izquierda revolucionaria se habrá dado cuenta necesariamente de que ambas están limitadas al único dominio de los procesos *objetivos* de la economía y a la política de Estado en sentido estricto, que no seguían atentamente ni captaban eso que se ha dado en llamar el «factor subjetivo» de la historia.»

Esto fue escrito hace más de 40 años por Wilhelm Reich¹³⁷, pero conserva toda su actualidad como si el tiempo no hubiera pasado para la izquierda.

Las consecuencias históricas de la laguna a la que se refiere Reich ya las conocemos. El vacío dejado por los marxistas fue llenado por quienes supieron entusiasmar a las masas con ideales engañosos (nacionalsocialismo).

Hoy el papel del nacionalsocialismo lo ocupa la prosaica so-

186. *Ibid.*

187. *Psicología de masas del fascismo*, Ayuso, 1972, Madrid.

ciudad de consumo, sin descartar un renacimiento del fascismo. Los marxistas se contentan con sus análisis económicos y políticos, con las explicaciones de los errores propios y ajenos. Los anarquistas, demasiado preocupados con romper el cerco del autoritarismo, parecen incapaces de hacer vibrar de nuevo «el factor subjetivo de la historia.»

¿Quién se preocupa ya de hacer insoportable la miseria de los «utilitarios», las parcelas, el fútbol y la TV? Ni en uno solo de los grupos de izquierda aparece la menor preocupación por elaborar la crítica de la vida cotidiana. Nadie trata de entusiasmar a las masas con la visión revolucionaria de la nueva sociedad, fruto de la lucha colectiva, donde habrá una libertad, una justicia, una educación, una cultura, una sexualidad, un arte, un urbanismo, unas relaciones laborales y humanas que serán distintas a las impuestas por la sociedad capitalista.

La propaganda de la oposición es una propaganda para el consumo interno. Sólo trata de convencer a los ya convencidos, o a los militantes de las organizaciones «competitivas». Es una propaganda incapaz de salir de su propio círculo vicioso. Es una propaganda hecha a la medida de los burócratas que la conciben, la difunden y la leen.

